

Los libros

Para una crítica política de la cultura

La psicología
mito científico

Nº 29 / Marzo-Abril/1973 / \$ 5.—

**ELECCIONES:
cuando la televisión
es escenario**

**Acuerdo y elecciones:
el discurso del GAN**

**Roberto Arlt: una crítica
de la economía literaria**

**Capítulo inédito de
EL JUGUETE RABIOSO**

**Argentina: Desarrollo
capitalista dependiente
y discurso ideológico**

Consejo de dirección:
Carlos Altamirano
Ricardo Piglia
Beatriz Sarlo Sabajanes

Producción:
Mercedes Díaz

Diseño Gráfico:
Isabel Carballo

Corresponsales:
Chile: Santiago Funes y Mabel Piccini, México: Eligio Calderón Rodríguez; Venezuela: Adriano González, León y Vilma Vargas; Paraguay: Adolfo Ferreira; Uruguay: Jorge Ruffinelli.

LOS LIBROS. Redacción y Publicidad: Tucumán 1427, 2º P. of. 207 - Tel. 45-9640.

Representantes para la venta en el exterior: Ediciones Argentinas, Exportadora e Importadora S.R.L.; Bolivia: Los Amigos del Libro S.A.; Colombia: Ediciones Cruz del Sur; Chile: Editorial Universitaria S.A.; México: Antonio Navarrete (Libería Hamburg); Paraguay: Selecciones S.A.C.; Perú: Distribuidora Garcilazo S.A.; Uruguay: América Latina; Venezuela: Síntesis 2000. Registro de la propiedad intelectual Nº 1.024.846. Hecho el depósito que marca la ley. IMPRESO EN LA ARGENTINA.

Composición Tipográfica en frío y armado original TYPOM - Montevideo 581 1º F - B.A.A.

Impreso en INTEGRAL S.R.L. Arregui 5049 - T.E. 666-7337

Tarifa de suscripción

Argentina	
12 números	\$ 60,00
América	
12 números	US\$ 10
Vía aérea	US\$ 15
Europa	
12 números	US\$ 12
Vía aérea	US\$ 18

Cheque y giros a la orden de LOS LIBROS, Tucumán 1427, 2º piso, of. 207, Buenos Aires, Argentina.

CORREO CENTRAL

Tarifa reducida
Cond. Nº 9002

Franqueo pagado
Cond. Nº 3539

los libros

Para una crítica política de la cultura

Sumario

3

Editorial

4

Elecciones: cuando la televisión es escenario
por Beatriz Sarlo Sabajanes

12

Acuerdo y elecciones: el discurso del GAN
por Carlos Altamirano

15

Argentina: desarrollo capitalista dependiente y discurso ideológico
por Horacio Ciardini

20

El poeta parroquial,
inédito de Roberto Arlt

22

Roberto Arlt: una crítica de la economía literaria
por Ricardo Piglia

28

Servidumbre de la psicología
por Carlos L. Sastre

32

...Y el azar hizo al hombre
por Carlos Bertoldo

35

Pretencioso como Juan Moreira
por Oscar Steimberg

37

Libros distribuidos en Buenos Aires desde noviembre de 1972 a febrero de 1973

Editorial

Mediante la consigna "Para una crítica política de la cultura", *Los Libros* intentó definir tanto un campo de operación como un modo de intervenir en él. Es decir, intentó definir su colocación. Resulta evidente que esa fórmula sólo podía trazar una elemental línea de demarcación y reclamar un discurso crítico cuya misma naturaleza exigía una permanente reelaboración de sus temas y de sus instrumentos. En efecto, ni la noción de cultura es única —ni menos aún inocente— desde el punto de vista ideológico, ni las realidades que tiene como referentes constituyen datos simples y transparentes. Precisamente, la conciencia de esa complejidad —aún cuando no su conocimiento, porque esto sigue siendo una tarea— estaba en la raíz del proyecto que sintetizaba aquella consigna.

Para entendernos: ¿de qué complejidad se trata? De la que organiza un campo que no es homogéneo, sino contradictorio; que no se configura como mera colección de objetos o significaciones culturales, sino como una estructura donde éstos ocupan posiciones, circulan y se consumen según ciertas reglas sociales, de clase; en fin, objetos y significaciones que no se producen en un espacio espiritual sino en el marco material que constituyen las instituciones y los aparatos de la cultura, sus instrumentos de producción y de difusión, en una sociedad dividida en clases. Ahora bien, esa organización de la cultura y las contradicciones que allí tienen lugar representan, *a su modo*, esto es según una lógica propia, la organización y las contradicciones de la sociedad global. Campo complejo, campo de fuerzas: un campo de la lucha de clases. Todo esto, sin embargo, es sólo un punto de partida, un principio, dado que una de las tareas de toda intervención crítica en el plano de la cultura reside, justamente, en tratar de determinar las relaciones que mantienen las fuerzas y tendencias que aparecen a este nivel con la lucha de clases en la sociedad nacional. Habría que agregar: sabiendo que lo que en ese lugar se juega, en última instancia, es también el problema del poder.

Pero, si hemos indicado muy rápidamente el campo de actividad de la revista y el tipo de complejidad que lo caracteriza, debemos añadir que ese campo, en virtud del desarrollo de los conflictos de clase en la sociedad nacional y de la dinámica específica de su propia estructura, sólo existe bajo la forma de coyunturas determinadas, que articulan de un cierto modo sus componentes. Coyunturas que privilegian ciertos temas, cierta problemática que, por otra parte, no siempre son los más evidentes. En su configuración juega un papel decisivo la ley del desarrollo desigual de las contradicciones que gobiernan un todo social. De modo que, en este espacio, la cuestión también se piensa en términos de relaciones de fuerza y las tareas también se resuelven en términos

de principales y secundarias. Pensamos que es en este nivel, el de la coyuntura, donde la revista debe actuar, teniendo presente no sólo la unidad del campo de la cultura y sus contradicciones con la sociedad en su conjunto, sino también las particularidades de esta forma de la lucha de clases. Sólo así podrán evitarse los riesgos del reduccionismo y los de una crítica abstracta que atienda sólo al carácter más o menos verdadero (o científico) de tal o cual enunciado ideológico. Digamos más: sólo articulando estos dos aspectos es posible ejercer una crítica política de la cultura que se proponga como revolucionaria.

Deslindado un campo y un nivel de intervención crítica, se hace necesario definir el objeto fundamental de análisis: los discursos ideológicos. Se trataría de descifrar —elaborando al mismo tiempo los métodos y los instrumentos de análisis— las "formaciones" ideológicas como dimensión específica de la política de las clases sociales y cuya eficacia, si bien subordinada, es real.

Así, en este número, el discurso electoral —el de la televisualidad y el del GAN— es analizado en términos de su funcionalidad respecto de los intereses de las clases dominantes, en un momento en que se buscó erigir a las elecciones en parte de un operativo político dirigido a frenar la movilización popular. Paralelamente, el análisis de determinadas proposiciones del pensamiento económico burgués, local y latinoamericano, tiende a poner de manifiesto la verdadera naturaleza de cierto antiimperialismo e indicar el terreno en que debe plantearse la cuestión de la dependencia y su ruptura en estos países.

La producción literaria ocupa en el interior de la actual coyuntura ideológico-cultural un lugar particular, cuya especificidad es preciso marcar para poder iniciar un análisis de los códigos de clase que deciden su propiedad y hacen posible su uso. En este caso, en los textos de Arlt se hace visible una cierta crítica a la lectura liberal que trata de borrar las determinaciones de clase para ilusionarse con el universal de una cultura cuya propiedad detenta. Los artículos de Sastre y de Bertoldo, al analizar las relaciones entre ciencia e ideología abren otro camino de trabajo que mantienen también presente los distintos niveles donde actúa una crítica política de la cultura.

Puntos de partida para un trabajo crítico, en esta dirección pensamos que debe desarrollarse la actividad de la revista: así la preparación de los próximos números sobre la cuestión de la salud mental o de la educación en la Argentina intentan contribuir a elaborar esa crítica.

Los Libros

ELECCIONES:

cuando la televisión es escenario

Beatriz Sarlo Sabajanes

Bien se sabe cuáles son los intereses de clase en juego dentro de las elecciones; las masas obreras y populares ya eligieron sus formas de expresión y de lucha política, desde 1989 hasta hoy y en toda la Argentina. Se conocen además algunos de los entretelones de su sofisticada preparación, las marchas y contramarchas que hasta un momento definieron el proceso electoral como de desarrollo incierto, la pugna entre los sectores burgueses para, a la vez que se aceptan las reglas de un juego condicionante y proscriptivo, atraer los votos del electorado ante las formas recortadas y limitadas de un proceso que malamente podría llamarse democrático.

La campaña electoral tuvo que desarrollarse entonces dentro de los marcos fijados de un juego cuya denuncia es problemática en tanto se participe en él positivamente. Pero además debe pensar las leyes de su propio discurso, una forma

específica, para los partidos burgueses, del discurso político.

El discurso electoral retornó después de casi ocho años a la escena política argentina. Más bien cabe preguntarse a qué escena, es decir cuál es el ámbito privilegiado de desarrollo y presencia de ese discurso, y cuál es el espacio donde los partidos burgueses juegan una apuesta de mayor eficacia, dado que el objetivo de base es la apelación y el convencimiento.

No es casual que fuera la televisión uno de los espacios privilegiados. En primer lugar porque la televisión aparece como un medio predominantemente persuasivo, cuyo poder reside en su 'cualidad' de asegurar un grado más o menos alto de convicción, de influencia. En segundo lugar, por su incidencia fundamental en las zonas urbanas, donde se concentra gran parte del electorado, al garantizar la recepción por parte de sectores que se agrupan alrededor de dos

millones y medio de aparatos. En tercer lugar, por el espacio que la televisión consagra a los centros de intereses detectados o atribuibles a su audiencia: el rating determina un auge del programa político en los meses anteriores a las elecciones.

Finalmente porque la televisión ha dado muestras creíbles de su posibilidad de lograr cierta comunicación específica que opera más por presencia y redundancia de los mensajes que por apelación a su racionalidad política: y eso es precisamente lo que necesitan los partidos burgueses, en momentos en que se hace cada vez más difícil dar razón política e ideológica de lo que atraviesa la Argentina de punta a punta.

Elegí entonces, no por casualidad, en el análisis del discurso electoral, su manifestación en la televisión. Entiéndase: me referiré en lo fundamental a la estructura del discurso político que propone el medio y no, o sólo muy tangencialmente, al

discurso electoral de los partidos políticos que usan el medio. Es decir, que se ha elegido una articulación 'formal' del discurso electoral, pero afirmando que esta articulación es portadora de la 'forma' de una ideología de los medios. El discurso político del medio no sólo no es neutro sino que objetivamente es aliado y confirmador del proceso electoral. La televisión opera, para decirlo de algún modo, de gran aparato de seducción puesto al servicio de los partidos burgueses, puesto, sin duda, a través de su presencia, al servicio del sistema al que responde y confirma, según reglas y convenciones que le son propias pero que en esta coyuntura los partidos metidos en el proceso no vacilan en adoptar, mimetizando elementos importantes de sus campañas.

El discurso de los periodistas

Los periodistas de televisión, si bien reflejan un nivel de alta perplejidad ante el proceso electoral (véase al respecto el reportaje realizado a Conti y Maidana por Canal TV del 19 de febrero, donde la pobreza de la reflexión y la información política señalan, entre otros rasgos, una adhesión casi escandalosa a las imágenes que de los diferentes partidos y candidatos ofrecen los canales: "De Alende lo que más admiro es su capacidad de audaz y activo luchador contra los monopolios", Balbín "es un hombre de conducta"), construyen un discurso acerca de la política que por su 'elementalidad' sería casi inadmisibles en el periodismo escrito.

Es habitual por otra parte que recurran a su 'familiaridad' con el medio para manejar y salir del paso en la situación de reportaje, partiendo además de una hipótesis que los canales se encargan de subrayar dentro de una política no sólo de captación sino de *asimilación* de audiencia: "Los periodistas invitados, cómo siempre, van a formular las preguntas del público, las preguntas que se hace la calle. Es decir la inquietud que todos ustedes tienen a tres semanas del 11 de marzo" (*Desafío*, 19 de febrero). De alguna manera se funciona así en una especie de perspectiva vicaria en la cual se atribuye al periodismo televisivo la mediación interpretativa de las inquietudes políticas de su audiencia. Pero eso no es todo. A través de esta perspectiva interpretativa se manipula el nivel de discusión y preocupación sobre lo

político, atribuyendo a una supuesta 'ideología del público' los recortes y las organizaciones del discurso electoral que practican los canales. Al respecto, dos variables del modelo: por un lado, algunos periodistas especializados del panel de *Derecho a réplica*, sintetizados sin embargo en un significante superior representado por Blackie; y, por el otro, la inclusión de un par de periodistas de filiación política explícita —el caso de Raventos y Salas en los programas donde se entrevistó a Rucci y Tosco y a Sueldo y Ondarts (*Las dos campañas*).

En síntesis se puede detectar tres tipos de actitudes recurrentes frente al discurso político, que son tributarias de la función que el medio se asigna y cumple en la actual coyuntura electoral: la función ordenadora, altamente indicativa e imperativa respecto de las direcciones posibles de interpretación; la función definida por la 'objetividad-ingenuidad', que tiene en su base la hipótesis sobre la integración del periodismo y la audiencia; y la función atribuida a unos pocos panelistas políticos, la agresividad. Me referiré a las dos primeras luego. En cuanto a esta última, ejercida por Gleizer ante Abelardo Ramos, por Urtizberea frente a Coral, por Raventos frente a Frondizi y por Raventos y Salas frente a Sueldo y Ondarts (para mencionar sólo aquellos programas que conforman el texto televisivo de este trabajo), conservada dentro de los límites anteriores a lo que podría ser el debate político, se convierte como en el caso de Salas —particularmente incisivo frente a Sueldo— en una especie de gran acuerdo nacional de la afirmación y la confirmación, ejemplificado en sus conclusiones del programa en el cual participaron Rucci y Tosco: "Realmente nos hemos portado [en el transcurso del programa] como adultos. Creo que es una prueba de adultez y democracia [. . .]. Creo que adultez en serio en lo que se refiere a que tenemos capacidad de dialogar [. . .] Pienso que ésta es una prueba evidente de que la Argentina tiene madurez, y que esa madurez puede hacer de una vez por todas que gobernemos nosotros mismos".

Es preciso señalar algunos rasgos de esta conclusión: en principio, la exhibición de un programa de televisión como prueba de una afirmación política que pretende ser general: si en la (ficción de la) televisión se

puede dialogar, por qué no se va a poder dialogar fuera de ella. El medio así considerado por sus propios sujetos ejerce una especie de transferencia mágica hacia la realidad: la coexistencia que es una manfa, una trampa, un 'milagro' del medio es afirmada en términos amplios que lo trascienden. Se ocultan así las contradicciones de lo político concreto, en el caso en que el medio elija no reflejarlo, cuando las refleja emplea su poder para diluirlas con conclusiones del tipo de la enunciada. Por otra parte, esta afirmación se sustenta sobre otra igualmente metafórica, por no denominarla falsa: los adultos pueden dialogar —así sean las contradicciones tan profundas como las de sectores representados por Rucci y Tosco—, los que se niegan al diálogo no son adultos, es decir no asumen con buen sentido la posibilidad de una coexistencia que el milagro del medio está demostrando. Se refuerza así una imagen de la democracia burguesa, en el aspecto en que propone la 'libre' discusión, la verbalización —parlamentaria, periodística— de los conflictos sociales y políticos, y en consecuencia —esto es lo más importante del mensaje— su resolución por esta vía.

Elegí ejemplificar tal ideología del medio a través de la afirmación de Salas, para señalar cómo, aún aquellos periodistas que en apariencia mantienen una mayor distancia política respecto de la ideología del medio, son tributarios de sus convenciones formales, convenciones a su vez portadoras de la política y el discurso electoral propuestos por los canales de televisión.

La pregunta siguiente apunta a subrayar una cuestión de fondo sobre los contenidos recurrentes en los programas periodísticos analizados. Lo primero que se registra es un desplazamiento hacia el olvido o la ausencia de planteos programáticos. En este sentido, se acentúa una tendencia que aparece también en los jingles y cortos publicitarios de las campañas: la política burguesa rehúsa explicarse —habría que mencionar como excepción las características publicitarias de la campaña de la UCR, que hacen centro en la plataforma partidaria, como una forma de reforzar la imagen de 'conducta y seriedad' elegida para promocionar a sus candidatos—; es más, se reemplaza el discurso de la 'razón política', en el caso electoral de lo programático

desplazándolo o hacia los medios periodísticos escritos, o hacia un espacio donde se lo sustituye, por lo general, por fórmulas adheridas a las diferentes metáforas que los slogans publicitarios intentan imponer. El periodismo televisivo se hace cómplice de esta maniobra por varios motivos: uno de ellos, el explicitado por Urtizberea ante una de las revistas especializadas: lo programático no interesa. Otro nace de la situación política concreta de estas elecciones: la pregunta fundamental no apunta a después de las elecciones sino a un antes. Es decir que el eje periodístico y político más importante giró cerca del centro de interés de los partidos políticos burgueses: se llega o no se llega, se proscribe o no se proscribe, habrá golpe antes o después. Tales son los condicionamientos impuestos a las elecciones por la dictadura y tal es su registro en el periodismo de los medios.

A ello debe agregarse que la política burguesa, en condiciones electorales, es cada vez más impotente para explicar los fenómenos que ella misma genera —y mucho menos los que generan las luchas populares— salvo a través de fórmulas elaboradas para tapar el debate sobre cuestiones de fondo.

Por otra parte, no es casual la repetición de ciertas presencias políticas en los medios. Desde el 30 de enero al 20 de febrero, visitaron los canales de televisión en orden de presencia decreciente: la UCR, Manrique, Alende y Sueldo, Chamizo, Ramos, Solano Lima, Martínez, Corral. Lo tematizado en el curso de las audiciones permite concluir que los medios, bajo la apariencia de libertad sin condiciones —falsa porque las condiciones residen en las propias posibilidades de producción de su discurso político y en la ideología confirmadora que vamos analizando—, privilegian ciertos ejes de discusión que pasan por el interrogante generado por la precaria situación electoral creada por la dictadura: interrupción del proceso, segunda vuelta, "incitación a la violencia". A ello súmese las cuestiones vinculadas con el margen de posibilidades del futuro gobierno: cinco puntos del Acta Constitucional, rol e incidencia de López Aufranc, amnistía, pacto peronismo-radicalismo para cogobernar. Si tales son los ejes de la discusión política procesados por el discurso periodístico de los medios, hay

además uno que lo atraviesa ostensiblemente: el campo, tipo y momento de las relaciones de los candidatos con el peronismo.

Discurso ideológico-político de la televisión que atraviesa e inunda la materialidad porosa del discurso de sus periodistas. Pareciera legítimo afirmar que el medio detenta el máximo poder: neutralizar, reconvertir los mensajes que pone en circulación, en función de su táctica de confirmación de las leyes concertadas para un momento del juego electoral.

Secuencias: Frente a frente y Desafío

El análisis del discurso político de la televisión supone desarticular los mecanismos que integran la estructura de los programas. Quiero decir que la naturaleza del discurso pasa también por el artificio según el cual éste se construye: así, el discurso toma su continuidad de la presencia de sujetos y predicados —visuales y orales—, y a su vez los sujetos se organizan según ciertos roles a ellos atribuidos dentro de la mecánica del programa, por intermedio de ciertos predicados cuya función es caracterizarlos. La resultante es el programa considerado como secuencia, que admite, entre otros componentes, el desorden (la apariencia del desorden), la disidencia (o su simulacro), pero, sobre todo, impone la necesidad del orden, representado en el caso que se analiza enseguida por un sujeto privilegiado, el periodista. Con todo, se tiende a lograr un resultado al cual no es ajeno la creación o aceptación de tensiones que conserven el 'interés de la audiencia'. Al respecto no puede olvidarse que, como se ha dicho, la política pasó a ser en los meses de enero y febrero la protagonista explícita, la vedette en la programación de los canales.

Es de imaginar que, por esta razón, las diversas programaciones intentaron adscribirse a una fisonomía peculiar a través de la cual se vehiculizara el discurso político. Si bien se han mantenido algunos esquemas ya conocidos (*El público quiere saber*, *Derecho a réplica*) surgieron otros (*Frente a frente* y *Desafío*) que propusieron alteraciones a partir del reportaje en sentido amplio.

Frente a frente (canal 13, martes, 20.30 horas) es el programa armado sin duda con mayor sincretismo: periodistas invitados, periodistas del

canal, público, bajo la forma de bancadas políticas, la pregunta de la calle. Cada uno de estos elementos, con variaciones, fue incorporado en el transcurso de 1972 a algunos de los programas políticos. *Frente a frente* los emplea todos: es decir, compone una escenografía —desde el punto de vista de la incidencia del medio sobre su audiencia, fundamental— donde cada cosa encuentra su lugar y su orden a través —y ésta sería la innovación del programa— de un mediador principal: el periodista Sergio Villarruel. ¿Qué pasa entonces? Mejor dicho, ¿por dónde pasa lo que pasa? La política procede por un paseje legitimizador a través de un sujeto ordenador que funciona, según los casos, como censor, intérprete (conclusiones finales), figura autoritaria, protagonista —Villarruel es, sin duda, *el que sabe*.

La secuencia del programa se desarrolla, más o menos, de la siguiente manera: abre Villarruel con la presentación del panel (Manrique, Martínez Raymonda el 30 de enero; Ramos, Alberti, Spilimbergo el 20 de febrero, por ejemplo) y la fijación de las reglas del juego interno, dentro de las cuales hay dos elementos que en ambas oportunidades se encargó de subrayar: la presencia de jóvenes activistas de los partidos políticos de la burguesía y el pedido de benevolencia (sic) a los integrantes del panel puesto que esos jóvenes "pueden formular preguntas e incluso si ustedes lo permiten polemizar". Desde el vamos es necesario subrayar un elemento: los jóvenes inquietos ("que quieren actualizarse y conocer la realidad del país") que al parecer son para la televisión una especie de garantía por el hecho de ser jóvenes (pero tácitamente por pertenecer a partidos embretados en el juego electoral) y por el hecho de que, *pese a ser jóvenes*, reconocen y de alguna manera dan la sombra de una credibilidad al intercambio de preguntas y respuestas; funcionan también como elemento decisivo para crear las tensiones de la disensión dentro de las explícitas reglas del juego (una de las cuales demostró ser que deben batirse en retirada si el conductor piensa que se han trasgredido las normas del debate, por él fijadas en nombre del 'respeto'). Los periodistas del canal y los invitados juegan un papel de refuerzo de la 'objetividad' frente a los entrevistados. Su rol no excluye dosis cuidadosas de agresivi-

dad y, en políticas de la calle de ficción de de la audi mecanismo der de c programa tal respo desorden: ción no sando la e

El pro pregunta de entrev programa puestas dentro e orador e izquierd venir las precedio política ces se d cuyos p 'orden' Como los ped y autor ideológ pidas e la pre rol or disensi ción v declar Manri Eva P banca tamb Perón no, g tarios Villarr "la" segu Eva sigue el h aque con res y el o por gun S rruer pro que tran par pro por res ron LO

dad y, en oportunidad, filiaciones políticas concretas. La pregunta de la calle cumple dos funciones: la ficción de la participación por parte de la audiencia, que aumenta, por un mecanismo típico del medio, el poder de convicción, el realismo del programa; y una función instrumental respecto de la posibilidad de desorden: se interrumpe una situación no controlada o imprevista pasando la emisión a exteriores.

El programa comienza con algunas preguntas de los periodistas. El panel de entrevistados, a diferencia de otros programas, no es urgido en sus respuestas (Abelardo Ramos se explayó dentro de sus mejores tradiciones de orador de derecha y oportunista de izquierda). Luego comienzan a intervenir las bancadas (cada pregunta es precedida por el nombre y filiación política de quien la formula). Entonces se descubre la función de sujeto, cuyos predicados giran alrededor del 'orden', que desempeña Villarruel. Como cualquiera pudo comprobar, los pedidos de silencio son reiterados y autoritarios, las variaciones político ideológicas de las bancadas interrumpidas con algo de brutalidad: "¡Haga la pregunta!". Por momentos este rol ordenador tapa emergentes de dimensiones que al medio no le conviene ventilar: cuando Martínez Paiva declara que, pese y por su apoyo a Manrique, "sigue siendo mujer de Eva Perón", se oye una voz, desde la bancada peronista: "Los Montoneros también" y "Usa la camiseta de Perón". Villarruel, micrófono en mano, grita silencio. Siguen los comentarios desde la bancada y entonces Villarruel dirime, es decir interpreta: "la señora Martínez Paiva ha sido seguidora de la política de la señora Eva Perón; ella no traiciona nada, sigue a Manrique porque cree que es el hombre que está acercándose a aquella política y no podemos seguir con ustedes convertidos en acusadores y la señora en acusada". Continúa el desorden y los pedidos de silencio; por fin Villarruel corta con la pregunta de la calle.

El rol de interpretador de Villarruel se refuerza en el desenlace del programa que consiste en un resumen que realiza de lo afirmado en su transcurso por los integrantes del panel político; curiosamente, en el programa cuyo protagonista más importante fue Manrique, las conclusiones finales de Villarruel no registraron ninguna de las afirmaciones del

candidato acerca de lo invertido en la campaña publicitaria de su Alianza. Esas afirmaciones, que despertaron la hilaridad e indignación de algunas bancadas, fueron del tipo: "No le podría decir exactamente [cuánto gastó en publicidad] porque yo no llevo las cuentas, *no tengo mentalidad económica*. . . [los recursos provienen] "de una cantidad de gente amiga" y de "los créditos para los partidos políticos". Aparte de contribuir junto con Manrique a desplazar lo económico al espacio de lo imponderable, de lo inefable, de lo natural (la buena voluntad de los amigos), Villarruel contribuye a diluir lo que no pudo dejar de preguntar un periodista y la bancada. En última instancia hay ciertas reglas de juego precisas a las cuales no podemos imaginar ajenos los intereses de los canales de televisión.

Como organización del discurso político, el programa de Villarruel propone un periodista que se reserva la función del orden (respaldado sin duda por un oficio casi descolante dentro de la indigencia periodística del medio).

Mónica Mihanovich y Jorge Marchetti se reservan, casi podría decirse, el predicado opuesto: juegan más bien a la candidez y el buen sentido en su programa *Desafío* (canal 11, martes, 22 horas, dirección de Héctor Ricardo García). La escenografía es también de intención disímil a la del programa de Villarruel: sólo dos, tres o cuatro periodistas cuyas caras y nombres se desconocen; detrás de los invitados, una pantalla gigantesca sobre la que se van proyectando diapositivas (en el programa al que asistió Balbín se reiteraron las escenas que connotaban imagen familiar; en el de Manrique, las de sus viajes por el interior como ministro de Bienestar Social). Las preguntas, especialmente las de Mónica Mihanovich, suscitan respuestas sinonímicas y parten de un registro de lo afirmado por los candidatos o sus partidos para devolverlo como problema, es decir consolidar a cada uno de los participantes. Pongo un ejemplo: (a Balbín) "Hay mucha gente, la gente en la calle, todo el mundo habla con una palabra que se utiliza muy a menudo que es la palabra monopolios. . . La mayoría de la gente no sabe lo que quiere decir exactamente monopolios porque cada uno le da la interpretación que quiere. Ustedes en su plataforma dicen que van a eliminar las interfe-

rencias monopólicas nacionales y extranjeras en el proceso económico argentino de modo de lograr un normal desenvolvimiento de la economía. ¿Qué quiere decir eso?" Acá se parte del supuesto de que la mejor función, la deseable, de un programa político es su actitud pedagógica. En verdad se trata de una pedagogía de la confirmación, que no vacila ante afirmaciones como las que se le oyeron proferir a Jorge Marchetti frente a Manrique: "Le admiro la valentía de reconocer toda su actuación. Reconozco la valentía que usted en este programa está asumiendo". No se imagine que la entonación abra posibilidad de doble lectura.

Desafío gira sobre la improvisación periodística y por tanto es uno de los programas que más amablemente se moldea ante sus entrevistados. En el caso de Manrique —cuya técnica ante las cámaras de televisión es la mejor de entre la de los candidatos— más de medio programa sucumbió ante el encantamiento del relato: conflictos de Manrique con Villada Achával, una jamesbondsca secuencia sobre el informe entregado a un Lonardi casi agonizante y agobiado por intrigas de palacio, donde se explicaba la 'verdadera' situación de la revolución libertadora, otra secuencia en la cual Manrique, en la explanada de la casa de gobierno, detiene solo a los infantes de marina que en los recambios de noviembre del 55 avanzaban hacia allí.

Poco televisivo en su manejo de cámara; y en su ritmo, *Desafío* es, no obstante, quizás el más televisivo de los programas políticos por el código de convenciones que maneja: protagonismo de los candidatos como 'figuras' del programa, utilización de una pareja periodística que despierta adhesiones sentimentales de la audiencia, desvanecimiento de las figuras periodísticas 'secundarias', ausencia de objetivos polémicos en los conductores, que además parecieran afirmar en cada una de sus intervenciones que el periodismo político no es un oficio con ciertos requerimientos mínimos. Se concluye que se habla de política porque éste es el momento. La estructura del programa no depende, como en el caso de *Frente a frente*, de un sujeto ordenador sino de sujetos miméticos, fuertemente cargados, por su pasado televisivo, de las simpatías de la audiencia.

La estructura de ambos programas sirve, aproximativamente, de modelo

de variables que bien puede albergar al resto de los programas políticos. Se establecen, en general, dos ejes formales sobre los cuales gira la organización del discurso, en función de dos oposiciones: sujetos ordenadores/sujetos cándidos (ignorantes); predicados autoritarios/predicados confirmatorios. De ello puede concluirse, por un lado, que la intencionalidad política del mensaje reside en la relación simpática con los sujetos (autoridad periodística o personal que se les adjudique): es decir, política mediatizada no sólo por los mecanismos de censura del medio, no sólo por la presencia única de los partidos burgueses —la televisión es sin duda el medio más censurado y autocensurado, ya que algún semanario, como *Panorama*, llegó a registrar posiciones de la izquierda revolucionaria—, sino también por el filtro difusor de las 'figuras' de mediana o alta popularidad entre la audiencia, por tanto figuras que presentari ante ella la apariencia de confiables y su palabra, por lo tanto, es creíble.

El procesamiento de lo político que se da a través de esta red de recaudos —de censuras— degrada lo político que no puede aspirar a un nivel de autonomía respecto de otros productos del discurso televisivo (tal degradación culmina, para poner un ejemplo, en la pregunta de Lucho Avilés, antes especialista en chismes del ambiente artístico, a Vicente Solano Lima, sobre si fue realmente *muy, muy amigo* de Gloria Guzmán).

La televisión y cómo hablar de ella

La televisión no se mira a sí misma, raramente es su propio objeto, en realidad no puede establecer un distanciamiento crítico respecto de lo que produce: establecerlo equivaldría a cuestionarse. Practica así un inmediatismo pragmático, cargado sin duda de ideología. Pocas veces tematizada a sí misma, la televisión aguanta mal que se la tematice ante cámaras. Lo que sucedió en *El pueblo quiere saber* (canal 11, 14 de febrero) más que una excepción a la no autoreflexibilidad del medio configura un ejemplo de cómo responde cuando su propio discurso es cuestionado.

La situación llevó a un entredicho entre el conductor del programa, Urtizbera, y Coral. Urtizbera, que esa noche practicaba la variante periodística de la agresividad, calificó

al Partido Socialista de los Trabajadores de grupúsculo (dócil a la ideología burguesa del 'peso' político). Coral respondió: "Usted es un instrumento de la prensa oficial para la cual nosotros somos grupúsculo y el señor Selser un gran partido que le publican la foto todos los días, cuando se hizo cómplice con la Hora del Pueblo y después del FREJULI". Al margen de las disensiones de Coral (que nos conducirían a pensar quiénes son hoy sus aliados en su partido) con otras fracciones del socialismo, su afirmación sobre la prensa oficial creó un espacio que mal podía resolverse dentro del contexto 'aséptico' que pretende para sí la televisión. De esta forma la reacción de Urtizbera se vio obligada a optar por la salida de la ingenuidad (cinismo); selecciono tramos representativos de sus respuestas: "Eso no se lo voy a admitir porque no tiene ningún fundamento y lo que usted quiere es descalificarme ante la audiencia" [es decir: el problema es personal y no respecto de la libertad en el medio, sino en nombre de su eficacia evaluada falsamente en los términos de objetividad]. . . "Usted sabe que aquí el programa lo mantiene canal 11" [es decir: canal 11 está fuera de los mecanismos de la prensa del sistema; Urtizbera, nuevamente ingenuo, homologa oficial y del gobierno o laussista: en ese pasaje, la calificación de oficial es interpretada al margen del control que las clases dominantes ejercen sobre un medio altamente censurado y autocensurado]. . . "Yo, en doce años de televisión, nunca he engañado al público y el público me sigue por eso" [otro concepto naturalizado: Urtizbera apunta a la afirmación de un vacío ideológico, que podría ser el espacio de sus programas: si hay voluntad de no engaño, no existe engaño, sería la conclusión] y finalmente "Yo digo lo que se me antoja igual que lo está diciendo usted. ¿Usted no está diciendo lo que se le antoja acá? ¿Yo le limité la audición a usted?" [es decir: el medio no crea su propia lectura, ni produce un contexto dentro del cual existen pautas de decodificación estrictas; el medio es neutro, afirma Urtizbera, sus convenciones, si es que no son explicadas, no existen]. Vale la pena agregar que las afirmaciones de Urtizbera no encontraron sino respuestas igualmente convencionales en Coral.

Insisto: en la argumentación de Urtizbera se hacen patentes las re-

glas del discurso político televisual que pretende definirse por sus inclusiones y no por sus exclusiones (todos los partidos que entren en el juego electoral pero ninguno de los que no entren); esta definición por inclusiones, que silencia sistemáticamente las exclusiones, apunta a una captación rotunda de las censuras y autocensuras que se practican sobre el curso político: se elige un discurso dentro de sus límites se afirma que aparentemente todo vale; ello en función de una captación no sólo cuantitativa sino ideológica de la audiencia: a la audiencia se le propone que cree una verdad de los discursos electorales es decir que se propone el discurso de una definida carta política. Es esta forma cómo el medio se plantea a sí mismo, a través de las expresiones de sus protagonistas; la enfática reacción de Urtizbera indica otra conclusión: no se puede dudar del discurso dentro del discurso de la televisión.

Sino para trivializarlo. Prueba de ello el metadiscurso de las revistas especializadas que en sus últimos números se han sumado al ataque al curso político. Un artículo sobre *Francia a frente*, en *TV Guía* del 7 de febrero, otro sobre el vedetismo de los periodistas de televisión, en *Canal TV* del 3 de febrero y, en el mismo número, una nota titulada "A Urtizbera le critico yo. Firmado: Raúl Urtizbera". Registro algunas de las afirmaciones atribuidas a Urtizbera en la nota mencionada: "Cada vez que se hace una pregunta sobre el futuro y los planes de los políticos el programa cae. Interesan más las acusaciones que las explicaciones. Ocorre que cuando se dice, por ejemplo, usted en tal año firmó un papel donde acusaba a fulano de tal cosa, la gente espera la respuesta con interés. Si se le pregunta cuáles van a ser sus planes económicos, se pierde el atractivo del programa". Bien. Las afirmaciones se refieren a una supuesta eficacia del medio, aparentemente al margen de su eficacia política. Urtizbera sigue siendo ingenuo porque no es así: la eficacia (definida en términos de atracción y de captación de audiencia) no puede ser escindida en las intenciones del medio de la eficacia (definida en términos de creación de un cierto espacio ideológico, donde se neutraliza lo político en nombre de un interés por la anécdota, es decir donde se sitúa lo político como discurso cuyo interés no reside en su

objeto sino en las variables del relato de aspectos; es más, donde el discurso político, incluso el de los partidos burgueses no es preferible a un discurso pseudopolítico sobre los incidentes que momentos de la política burguesa produjeron). Por otra parte, la afirmación no hace sino mimetizarse con el tipo de discurso general que organiza el medio, su imposibilidad de conceptualizar y la atribución de esa imposibilidad a factores hipotéticamente vinculados a 'preferencias' de una audiencia que se modela sobre las propuestas que el medio mismo le arroja. Apunta Urtizberea, asimismo, a una verosimilitud del medio, basada fundamentalmente en cierto tipo de relato con enigma (qué pasará, por qué usted firmó, qué ocultaba, los secretos, la revelación) que la televisión utiliza además como gancho publicitario para la promoción de los programas políticos. En consecuencia, se establece el círculo que otorga validez a todo el discurso televisivo: una asignación de preferencias a la audiencia que legitima las intenciones del sistema de los medios de comunicación. Acentuar la convencionalidad, la trivialidad anecdótica del discurso político que estructura la televisión equivale más que a un registro de audiencia a la expresión de un programa sin posible riesgo.

De una nota sobre Blackie (*Canal TV*, 19 de febrero) vale la pena extraer un comentario referido no está bien claro si sólo al panel de periodistas que integra su programa *Derecho a réplica*, o incluye eventualmente a los entrevistados. El comentario es el siguiente: "Lo más gracioso es que a veces discuten y discuten y después se van todos juntos a tomar un café". La clave es fácil, tras la absoluta trivialidad si no estupidez de lo registrado. Lo que en verdad se quiere decir es que las disensiones, si en realidad llegan a producirse, son aparentes; tras la discusión puede llegar el café del olvido, verdadera imagen de la coexistencia entre quienes obviamente no tienen dimensiones de fondo. Si en una misma noche se pueden juntar en entrevistas sucesivas a Sanmartino, Balbín, Cámpora, Ramos, Sandler, Manrique y Frondizi (jueves 15 de febrero), bien puede afirmarse que la suma de desinteligenacias entre sectores burgueses no son sino la apariencia fraccionada de una ulterior o subterránea armonía. Además puede

leerse bajo todo ello que las disensiones, si bien existen, no pueden impedir un frente común ante enemigos comunes. El café de Blackie es el brebaje de un necesario acuerdo. Los medios, adheridos a la supervivencia del sistema, así lo desean.

El jingle o de cómo convencer

La técnica publicitaria de los medios (cortos y jingles) ha invadido la campaña electoral de los partidos burgueses. Parece casi obvio afirmar que candidatos y partidos se promocionan como los productos que la televisión impone a través de sofisticadas, impactantes, etc. técnicas publicitarias y que, de esta forma, el producto político a imponer se irrealiza, fijándose alrededor de dos o tres cualidades o atributos.

Más allá de ello, lo que merece ser señalado es que las campañas desplazan su centro de la verbalización programática a la imposición de imagen, jugando en este proyecto con todos los recursos de la televisión. En principio, apostando a la persistencia en el medio y atribuyéndole un poder de penetración en la audiencia. La persistencia no está referida sólo a la reiteración del mensaje (jingle o corto) sino también a la técnica según la cual estos se arman: la de la redundancia, es decir una cantidad de información tendiente a cero, poco significativa en la mayoría de los casos, junto con una reiteración de la cualidad o valor semantizados (conducta, fe, cambio radical, liberación, poder y saber, juventud). Por otra parte, el jingle o el corto se encargan de no dejar margen de duda acerca de lo 'deseables' y positivas que son estas cualidades: es decir que no sólo se las afirma sino que se las supone como razones suficientes de una elección política. Se parte, de esta forma, de la convicción de que la elección política no pasa por el discurso político sino por su negación, entendiendo por negación la reducción del mismo a valores o unidades básicas de cualidad. No es necesario agregar que operan con la misma reducción los comerciales habituales en el medio.

La imposición del candidato-producto manipula la audiencia a través de la propuesta de adopción de valores y traslación, por contigüidad de estos valores a los candidatos que se postulan simbolizándolos. La adquisición

de estos valores se obtiene mediante un procedimiento metafórico: el candidato es la cualidad atribuida; si la cualidad aparece como deseable (y son lo suficientemente genéricas como para parecerlo) traslativamente el candidato también lo es. Todo proceso de metaforización supone una sustitución en ambos sentidos: desaparece Balbín aparece la conducta, desaparece la conducta aparece Balbín; la sustitución reiterada crea una asociación sobre la cual descansaría la eficacia del jingle.

En uno de los cortos del FREJULI este mecanismo de sustitución es central y sobre él descansa toda la eficacia política del mensaje: en pantalla, Cámpora y Solano Lima asomándose a un balcón (primer elemento evocador), luego la imagen de Perón (segundo y principal elemento de la asociación y sustitución). El jingle acentúa la significación de la imagen, reforzando claramente la sustitución que en el caso de la fórmula del Frente es la expresión de una de sus consignas más eficaces: "los hombres del Frente y de Perón".

Cabe preguntarse sobre las causas de la apelación, a través de cortos y jingles, a los mecanismos más irracionales de la audiencia. Una especie de agotamiento del discurso político que duda sobre su posibilidad de captación se insinúa junto a una apuesta, no probada en el caso del electorado argentino y de eficacia incierta, acerca de la imposición política a través de la televisión y sus recursos más consolidados. Al respecto se abre un interrogante acerca de cómo son procesados este tipo de mensajes por la audiencia. El corto y el jingle si bien parten de la afirmación de la metáfora como mecanismo de imposición, no evalúan a la vez los riesgos de una cada vez mayor degradación de las formas del discurso político burgués. Tal degradación puede llegar a tener un efecto bumerang sobre el consumo del mensaje. Es más que evidente que el mensaje político no entra en circulación de la misma manera que el mensaje publicitario normal en el medio y su procesamiento es con seguridad diferente. No necesariamente a una mayor degradación corresponde una mayor eficacia.

Un corto de Ezequiel Martínez reúne hasta la saturación del modelo descrito todos los elementos del mensaje publicitario convencional. En pantalla, imágenes de 'jóvenes ligados'

que pasean, trabajan o estudian; locutor en off, sobre fondo musical tipo vinos Crespi: "Hay una juventud que ama, que estudia, que trabaja; hay una juventud linda que es argentina.

Esa juventud espera y merece una Argentina en paz, para concretar con seguridad su afán de superación. Para vos, Ezequiel Martínez, el presidente joven. Votálo, sabe y puede. Acordáte que en cuatro segundos decidís cuatro años de paz, superación y seguridad para vos y los tuyos. Pensálo". Registremos algunos indicadores; en primer lugar las reiteraciones de significado: juventud, que es el tema del aviso, unido al culto televisivo que de ella se realiza, y al 'valor-cualidad' presuntamente atribuibles al candidato y a través del cual se intenta vehiculizar la adhesión; paz, superación, seguridad, repetidas, por un lado como calificaciones de un deseo subjetivo atribuido a la juventud y, en segundo lugar, especularmente como resultado de una decisión que modificaría en lo objetivo la realidad —el mediador sería la elección por esa juventud de ese candidato joven. Por otro lado, dos indicadores sintácticos: el voseo, de acercamiento y flexibilización de las relaciones con lo político, y la notable utilización de construcciones que eluden los mediadores lógicos, imponiéndose por contigüidad sintáctica: no es votálo *porque* sabe y puede, sino "votálo, sabe y puede". La ausencia del mediador lógico es el reflejo sintáctico de la irracionalidad política que atraviesa todo el mensaje. Casi es innecesario agregar que las imágenes sobre las cuales desfila el texto son tan importantes como el texto mismo, y funcionan reforzando uno de sus elementos decididamente más reaccionarios: hay una juventud linda.

Otro: Manrique en pantalla afirmando: "Vamos a hacer gobierno juntos usted y yo y juntos también haremos amigos la máquina del no hacer". Elemento fundamental de la redundancia: *hacer*, como bien se sabe la más impactante modulación predicativa, la de la práctica; la redundancia de hacer se concreta en tres variaciones que le agregan sucesivas connotaciones: hacer opuesto a no hacer (referido a máquina, metáfora de burocracia a la que Manrique alude con frecuencia); hacer como sinónimo de destruir, teniendo como objeto precisamente esa misma máquina. Un juego similar de correspon-

dencias y desfasajes de significación, cuyo eje es en este caso la ambigüedad, se refleja en un slogan de Nueva Fuerza: "Gobernar es crear, crea en Nueva Fuerza". Crear y crear funcionan como homólogos: si se cree se crea (aunque, en realidad, puede desenmascarse como un 'si usted cree (llega a crear, lo convengo) Nueva Fuerza creará (gobernará)'. Otro jingle de Nueva Fuerza se presenta como una de las expresiones más acordes con una ideología reaccionaria que apela fundamentalmente a sectores pequeño burgueses: "El sentido común gobernará".

No nos consta que el sentido común burgués haya gobernado, por lo menos, la campaña electoral: jugando con los slogans toda racionalidad política está ausente de ella. Pero con causa: estas elecciones exigen ser un espectáculo televisivo, sus limitaciones se evidencian en una de las contradicciones centrales: nadie sabía si el "sentido común" podía gobernar o, en términos más precisos, cómo, cuánto y de qué manera llegarían al 1.º de marzo.

Mientras tanto en la calle sucedieron cosas.

Cada uno se juega donde puede

Y según lo que tiene. La Nueva Fuerza, Manrique, Ezequiel Martínez han jugado a una profusa campaña de afiches: en general se caracterizan por una extrema precisión técnica y de factura: offsets impecables, cuatro colores en registro casi perfecto. También a ello han recurrido la UCR y el FREJULI. La notable definición gráfica de los afiches y, en algunos casos, su buen diseño apuntan a una realidad que en algunos casos es impuesta por el caudal político y en otros por el control jerárquico de la campaña por parte de una cúpula política que teme y recela de las imposiciones que, en la calle, pueden hacer sus mismos activistas.

El FREJULI es, sin duda, ejemplo de esto último: la calle es para el peronismo la doble posibilidad de demostrar su peso político y el peligro de desatarlo más allá de lo que la cúpula pueda controlar. Desde la pintada al acto o la manifestación, el FREJULI se ve jaqueado por su inserción en la política de las elecciones, a las que concurre dentro de las normas planteadas por la dictadura y por tanto en la aceptación de sus reglas. De allí el peligro de la calle.

La campaña electoral en la calle no se agota en los afiches y pintadas sino que impone la presencia de un sujeto político, en el caso del FREJULI el activo de la juventud peronista fundamentalmente. Y es allí donde la calle aparece como amenaza, como dilema para las leyes del juego de estas elecciones: quien no tiene capital político debe resplazarlo por las campañas de agencia, y quien puede tenerlo no puede emplearlo a fondo.

La necesidad de la calle en una campaña electoral, el espacio del cual se apropiaría temporalmente y en el cual funcionaría con naturalidad, 'espontáneamente' la política, se convierte en una tensión y en el peligro de alterar, trasgrediéndolas, las pautas impuestas por la dictadura. Hay razones poderosas, entonces, para que el peronismo abandone viejas prácticas que contribuyeron a su triunfo en 1946, o por lo menos las circunscriba a iniciativas fuertemente acotadas. Movilizar la calle no se hace impunemente hoy en la Argentina. La consigna que en televisión puede cristalizar inocuamente, en la calle puede sufrir todas las variantes de un procesamiento masivo. Eso ya se ha visto. La movilización electoral es la gran contradicción en la campaña de los partidos burgueses: no es solamente una cuestión de caudal. Allí donde existe objetivamente capital político, existe también el problema de su control: hoy ya problemático.

La calle instala así un centro de amenaza en el medio de unas elecciones donde, por razones fundadas, los medios de comunicación masiva juegan un papel de importancia. En un país convulsionado por las luchas sociales no hay seguridad sobre los mecanismos para evitar los estallidos. La campaña se desplazó entonces del escenario real a la escenografía que enmarca la semificción de los medios: de la historia que viven las masas populares al relato cada vez más convencional, crecientemente estereotipado de los medios; de lo real a un verosímil político donde, en forma creciente, se acentúa la irracionalidad de la política burguesa que, acosada, se refugia en el set de televisión donde espera copar a esa otra razón que se juega en la Argentina: las luchas sociales que no se conjugan con slogans y cuya perspectiva es signo de peligro para las clases dominantes más allá de los resultados de un proceso electoral.

LIBROS UNIVERSITARIOS

COLECCION "NUESTROS CLASICOS"

ANTOLOGIA DE LA POESIA LATINA

Selección, versión rítmica, prólogo y notas de *Amparo Gaos y Rubén Bonifaz Nuño*

Lleva a aquéllos que pueden interesarse en el estudio de las humanidades un reflejo de las principales creaciones poéticas nacidas de la vida del pueblo romano.

FACUNDO

por *Domingo Faustino Sarmiento*
Introducción y notas de *Emma Susana Speratti Piñero*

Es, sobre todo, la reconstrucción de un ambiente y la presentación de su resultado: el caudillismo y la barbarie dominadora.

ETICA NICOMACHEA

de *Aristóteles*
Versión, prólogo y notas de *Antonio Gómez Robledo*

Obra de formación del hombre, del carácter o *ethos* humano. La razón y el sentimiento quedan por igual impregnados de su contenido.

DIALOGOS DE LA VEJEZ Y DE LA AMISTAD

de *Marco Tulio Cicerón*
Traducción directa del latín
Introducción y notas por *Agustín Millares Carlo*

Un texto vivo, vigente; un mensaje de orden ético para el hombre actual.

CUENTOS ESCOGIDOS

por *Edgar Allan Poe*
Selección e introducción de *Arturo Souto*

Se presentan los mejores y más famosos relatos de Poe, elegidos no sólo por su calidad literaria, sino también por su variedad.

DOÑA PERFECTA

por *Benito Pérez Galdós*
Introducción de *Max Aub*

Levanta en vilo contra la realidad idealizada por el autor. No puede llegar a más el arte de la novela naturalista: la realidad inventada llega a lo auténtico.



DOS OPUSCULOS

por *René Descartes*
Introducción de *Luis Villoro*

Las Reglas son el mejor escrito para estudiar el método cartesiano, mientras que *Investigación de la verdad* muestra con suma claridad el sentido humano de la duda metódica.

ANTOLOGIA DE LA POESIA NORTEAMERICANA

Selección, versión y prólogo de *Agustín Bartra*

La madurez alcanzada durante los últimos años hace sentir las más fecundas síntesis.

LA REPUBLICA

de *Platón*
Introducción de *Adolfo García Díaz*

Sus páginas desconciertan ante la tan inquietante mezcla de utopía y realidad, de aristocratismo y humanidad.

EL ORIGEN DE LAS ESPECIES

por *Carlos Darwin*
Estudio preliminar de *Juan Comas*
2 Tomos

Obra cumbre, calificada como el libro más importante del siglo XIX; sus ideas básicas siguen vigentes.

EL CONDE LUCANOR

por *Don Juan Manuel*
Prólogo y vocabulario de *Juan M. Lope Blanch*

Primera obra original escrita en prosa castellana, cuyo autor al propio tiempo se considera el primer cuentista europeo.

ALEMANIA

de *Enrique Heine*
Prólogo de *Max Aub*

Libro profundo, además de encantador e ilustrador como pocos; nos avisa de la actualidad del idealismo alemán, a veces en tonos proféticos escalofriantes.

MADAME BOVARY

por *Gustavo Flaubert*
Introducción de *Arturo Souto Alabarca*
Traducción de *Juan Parades*

Modelo único de arte realista. Cata profundamente el alma femenina, capta toda una época, un modo de vida, una clase social.

CANCIONERO DE ROMANCES VIEJOS

Selección, prólogo y notas de *Margit Frenk Alatorre*

La canción popular es manifestación de vida, y es arte.

LA CELESTINA

de *Fernando de Rojas*
Introducción de *Agustín Millares Carlo* y *José Ignacio Mantecón*

Uno de los más insignes monumentos de la prosa española, considerada por unos novela dialogada y por otros poema dramático.

LA ENEIDA

de *Virgilio*
Introducción de *René Acuña*
Traducción de *Lorenzo Riber*

Obra fundamental y básica del clasicismo, que puede servirnos para comprender la cultura occidental.

DIALOGOS

de *Platón*
Introducción de *Juan García Baca*
2 Tomos

Contiene los siguientes diálogos: Eutífrón, Apología de Sócrates, Critón, Banquete, Hipias mayor, Ion, Fedro.

Pedidos a:

DEPARTAMENTO DE DISTRIBUCION DE LIBROS UNIVERSITARIOS
AV. INSURGENTES SUR No. 299
MEXICO 11, D.F.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Acuerdo y elecciones: el discurso del GAN

Carlos Altamirano

"La Junta de Comandantes en Jefe en virtud de las responsabilidades y atribuciones que determinan los documentos rectores de su acción, ha debido rescatar el poder político del Estado para asegurar el logro del objetivo fundamental de la revolución: crear las condiciones indispensables para el pleno restablecimiento de las instituciones democráticas, en un clima de libertad, progreso y justicia". Así se anunciaba en marzo de 1977 la inauguración de la tercera variante de la Revolución Argentina. A partir de entonces, el tema de las elecciones (la diferencia de lo ocurrido durante los dos ensayos precedentes) pasó a ocupar un lugar privilegiado en el discurso ideológico-político de la dictadura militar y se convirtió en el motivo central de un vasto despliegue publicitario promovido desde el poder.

En estas notas quisiéramos analizar algunos aspectos de ese discurso y su articulación adaptando como material mensajes oficiales significativos de Lanusse y Mor Roig. Pero, ¿para qué detenerse sobre la dimensión ideológica de un discurso cuya significación política resulta hoy tan evidente? Más aún cuando la operación que inspiraba su articulación — el Tratado — y el Gran Acuerdo Nacional ni siquiera figura en el léxico político de la dictadura y sus voceros oficiales. Se podría dar de inmediato una buena razón: en ese discurso aparecía, como en todo, una problemática política toda circun-

tencial para las clases dominantes y cuya vigencia en modo alguno se confundía con la del GAN como instrumento táctico. Sin embargo no se trata de eso en nuestro artículo. Lo que pretendemos es proponer algunas observaciones sobre el modo en que un discurso ideológico burgués tematiza una coyuntura política crítica y el instrumento para zarpearla. Más concretamente, el papel que ciertos enunciados (la convocatoria electoral) tienen en la estructura del GAN como discursos y su sentido político. Subsidiariamente podría plantearse una última razón, como hipótesis: si el papel que juegan en ese discurso los enunciados libera-democráticos no tenían sino confirmar que determinadas ideologías burguesas solo pueden desempeñar en la lucha de clases abierta en nuestro país, una función casi exclusivamente retórica. Es decir, a través de ella no se puede expresar con conciencia ninguna respuesta orgánica de las clases dominantes a la crisis presente.

1. — ¿Cuáles fueron los objetivos que el GAN anunció como propios? Están presentes en el documento que creamos el artículo y que constituyó su acta de nacimiento oficial: "Instituciones democráticas", "libertad", "progreso", "justicia". Desde entonces, estas metas fueron señaladas una y otra vez:

"El acuerdo pretende convocar en una nueva síntesis las aspiraciones nacionales de paz, progreso, justicia y libertad" (Lanusse).

"Crea que ningún momento mejor que éste para afirmar un compromiso que es normativo de la conducta y promueve a fin de alcanzar los dos grandes objetivos de esta hora: la pacificación de los espíritus mediante el diálogo y serena reconciliación de los argentinos y la institucionalización del país en el marco de la Repu-

blica representativa y federal, democráticamente organizada" (Mor Roig).

"El camino elegido es el de la institucionalización, que para serlo el necesario consenso, pasa en su inicio por comicios que expresen la voluntad popular" (Mor Roig).

Estos objetivos, por otra parte, son sólo pretextos a cumplir sino valores a realizar, cuyos contenidos condicionan el "humanismo" de nuestra civilización. Como dice Mor Roig: la libertad y la justicia configuran los "presupuestos esenciales para la dignidad del hombre como titular de nuestra civilización". Más aún: "La manera de comprender que surge a vida política es tanto como surge la civilización" (Mor Roig) 2.

No resulta difícil reconocer entre en las nociones libertad, justicia, progreso, etc., como en las propuestas que hemos transcritas, al sistema ideológico que constituye su matriz, es decir al liberaldemocrático burgués. Se sabe también de qué modo esta ideología de la "libertad", y las instituciones que le son correlativas (elecciones, parlamento, etc.) corresponden a una forma del desarrollo de la clase capitalista. Sus relaciones, sus principios y su problemática característicos, presupuestos y reclaman una esfera social formal, la esfera de lo jurídico-político, donde todos los miembros de la sociedad son iguales en cuanto sujetos de iguales derechos y deberes: todos son "ciudadanos". El núcleo nuclear de esta esfera de igualdad jurídica-formal es el ser intercambio de mercancías —intercambio de equivalentes—, es "verdadero mercado de los productos del hombre" (Marx), cuya producción se convierte en mercancía

1. Para un análisis político más general sobre el GAN y ciertos niveles de su tratamiento ideológico véase nuestro artículo "El Gran Acuerdo Nacional", en Luz Libertad N. 27. Algunas algunas de las consideraciones presentadas allí son las mismas que aquí desarrollamos, el artículo precediendo en el marco de referencia que aquí está previsto.

2. Toda es en este texto, además de mencionar conexiones con los dos ensayos precedentes de la P.A.

en la sociedad capitalista. La libertad que formalmente garantiza es condición —en determinados períodos históricos— del desarrollo de la producción capitalista. Sin lazos "naturales" de sujeción, el obrero puede —debe— vender libremente su fuerza de trabajo en cuanto está libre —separado— de todo medio de producción.

Para el liberalismo político y para la democracia liberal en su formulación clásica, las desigualdades sociales pertenecen a la esfera de lo "privado", atribuibles a la desigualdad de los "méritos" y el estado no puede intervenir sobre ellas sin violentar su naturaleza. Sólo debe garantizar el ejercicio de la libertad y proteger sus presupuestos, especialmente su presupuesto esencial: la propiedad privada burguesa. El transformismo político correlativo al cambio de las condiciones históricas de dominación y explotación —período de los monopolios, del imperialismo, de las revoluciones socialistas o de orientación socialista— introdujo y tornó aceptables ciertos enunciados (intervención del estado, justicia en la distribución de la riqueza, democracia social, etc.) nuevos para el liberaldemocratismo burgués. El estado es ahora un verdadero "árbitro" entre cuyas funciones está la de "regular" las relaciones entre el capital y el trabajo para evitar los "excesos" sectoriales. De cualquier modo, lo que esta ideología no puede sino eludir —está hecha para hacerlo— es el nexo entre poder social económico— y poder político, así como no puede rendir cuenta de la realidad de las clases. En la medida en que sigue considerando —y no puede ser de otro modo para todo pensamiento burgués— al capital y el trabajo como factores necesarios y naturales de toda producción, la desigualdad y sus conflictos sólo pueden aparecer como derivados de la distribución. En síntesis, lo que no puede tematizar son las relaciones de producción.

La escisión entre economía y política es, pues, un rasgo de la ideología liberal-burguesa. El estado y la política son competencia de los ciudadanos, esos entes en cuya determinación no entran sino aquellos rasgos que hacen de ellos ciudadanos, es decir, *equivalentes*.

En este sentido, era consecuente que el discurso político oficial (GAN) tuviera formalmente como interlocutor destacado a la ciudadanía:

"Corresponderá ahora al ciudadano

no argentino, como titular de derechos y obligaciones cívicas jugar su parte y desempeñar su rol de protagonista" (Mor Roig).

"De ahora en más, la responsabilidad política será compartida por la ciudadanía en general y muy particularmente por los dirigentes de las agrupaciones políticas" (Mor Roig).

Decíamos, entonces, que en el enunciado de los objetivos del GAN podían reconocerse las marcas distintivas del liberalismo. Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones de funcionamiento del liberalismo como régimen, es decir las condiciones de funcionamiento de la democracia liberal-burguesa, según sus propios principios? Pues, en rigor, la vigencia de sus instituciones típicas: la división de los poderes, la periodicidad de los cargos, las libertades democráticas, las elecciones, etc.

Sin embargo, el discurso político oficial que anunciaba la voluntad de instaurar-restaurar esas instituciones agregaba una condición: el Acuerdo. No se trata del acuerdo que surge del ejercicio de la democracia liberal sino que es previo a su vigencia:

"El camino elegido es el de la institucionalización, que, para requerir el necesario consenso, pasa en su inicio por comicios que expresarán la voluntad popular. Pero ese camino, también se ha dicho y repetido, para que sea solución y no salida, debe pasar previamente por un acuerdo, coincidencia, entendimiento o como quiera llamársele, que asegure la estabilidad del futuro gobierno y su normal sucesión. Se ha señalado también, con toda claridad, que no puede darse otro salto en el vacío. Y no se durará. Pretenderlo sería una grave torpeza en la que no podrá caerse. No se ha de incurrir en el error de "dejar hacer" y esperar que la suerte señale resultados que luego comprometerán la paz de la República o que consagren situaciones falsas y después reclamen la solución de la fuerza". (Mor Roig) (El subrayado es nuestro).

Observemos rápidamente: a) la referencia a la estabilidad y a la sucesión normal del futuro gobierno no es sino un eufemismo para aludir al hecho de que la institucionalización que se promueve tiene un Regulador, el llamado Partido Militar, de cuyo consentimiento dependen esas circunstancias, es decir, la "estabilidad" y la "sucesión normal"; b) el "dejar hacer" y esperar que la suerte

señale resultados no es sino el mecanismo normal de la democracia liberal. El discurso oficial, en cambio, lo considera un error, cuya consecuencia puede ser un "salto en el vacío", dado que hay resultados cuya obtención no puede confiarse a la sola lógica de las instituciones. Hay aquí un desajuste: se exalta la soberanía popular pero se le señala una tutoría, se convoca a la competencia electoral, pero se propone regular previamente sus resultados, gobierno constitucional bajo control militar. Las proposiciones parecen remitir a sistemas diferentes. En fin, un desajuste.

2—Estas fisuras son frecuentes en los discursos y en los regímenes liberaldemocráticos. Y muy notoriamente en sus versiones históricas nacionales. Sin embargo, el sentido político concreto de estos desajustes, y del discurso que los articula sólo puede descifrarse en cada caso, refiriéndolos a la coyuntura política en que son producidos como discursos, ya oficial, ya opositor, ya dominante, ya subalterno, etc. Veamos el caso del GAN, discurso oficial dominante de la dictadura militar.

En la propuesta del GAN esos enunciados contradictorios están coordinados y conciliados mediante una trama de argumentos cuya finalidad es demostrar la *necesidad* del desajuste. En efecto, ¿por qué es necesario un acuerdo? Porque

"Desde hacía varias décadas nos debatimos en un ambiente de confusión y de sospecha, carente de fe y confianza, producto de frecuentes frustraciones" (Lanusse).

"Las mayorías, reales o no, gobernaron con total prescindencia —y hasta desprecio— de las minorías. Estas a su vez se endurecían hasta tal punto que prácticamente dejaron de compartir el poder" (Lanusse).

"Estamos haciendo frente a una crisis total y honda que responde al proceso de conmoción social que ha incidido de manera directa en toda nuestra estructura institucional" (Mor Roig).

En síntesis: crisis de las instituciones, los adversarios enfrentados en posiciones irreductibles, superposición de los intereses particulares a los generales, pérdida de "la visión de los verdaderos objetivos nacionales". El resultado: "la República se encuentra en una situación histórica límite". Es necesario superar la crisis, es decir, renovar y conservar, o, mejor dicho, renovar para conservar.

[Cómo se ve, las razones no son demasiado diferentes de las que expusieron los documentos iniciales de la Revolución Argentina. Estos ponen énfasis en la crisis de autoridad y proporcionaban más razones de índole "económica". Pero no hay que olvidar que la autoridad en crisis era, en realidad, la de las instituciones y que la mayor carga de argumentos político-institucionales en el discurso del GAN definen tanto su modalidad de proyecto político como la gravedad de la coyuntura (para las clases dominantes y el capitalismo dependiente) en que surge.]

Ahora bien, esa trama de argumentos tiene la forma de una descripción más o menos dramática, llena de referencias "evidentes" —fraudes, golpes, proscripciones, 1945, 1955, 1966— y aparece como la razón que torna prácticamente obvia la necesidad del acuerdo. Esto es, la necesidad del acuerdo sobre el desajuste. Tiene la forma de una descripción, aunque no es sino la representación ideológica de una situación política, representación organizada según el punto de vista de las clases dominantes. A través de esa representación, una fracción de la oligarquía burguesa-terrateniente codifica sus intereses que aparecen como los de toda la nación y la "crisis total" no es sino el modo de definir —representar— el deterioro de la propia dominación. Si el grupo que elaboró la fórmula del Gran Acuerdo piensa la crisis del capitalismo dependiente en términos de desinteligencias, desencuentros y malentendidos, es porque piensa en las disputas internas del bloque burgués y, sobre todo, en las rencillas de las élites político-intelectuales —los adversarios colocados en posiciones irreductibles— que representan a sus distintas fracciones y sectores. Lo piensa en esos términos porque una coherencia básica, interna a esas élites es un requisito de la estabilidad, de la estabilidad del dominio de la oligarquía burguesa terrateniente, esto es, requisito de la reproducción del sistema. Es una élite política o, mejor dicho, esa parte de ella que tiene bajo su control la dirección de los partidos burgueses la que es convocada por el GAN. Ahí está el interlocutor eminente del Gran Acuerdo.

Pero este discurso pone en código también los temores. Porque el discurso del GAN, como todo discurso burgués, no habla sino para omitir

lo esencial. En efecto, hay una realidad que no tiene ningún relieve, ninguna mención en el discurso y, sin embargo, constituye la condición determinante de su aparición como propuesta política del bloque de clases representado por la dictadura militar. Cordobazos, movilizaciones y estallidos populares, radicalización de la protesta social: el eco de esta realidad sólo aparece bajo la forma del temor. "Son tiempos difíciles los que recorreremos; llenos de escollos y con el signo de la incertidumbre y del temor" (Mor Roig). Pero la amenaza de esa realidad y la realidad de esa amenaza configura el dato político decisivo de la coyuntura y explica el sentido fundamental del acuerdo y el desajuste.

Por ello, si las posibilidades de realización del Gran Acuerdo y su "programa nacional... con la participación de todos los partidos" pareció condensarse en torno a la cuestión del peronismo, fue porque la resolución de esa cuestión resolvía dos problemas que la dictadura se proponía superar en un sólo movimiento. En primer lugar, la recomposición del personal político mediante la institucionalización definitiva del peronismo, oficializándolo en su papel de Gran Mediador de las demandas populares. En segundo lugar, todo ello era función de otro problema para el cual las "grandes corrientes de opinión" tenían una misión principal e inmediata: cesar la movilización popular, transformar los contenidos y las formas de su protesta. Lo cual significaba controlar y disolver la dimensión *subversiva* de ese proceso, desplazar sus ejes de desarrollo y organización, derivar sus conflictos. Integración del conflicto, conflictualidad integrada: el modelo ideológico era una democracia "capaz de canalizar las contradicciones propias de un sistema pluralista para transformarlas en energía creadora" (Mor Roig).

Todo ello parece definir simplemente a los partidos políticos como aparatos de legitimación y reproducción del sistema. ¿No es ésa la función de los partidos burgueses en la sociedad capitalista —aún en una sociedad capitalista dependiente como la nuestra— en todo momento? Pero no se está ante cualquier momento, se está ante "una situación histórica límite"; se requiere una solución, no una salida. Los partidos políticos *deben* ser los instrumentos

auxiliares pero no pueden ser la garantía de esa operación. Hay que acordar: ciertas candidaturas deben ser descartadas, algunas contingencias deben prevenirse, los planes económicos deben ser "responsables" porque "alentar expectativas que pueden satisfacerse contribuye a un clima de escepticismo, de falta de fe, que tanto daño nos ha hecho" (Mor Roig). La Garantía: el control militar. ¿Volvemos entonces al desajuste? Sólo aparentemente. Porque aquellos enunciados que aparecen como contradictorios se revelan en realidad como complementarios y juegan de su complementariedad. La muestra sólo en el interior de una coyuntura que hace del GAN un discurso y una política necesarios para las clases dominantes. Esos enunciados no eran contradictorios en la medida que no tenían la misma jerarquía: unos (Tutoría militar, regulación de las contingencias electorales, etc.) eran la condición de los otros (soberanía popular, competencia electoral, etc.) y definían el contenido efectivo. La extrema precariedad de la situación política hacía y hace de "la represión el gran garantizador de la reproducción del sistema y de los que manejan técnicamente el aparato represivo los verdaderos protagonistas del proceso".³

En resumen, en la estructura del GAN la instancia electoral era un mecanismo subalterno y consagratorio. Las cuestiones esenciales, desde las económicas a las que conciernen al control del poder real y su aparato (el aparato del estado) debían ser definidas antes, en otra instancia, la del Acuerdo. Sin embargo, la convocatoria electoral y la cadena de mitos que acompaña a la práctica de la institución electoral liberal capitalista tenían una función, la de "representar" la operación como un proceso de institucionalización democrático burgués. ¿Para qué? Para "requerir el necesario consenso" (Mor Roig). Allí residía el papel ideológico eminente del discurso electoral de la dictadura militar: superar el grave deterioro de la hegemonía política de las clases dominantes y obtener el "asentimiento" para un programa cuyos contenidos esenciales en modo alguno se pondrían en juego en la contienda electoral.

3. T. Vasconi, M.A. García, "Las ideologías dominantes en América Latina", en *Sociedad y desarrollo*, N. 1, p. 110.

Los
gentina
la form
de las
la eco
las res
Están,
nes de
van f
es pos
unos
otras,
de la
lución
nerali
améri
países
curso
torna

1. Mu
basa
llados
Cristi
ción
Centr
sario
aún i
de la
déca
E. G
M. T

Argentina:

Desarrollo capitalista dependiente y discurso ideológico

Horacio Ciafardini

Los lazos de la dependencia argentina toman, fundamentalmente, la forma de la participación directa de las corporaciones imperialistas en la economía y, a través de ello, en las restantes instancias de la sociedad. Están, pues, basados en las relaciones de producción capitalistas y se van fundiendo con ellas. Así, no es posible tampoco que se deshagan unos sin entrar en disolución las otras, de tal modo que la ruptura de la dependencia implica una revolución social. Esto es así en la generalidad de los países de Latinoamérica, y especialmente claro en países como la Argentina. El discurso burgués sobre la cuestión se torna por ello doblemente ideológico.

1 Muchos de los elementos en que se basa este artículo se encuentran desarrollados en: O. Barsky, H. Ciafardini, C. Cristiá y E. Ferrer, *Dependencia, integración y monopolios en América Latina*, Centro de Trabajadores Intelectuales, Rosario, 1971/72, así como en un trabajo aún inédito sobre el desarrollo oligo-oligó de la industria argentina en las últimas décadas, elaborado en colaboración con E. Gastiazoro, E. Lifschitz, E. Cimilla y M. Turkieh.

Con la industrialización "sustitutiva de importaciones" favorecida por la crisis de 1929-32 se amplió en la Argentina, como en Brasil, México, Chile, Colombia, la gama de actividades productivas, creciendo notablemente la burguesía industrial entrelazada en parte con la oligarquía terrateniente que, desde el Estado, se había visto llevada esta vez a enmarcar el proceso de diversificación y a tomar parte en él. Pero este proceso entrañó también, por su naturaleza misma, el rápido crecimiento y la estructuración del proletariado industrial. A la vez, la precariedad de los medios de producción y de las técnicas accesibles marcaba el límite de la acumulación relativamente autónoma de capital y, si bien declinaba la importancia del imperialismo británico, el norteamericano adquiría nuevos puntos de apoyo en la economía.

En la posguerra, la burguesía se encontraba entre dos fuegos. La estrechez de su base económica le hacía cada vez más difícil su dominación sobre el proletariado industrial, ya fuese prolongando la política de concesiones reformistas, ya

fuese mediante la aplicación de la fuerza. Por otro lado, la misma debilidad de su base técnico-económica hacía ilusoria la idea de competir en el mercado interno o externo con el capital imperialista que entraba en una nueva fase de expansión, ulteriormente concentrado después de su última crisis.

Por lo demás, el único tipo de desarrollo capitalista todavía factible: desarrollo de los monopolios, comporta el deterioro de estratos burgueses inferiores y pequeño burgueses urbanos y rurales, así como un proceso de proletarianización que afecta a amplias porciones de las capas medias, restringiendo por tanto la base social y política en que se sustenta el dominio del gran capital y ensanchando, a la inversa, el campo de los aliados posibles del proletariado. Para colmo, la pretensión de llevar adelante una nueva etapa de acumulación de capital sin la participación masiva del imperialismo a través de las corporaciones hubiese afectado gravemente los intereses de la burguesía terrateniente, planteando su eliminación del bloque en el poder.

Se fue haciendo claro que la única salida burguesa implicaba fortalecer el campo de las clases dominantes y reforzar los mecanismos de acumulación de capital aliándose en nuevos términos con el capital imperialista, cuya incorporación mayor se fue facilitando a través de los regímenes de radicación de capitales de 1953 y 1958.² El capital imperialista, ampliando y profundizando nuevamente la presencia que nunca había perdido en la economía argentina, encabezaría la prosecución de la "sustitución de importaciones" imprescindible, en su etapa "difícil" (cierta gama de medios de producción) dando, a la vez, al Estado burgués la apoyatura monopolista necesaria para sostenerlo en un nuevo período. Su irrupción renovada brindaría medios de producción que, aunque en parte ya obsoletos en las metrópolis, permitirían elevar la productividad del trabajo potenciando la producción de plusvalía relativa; y el afianzamiento del poder burgués por un período haría viable la impulsión de un proceso superpuesto a aquél, de superexplotación: reducción del salario real a través de la inflación, prolongación de la jornada real de trabajo en muchos casos, instrumentando el desempleo que resultaba de la elevación de productividad combinada con un relativo estancamiento de la demanda global interna.

Ahora bien, no siendo la Argentina el campo óptimo de inversión del capital imperialista en el mundo, ni mucho menos, resultó 'caro' el arreglo por el cual era posible atraer una porción de aquel capital, y cada vez más difícil y onerosa la creación de condiciones que lo impulsaran a permanecer, ingresar en mayor proporción, reinvertirse de año en año en el país, en escala ampliada. Las devaluaciones, privilegios y garan-

tías que se le fueron otorgando sucesivamente, y la constitución de la infraestructura necesaria, cuya carga asumió el Estado, sólo alcanzaban ese objetivo en medida muy reducida. Mientras la fuerza económica propia del capital imperialista, sumada a sus privilegios, le permitían colocarse con poco gasto en el centro de la economía, prevalecer incontestablemente en la competencia y subordinar a sí porciones decisivas de la industria, el comercio y las finanzas, lograba todo esto sin necesidad de reinvertir masivamente en el país la plusvalía allí obtenida, con lo que se desnaturalizaba su pretendido o proyectado papel de factor estabilizador de la economía y equilibrador de las cuentas exteriores.

Lejos de que las entradas de capitales extranjeros compensasen el déficit de divisas, como se pretendía, las repatriaciones de beneficios bajo diversas formas llegaron pronto (hacia 1963) a superar los ingresos de nuevos capitales convirtiéndose en el factor desequilibrador fundamental de las cuentas externas; un cambio, las operaciones de comercio exterior arrojaron por lo menos hasta los últimos años, un superavit, aunque insuficiente para equilibrar aquél déficit. Sólo se ha podido tergiversar la situación, presentándola bajo la apariencia inversa, mediante la manipulación de las cuentas que integran la balanza de pagos.³

Con ello, la presencia y entrelazamiento hegemónico del capital imperialista con elemento de la gran burguesía local, condición del afianzamiento a mediano plazo del estado burgués, viene a determinar contradictoriamente la agudización de procesos que zapan sus bases estratégicamente, a saber la necesidad de impulsar una progresiva superexplotación de las masas proletarias y la opresión de los trabajadores en ge-

neral por un lado, y por otro un cierto desmenzamiento de la propia burguesía local, diferenciada y polarizada socialmente en medida creciente entre sus estratos más elevados, cuyos integrantes puedan operarse más fácilmente por asociarse con el capital imperialista, participando en su negocio, y sus estratos inferiores, que, en posición desfavorable en la competencia agudizada, acumulan con dificultad y ven cuestionada en perspectiva su propio carácter burgués.

Estas mismas contradicciones que anidan en el seno de la burguesía concurren a explicar cierta diversidad en la gama de "teorías" o discursos burgueses referentes a la problemática de la dependencia del imperialismo y, en particular, al papel atribuido al capital imperialista en la economía. El discurso "liberal" atribuye, como siempre, al mercado la virtud de poner al derecho todo lo que pueda encontrarse al revés (sin preocuparse, naturalmente, de las leyes que otorgan privilegios al capital extranjero y que configuran incontestablemente "violaciones" de la dinámica "libre" del mercado). En nombre de esta postura arremete incluso, a menudo, contra medidas intervencionistas del estado capitalista dependiente tendientes a estabilizar mínimamente la economía. Tal es el caso de la ley de "Compre Nacional", orientada a ampliar los privilegios proteccionistas de que gozan los monopolios que establecen fábricas en el territorio argentino, frente a los que pugnan por exportar hacia la Argentina desde otros países.⁴ Tales medidas no perjudican, claro está, al capital monopolista en general, aunque eventualmente van en desmedro de los intereses de tal o cual fracción del mismo.

Desde luego, tal esquema de pensamiento no permite 'engancharse' sino

2 "Aquí es donde la cooperación internacional puede desempeñar un papel muy significativo: contribuir a que la fase inicial de la transición hacia un ritmo más elevado de desarrollo sea menos dura y no obligue a sacrificar convicciones políticas que se tenían por irrenunciables". (Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo, la gran tarea de América Latina*, informe al BID, Santiago de Chile, 17/IV/70, p. 21).

3 Este punto es demasiado engorroso para poder desarrollarlo aún mínimamente

aquí; puede verse en Barsky y otros, op. cit., cap. III, punto 1, pp. 46-74.

4 "El secretario del Consejo Empresario Argentino, doctor Enrique Loncan, expresó en cambio la línea liberal que suelen sostener la Cámara Argentina de Comercio y Aciel. (. . .). El debate se planteó en torno a los contenidos del proyecto de argentinización (sic) o nacionalización económica iniciado desde hace aproximadamente un año, y que tiene en la ley de Compre Nacional su instrumento más significativo. Loncan, por el contrario, sostiene que por ese camino no sólo se ahu-

mentan capitales indispensables al crecimiento del país, sino también se marcha hacia la socialización y el marxismo. (. . .) Loncan enfatizó su postura extrema en una segunda intervención, al manifestar que no existen objetivos nacionales y que su instauración es típica de un Estado totalitario. Su razonamiento fue muy simple: cuando no se impide la ganancia a las empresas, el país crece. Así realizó un ejecutivo argentino del año 1971, el pensamiento del economista inglés Adam Smith (1723-1790)". (*La Opinión*, 6/VI/71).

a determin
tal monop
mejante glo
concurrenci
absoluto co
llos sectores
desplazados
tendente a
concurrenci
bio, algún
les permita
internacion
patible con
propios int
de operar
partir del
formal al m
ción de t
"aspectos
te punto
el sentido
formarse e
de las cos
impulsar r
los monop
las ilusion
los sectores
desplazado
tes en la
dice, por
que camb
para que
un aport
(ibid.); y
rector de
definida i
que "el d
generador
identidad
nes "libe
lo demás
en la co
formulaci
el caso,
Krieger
afirma q
ra trabar
sin caer
ción es
produce"
mica - L
Progreso
1970, p.
El pe
cesita, p
sión de
identific
rollo",
de las f
ra sea s
te de la
nacional
mentos
te de e
dado. 7

a determinadas fracciones del capital monopolista más poderoso. Semejante glorificación tramposa de la concurrencia como tal no puede en absoluto concitar el apoyo de aquellos sectores burgueses que se ven desplazados en forma tanto más contundente cuanto más se agudiza la concurrencia. Estos anhelan, en cambio, algún esquema milagroso que les permita asignar a los monopolios internacionales un papel que sea compatible con la preservación de sus propios intereses. Un discurso capaz de operar esta conjunción tiene que partir del reconocimiento realista, formal al menos, de que la intervención de tales monopolios presenta "aspectos negativos" para, sobre este punto de partida, argumentar en el sentido de que pueden transformarse en "positivos". Esta versión de las cosas es más funcional para impulsar realmente los intereses de los monopolios, a la vez que expresa las ilusiones que alientan todavía los sectores burgueses que van siendo desplazados. Uno de los participantes en la discusión recién citada dice, por ejemplo, que "lo que hay que cambiar son las reglas del juego, para que el capital extranjero sea un aporte al esfuerzo nacional" (ibid.); y H. Rodríguez Larreta, "director de PASA y exponente de una definida línea desarrollista", sostuvo que "el desarrollo es, por definición, generador de autonomía" (ibid.). La identidad básica entre las concepciones "liberales" y desarrollistas, por lo demás, llega a veces a expresarse en la coincidencia literal de ciertas formulaciones fundamentales. Tal es el caso, por ejemplo, cuando A. Krieger Vasena, notorio "liberal", afirma que "se invoca soberanía para trabar la movilización de recursos sin caer en la cuenta de que una nación es más soberana cuanto más produce" ("Reorganización económica - La experiencia argentina", en *Progreso*, ed. por *Visión*, set./oct. 1970, p. 63).

El pensamiento desarrollista necesita, para poder justificar la admisión de los monopolios extranjeros, identificar "soberanía" con "desarrollo", y éste con el crecimiento de las fuerzas productivas, cualquiera sea su índole e independientemente de la cuestión de la propiedad, nacional o extranjera, de los elementos materiales que forman parte de ellas, dentro de un territorio dado. Tal lo que expresan las for-

mulaciones de este tipo, y tal el sentido de la noción de "dependencia externa" en la que se desliza, bajo la apariencia de una simple e inocente tautología, la sugerencia de que el imperialismo actúa única, o fundamentalmente, 'desde fuera'. Sólo sobre semejante base puede sugerirse que la sustitución de importaciones emprendida 'dentro' de los países dependientes, en esta nueva etapa, directamente por el capital monopolista de las metrópolis, sea parte de un desarrollo "nacional"; al parecer, el capital imperialista se "nacionalizaría" por el solo hecho de establecerse en el territorio de un país determinado.

Así, una primera función que atribuyó el desarrollismo (la CEPAL, entre otros) al capital extranjero fue la de sustituir importaciones "ahorrando" divisas. Es quizá la afirmación menos falsa, aunque a corto plazo solamente, por cuanto la "sustitución" implica asimismo importaciones de insumos y de tecnología sobrevaluados, como una forma de extraer beneficios sin pasar por las trabas al cambio de divisas, aparte de las exportaciones de beneficios computados como tales en las estadísticas oficiales.

Le atribuyó también la virtud de difundir tecnología avanzada en la economía en la que se implantaba, con lo que supuestamente llegaría a superarse el atraso relativo de la economía local en el marco internacional. Por esta veta se orientaron diversas ilusiones del empresariado latinoamericano, imaginando que la admisión masiva del capital imperialista, por algún mecanismo, llevaría al avance tecnológico integral de las economías dependientes, y no sólo de aquellas porciones de ellas que quedasen bajo el control de aquel capital. Entreviendo al menos, sin embargo, que el estadio de desarrollo alcanzado por el sistema capitalista aun admite ya en nuestro tiempo burguesías "autónomas", sino que las polariza en imperialistas y dependientes como una ley de su desarrollo, esta ilusión deriva a menudo hacia aquella de "exportar tecnología", o sea someter a otros pueblos, aun menos favorecidos en su posición relativa, a los mismos lazos que sufren los pueblos latinoamericanos. Esta idea toma la forma de equilibrar el "balance tecnológico nacional" que, en la Argentina, viene arrojando un déficit explícito (apar-

te de la porción disimulada) de unos 60 millones de dólares anuales.

Hace algo más de un año afirmaba el ministro de Hacienda y Finanzas: "Nuestro desarrollo debe ir condicionado a la elaboración de una tecnología teórica y aplicada de modo tal que pueda ser exportada" (Declaraciones de Juan A. Quiñicé en las Segundas Jornadas Nacionales de Consultores, cit. en *La Opinión*, 24/IX/71). Es claro que la aplicación de una tecnología más avanzada (en relación a la que existe en el resto de la economía dependiente argentina, pero no en relación con la tecnología metropolitana, de la cual estas 'perlas de avanzada' constituyen más bien los desechos obsoletos), exportada luego o no, adaptada o no, constituye principalmente un privilegio de las corporaciones que la introducen, las favorece en la concurrencia y no puede "difundirse" en ningún caso gratuitamente, sino solo a cambio del control de nuestras empresas locales.

Otra ventaja atribuida por el desarrollismo a las inversiones extranjeras era la de promover las exportaciones industriales, "no tradicionales", actividad a la que sería propenso el capital extranjero; la de impulsar incluso para el conjunto del empresariado lo que a veces se denomina "conciencia exportadora" (tal la expresión que usa, por ej., Julio C. Cueto Rúa en una exposición ante la Academia Nacional de Ciencias Económicas, según *La Opinión* 21/X/71).

Los hechos han ido mostrando que, si bien las exportaciones de productos industriales crecen más que las de otros productos, y están casi exclusivamente a cargo de empresas extranjeras, ello ocurre en su casi totalidad en el marco de los Acuerdos de Complementación que concretan la "integración" latinoamericana, aceptada y promovida ahora por el imperialismo estadounidense, es decir que se trata de la libre circulación en el ámbito latinoamericano de los productos elaborados en diversos países, fundamentalmente, por el gran capital imperialista. Este alcanza así mayor escala de producción, más bajos costos y mayores ganancias. Pero las divisas que entran en unos países latinoamericanos en esta forma salen de otros de la misma región, y recíprocamente, y no se alivia en nada la balanza

de pagos de todos ellos considerados conjuntamente. Y esto se verifica en el caso argentino, con respecto a Brasil.

Se sostenía también que la participación del capital imperialista permitiría una especie de "despegue", de alivio inicial necesario y suficiente para un desarrollo autónomo posterior y sería, por tanto, transitoria. El tiempo va demostrando, si es que ello era preciso, que la salida a corto plazo que ofrece a la burguesía local la apertura total al imperialismo agrava permanentemente los mismos desequilibrios y contradicciones a un plazo mayor, y hace más y más angustiosos los lazos de dependencia que afectan a los elementos burgueses locales. Muchos teóricos ligados a las concepciones del desarrollismo pasan a reconocer implícita o explícitamente que no es el capital extranjero el que compensa un déficit que arrojarían supuestamente las cuentas del movimiento internacional de mercancías, sino generalmente más bien al revés⁵, pero la impotencia de estos planteos se manifiesta por ejemplo en que la CEPAL no encuentra entonces mejor recomendación que la de perpetuar y acentuar los mismos criterios ya aplicados con resultados contraproducentes. Si la "ayuda", en todas sus formas, no ha permitido el "despegue" y, para colmo, ha ejercido cierta influencia "negativa" sobre la autonomía que conservaban muchas empresas locales importantes; y si las empresas extranjeras tienen

medios para reservarse porciones sustanciales de las tan escasas divisas, para remitir beneficios al exterior por bajo formas encubiertas⁶, ello se debería a que el "aporte" del capital extranjero no ha sido suficientemente cuantioso y sostenido, o a que no se ha orientado hacia las actividades convenientes desde el punto de vista del "desarrollo" (¿por qué habría de hacerlo?); la solución propuesta consiste invariablemente en modificaciones de las condiciones en que se radican capitales extranjeros.⁷ Estos replanteamientos se acomodan pues, perfectamente a los requerimientos del capital imperialista, tendiendo a la vez un puente entre estos requerimientos y las ilusiones de sectores burgueses locales triturados en la concurrencia, pero cuyo apoyo o neutralidad son indispensables. Un "tecnócrata" holandés dedicado a estos problemas alcanzó una expresión insuperable de este círculo vicioso: "Me permito reiterar lo que dijo mi gran compatriota Guillermo de Orange, el Taciturno: 'No es necesario tener esperanza para emprender algo, ni tener éxito para perseverar en ello'. Sus palabras muy bien podrían aplicarse a la integración económica en América Latina", (André Van Dam, "El papel que juega el capital extranjero en América Latina", en: *Los empresarios y la integración de América Latina*, INTAL, BID, 1967, p. 88). Si es cierto que la burguesía argentina (y latinoamericana en general) no puede tener

expectativas reales de llegar a ser autónoma (lo cual sólo podría significar la construcción de un centro imperialista, en realidad, que ha emprendido una vía que lleva a envolverse más y más en dependencia y la desintegración, bordinándose a competencias superiores, es igualmente claro que ese era el único camino que quedaba abierto para sobrevivir a la clase frente a masas proletarias ella engendradas y a las que es incapaz de superexplotar para ello en sus propios países.

El gran capital, por salvaguardar las bases de su fuerza de las clases dominantes, a la vez que incorporar masivamente al imperialismo. Concluyeron que el Estado mismo, tiñéndose más profundamente dependiente al ligarse al capitalismo imperialista, en todos los niveles, es un significativo de la burguesía que da base social. A partir de entonces el Estado pasó a ser una nueva muestra del ilusionismo que representa como un ente capaz de negociar la "independencia" y negociar un ángulo puramente "nacional" como si él presentase infaltablemente estos caracteres por algún mecanismo metafísico.

Esta idea de que el Estado (burgués dependiente) es el instrumento adecuado para resolver las contradicciones de la dependencia (cuando agrava sin cesar, para subsistir) es la quintesencia del carácter ideológico del discurso burgués sobre la cuestión, y se basa en la noción de que se trataría de relaciones "entre países" y no entre clases en escala sólo nacional, sino internacional. Esta concepción es la que permite titular pretendidas salidas simplemente "nacionales", "para todos los argentinos", etc. Lo que se trata de ocultar es la noción de las clases dominantes cuyas derivaciones transcurrentes actualmente, que la dependencia ha echado raíces firmes en las relaciones de producción, está, pues, ligada inextricablemente a la propiedad de tipo burgués de los medios de producción. Lo que se trata de ocultar es la noción de que la única resolución posible de las contradicciones agudizadas por el desarrollo de los monopolios, y de los lazos de la dependencia, no puede realizarse sin iniciar la extirpación de las relaciones burguesas de producción.

5 "La evolución reciente de (las) relaciones (entre América Latina y los Estados Unidos) indica que la región se viene transformando en una fuente de divisas que Estados Unidos utiliza para cubrir parcialmente el déficit de su balanza de pagos con otras regiones del mundo (...)". La reinversión de utilidades de las empresas estadounidenses en la región está limitada formalmente a casi cero por la legislación metropolitana, estableciéndose además normas tendientes a garantizar que las filiales puedan financiar masivamente su expansión mediante créditos obtenidos de fuentes locales utilizando, pues, el ahorro interno de los países en que están radicadas (Ceiso Furtado, *La economía latinoamericana desde la Conquista ibérica hasta la Revolución cubana*, Santiago de Chile 1969, p. 300).

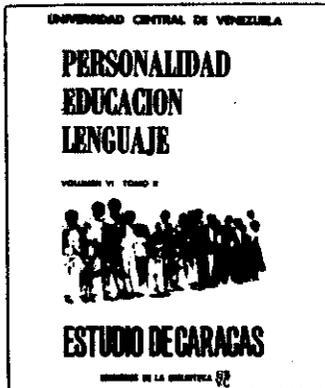
6 He aquí una de las razones que llevan al capital extranjero a ubicarse en ramas exportadoras (base de la glorificación, por parte del desarrollismo, de su supuesto papel de aportar divisas): "la inversión en actividades internas (...) requiere el cono-

cimiento de un mercado local generalmente limitado, y está expuesta a dificultades de transferencia de servicios a las que escapan, de ordinario, las inversiones destinadas a promover exportaciones (no simplemente obstáculos legales, sino reales; y las exportadoras, haya o no limitaciones, pueden reservarse una parte de las divisas sin que nunca 'entren' ni aún nominalmente, por su vinculación directa y a veces directísima con el comprador extranjero)". (CEPAL, "La cooperación internacional en la política de desarrollo latinoamericana", public. de las Naciones Unidas, sept. de 1954, in: *El pensamiento económico de la CEPAL*, Santiago de Chile 1969). Es lo que se llama "subfacturación de exportaciones" y, a la inversa, "sobrefacturación de importaciones".

7 Estas "oportunidades" se tornan particularmente notables en el *Estudio económico de América Latina, 1971*, en el cual CEPAL pasa a propugnar directamente la reformulación de la división internacional del trabajo propuesta por Rockefeller en su conocido Informe al presidente Nixon.

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

EBVC



Universidad Central de Venezuela
ESTUDIO DE CARACAS

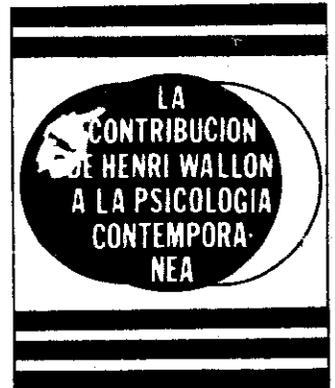
- Volumen I**
ECOLOGIA VEGETAL
FAUNA
- Volumen II**
MARCO HISTORICO
TECNOLOGIA Y ECONOMIA
ACTITUDES HACIA EL TRABAJO
- Volumen III**
POBLACION
SERVICIOS URBANOS
- Volumen IV**
FAMILIA
ESTRATIFICACION SOCIAL
- Volumen V**
RELIGION
PERIODISMO
RECREACION
LITERATURA
- Volumen VI**
PERSONALIDAD
LENGUAJE
EDUCACION
- Volumen VII**
LA SALUD Y LOS PROBLEMAS
SOCIALES
- Volumen VIII**
GOBIERNO Y POLITICA



René Wellek
CONCEPTOS DE CRITICA LITERARIA

René Wellek, profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Yale, con estos incitantes y agudos ensayos da prueba de su profunda preocupación por los problemas que han confrontado la teoría literaria, la crítica y la historia, como disciplinas, en las últimas dos décadas. La eficaz investigación de conceptos tan significativos como los de barroco, romanticismo y realismo se ve complementada por esclarecedores estudios de la situación actual de la crítica literaria y por comentarios pertinentes sobre la teoría literaria contemporánea y la investigación.

En esta obra, el autor no sólo logra definir los objetivos ideales que los nuevos métodos de crítica literaria deben alcanzar, sino también muestra dónde han logrado, con éxito, sus propósitos y dónde han fracasado. En consecuencia, René Wellek tiene el mérito de poner cierto orden dentro del conjunto de las nuevas tendencias críticas: de agruparlas según las influencias hechas en la formación de cada una, según sus semejanzas y la eficacia de su método. Por ello, *Conceptos de crítica literaria* representa una valiosa manifestación de la posición teórica de Wellek.



Luisana de Brito Figueroa
LA CONTRIBUCION DE HENRI WALLON A LA PSICOLOGIA CONTEMPORANEA
(Colección *Humanismo y Ciencia*)

- CAPITULO I**
Introducción al tema
- CAPITULO II**
Algunas cuestiones fundamentales sobre las relaciones entre el acto y el pensamiento.
- CAPITULO III**
La concepción evolutiva de la conciencia.
- CAPITULO IV**
La inteligencia práctica.
- CAPITULO V**
Formas lógicas y estructuración de la inteligencia.
- CAPITULO VI**
Psicomotricidad y representación en el desarrollo individual del hombre.
- CAPITULO VII**
La noción de significación.
- CAPITULO VIII**
Del pensamiento sincrético al pensamiento discursivo.
- CAPITULO IX**
La dialéctica en Henri Wallon.
- BIBLIOGRAFIA**

El poeta parroquial

Roberto Arlt

Este relato fue publicado por Arlt en la revista Proa, en marzo de 1925, como anticipo de "El juguete rabioso". Cuando la novela apareció al año siguiente, el capítulo había sido excluido.

Juan se echó a reír.

—Yo no entiendo de esas cosas. . . Decime, querés venir conmigo a ver un poeta? Tiene dos o tres libros publicados y como soy secretario de una biblioteca, estoy encargado de surtirlos de libros. Por lo tanto, visitamos a todos los escritores. ¿Querés venir? Vamos esta noche.

—¿Cómo se llama?

—Alejandro Villac. Tiene un libro "La Caverna de las Musas" y otro "El collar de terciopelo".

—¿Qué tal son esos versos?

—Yo no los he leído. Publica en "Caras y Caretas".

—¡Ah! Si publica en "Caras y Caretas", debe ser un buen poeta.

—Y en "El Hogar" le publicaron el retrato.

—En "El Hogar" le publicaron el retrato? —repetí asombrado—; pero entonces no es un poeta cualquiera. Si en "El Hogar" le publicaron el retrato. . . caramba. . . para que le publiquen en "Caras y Caretas" y el retrato en "El Hogar". . . Esta misma noche vamos; —y asaltado de un súbito temor— pero nos

recibirá? . . . Porque para que le publiquen el retrato en "El Hogar"!

—Bueno; claro que nos va a recibir. Yo llevo una carta del bibliotecario. Entonces esta noche me venís a buscar? ¡Ah! esperá que te traigo "Electra" y la "Cité Morta".

Cuando nos apartamos, yo no pensaba en los libros, ni en el empleo, ni en la sincera generosidad de Juan el Magnífico; pensaba emocionado en el autor de "La Caverna de las Musas", en el poeta que publicaba en "Caras y Caretas" y cuyo retrato exhibiera gloriosamente "El Hogar".

El poeta vivía a tres cuadras de la calle Rivadavia, en una callejuela sin empedrar, con faroles de gas, veredas desniveladas, árboles añosos y casitas adornadas de jardines insignificantes y agradables, es decir, en una de esas tantas calles, que en los suburbios porteños tienen la virtud de recordarnos un campo de ilusión, y que constituyen el encanto de la parroquia de Flores.

—Como Juan no conocía exactamente la dirección del autor de "La Caverna de las Musas", tuvimos que

informarnos en el barrio, y una niña apoyada en la pilastra del jardín nos orientó.

—¿Es la casa del poeta la que buscan no? , del señor Villac.

—Sí, señorita; al que le publicaron el retrato en "El Hogar".

—Entonces es el mismo. ¿Ven esa casita de frente blanco?

—¿Aquella con el árbol caído?

—No, la otra; esa antes de llegar a la esquina, la de la puerta de rojo.

—¡Ah, sí, sí!

—Ahí vive el señor Villac.

—Muchas gracias— y saludándonos nos retiramos.

Juan conservaba su sonrisa escéptica. ¿Por qué? Aún no lo sé. Siempre sonreía así entre incrédulo y triste.

Sentíame emocionado; percibía nítidamente el latido de mis venas. No era para menos. Dentro de pocos minutos me encontraría frente al poeta a quien habían publicado el retrato en "El Hogar" y apresuradamente imaginaba una frase sutil y halagadora que me permitiera congraciarme con el vate.

Rezongué:

—Nos recibirá?

Como habíamos llegado a la puerta, Juan por toda respuesta se limitó a golpear reciamente la palma de sus manos, lo que me pareció una irreverencia. ¿Qué diría el poeta? En esa forma sólo llamaba un cobrador malhumorado. Se escuchó el roce de suelas en las baldosas, en lo oscuro la criada atropelló una

maceta, des-

ma blanca s

respondió en

En cuant

ruidos de plá

—Pasen; e

Está termin

por aquí. T

Quedamo

minada.

Frente a

un piano cu

Ocupaban l

habitación e

de ofrecían

de cobre su

vinosas. Sol

do por ret

vefase en

hoja dond

mienzo de

en cierto t

montón de

también cu

cherfías; su

atestiguaba

esposa pru

cristales de

los lomos

dernacione

tulos en l

del conten

Yo, qu

dije:

—Mirá,

divaras, y

Juan co

—Usan

voco, Usa

que escrib

así como

menos tal

—A ve

Braña!

—Este

be con he

En a

pasos de

"Caras y

emociona

apareció.

Alto.

aguileña,

pupila.

Nos p

mente in

—Tom

que uste

centro F

—Si,

ningún.

—Nac

maceta, después se diseñó una forma blanca a cuyas preguntas Juan respondió entregándole la carta.

En cuanto aguardábamos, oíanse ruidos de platos en el comedor.

—Pasen; el señor viene enseguida. Está terminando de cenar. Pasen por aquí. Tomen asiento.

Quedamos solos en la sala iluminada.

Frente a la ventana encortinada, un piano cubierto de funda blanca. Ocupaban los cuatro ángulos de la habitación esbeltas columnitas, donde ofrecían las begonias en macetas de cobre sus hojas estriadas de venas vinosas. Sobre el escritorio, adornado por retratos de marco portátil, veíase en poético abandono una hoja donde estaba escrito el comienzo de un poema, y olvidadas en cierto taburete color de rosa un montón de piezas musicales. Había también cuadritos, y delicadas chucherías, suspendidas de la araña, atestiguaban la diligencia de una esposa prudente. A través de los cristales de una biblioteca de caoba, los lomos de cuero de las encuadernaciones duplicaban con sus títulos en letras de oro el prestigio del contenido.

Yo, que curiosaba los retratos, dije:

—Mirá, una fotografía de Usandivaras, y con dedicatoria.

Juan comentó burlesco:

—Usandivaras... si no me equivoco, Usandivaras es un pelafustán que escribe versos pamperos... algo así como Betinotti, pero con mucho menos talento.

—A ver... este... José M. Braña!

—Este es un poeta lanud... be con herraduras.

En la galería escuchamos los pasos del vate que publicaba en "Caras y Caretas". Nos levantamos emocionados cuando el hombre apareció.

Alto, romántica melena, nariz aguileña, rizado bigote, renegrida pupila.

Nos presentamos y cordialísimamente indicó los sillones.

—Tomen asiento, jóvenes... Así que ustedes vienen delegados por el centro Florencio Sánchez?

—Sí, señor Villac, y si no tiene ningún...

—Nada, nada, con el mayor agra-

do... ¿Gustan servirse una tacita de café?

Asomóse a la galería y al momento estuvo con nosotros.

—Cenamos algo tarde, porque la oficina, ocupaciones.

—Ciertamente...

—Efectivamente, las exigencias de la vida, y conversando en tanto saboreaba el café en su tacita, con sencillez encantadora, el poeta dijo:

—Agradan estas solicitudes. No dejan de ser un estímulo para el trabajador honrado. Ya he recibido varias de la misma índole y siempre trato de satisfacerlas. No se moleste joven... está bien así —acomodando la taza en la bandeja. Como les decía, la semana pasada recibí una carta de una dama argentina residente en Londres. Fíjense ustedes que "The Times" le pedía informes acerca de mi obra apludida en diarios argentinos.

—El señor tiene publicados "El Collar de Terciopelo" y la "Caverna de las Musas"?

—También otro volumen; fue el primero. Se llama "De mis vergeles", pero naturalmente, una obra con defectos... entonces tenía 19 años.

—Tengo entendido que la crítica se ha ocupado de usted.

—Sí, de eso no me quejo. Principalmente "La Caverna de las Musas" ha sido bien acogida... Decía un crítico que yo uno a la sencillez de Evaristo Carriego el patriotismo de Guido Spano... y no me quejo... hago lo que puedo —y con magno gesto desvió el cabello de las sienes hacia las orejas.

—Y ustedes, no escriben?

—El señor, —dijo Juan.

—Prosa o verso?

—Prosa.

—Me alegro, me alegro... Si necesita alguna recomendación... Tráigame algo para leer... Si gustan visitarme los domingos a la mañana, haríamos un paseo hasta el Parque Olivera. Yo acostumbro a escribir allí. ¡Ayuda tanto la naturaleza!

—¡Cómo no! Gracias; vamos a aprovechar su invitación.

Juan viendo empalidecer el diálogo, preguntó mintiendo:

—Si no me equivoco, señor Villac, he leído un soneto suyo en "La Patria degli Italiani". Usted escribe también en italiano?

—No, puede ser que lo hayan

traducido; no tendría nada de extraño.

—Juan insistió:

—Sin embargo voy a ver si encuentro ese número y se lo envío. Bello idioma, verdad, señor Villac?

—Efectivamente, sonoro, grandilocuente...

Yo con candidez, pregunté:

—Y a usted, señor Villac, quien lo emociona más, Carducci o D'Annunzio?

—Como novelista, Manzoni... eh? ¿Más vida no es cierto? Me recuerda a Ricardo Gutiérrez.

—Sí, es verdad; más vida —repitió Juan, mirándome casi asombrado.

—Además, Carducci... qué quiere que le diga... sinceramente... pocos poetas hay que me agraden tanto como Evaristo Carriego, esa sencillez, aquella emoción de la costurerita que dio el mal paso... esos sonetos... será porque yo soy sonetista y

"El soneto es una lira de hebras de oro"

"Una caja..."

—Ciertamente —observó Juan, impasible— ciertamente, me he fijado que la crítica lo aplaude mucho como sonetista.

"Una caja de encantos" escribí vez pasada en "Caras y Caretas"... y no me he equivocado. Nuestro siglo prefiere el soneto, como en un estudio indi...

La entrada de la criada con un bulto que contenía "La Caverna" y otros volúmenes, interrumpió sus palabras y, desgraciadamente, no pudimos saber qué indicaba en su estudio el hombre del retrato en "El Hogar".

Para no pecar de indiscretos, nos levantamos, y acompañados hasta el umbral de la puerta, nos despedimos efusivamente del sonetista. Yo le prometí volver.

Cuando pasamos frente a la casa de nuestra informadora, la niña estaba aún en la puerta. Con voz tímida preguntó:

—Le encontraron al señor?...

—Sí, señorita... gracias...

—¿No es verdad que es un talento?

—¡Oh!... —dijo Juan— un talento bestial. Fíjese que hasta en el "Times" se interesan por saber quién es.

Roberto Arlt: una crítica de la economía literaria

Ricardo Piglia

I. La escritura desacreditada

En el prólogo a *Los lanzallamas*, Arlt se hace cargo de las condiciones de producción de su literatura: puesta en escena de la situación material en la que se genera un relato, este texto intenta definir el lugar desde donde se quiere ser leído. Al establecer una relación entre el lujo y el estilo, de entrada refiere lo que cuesta tener una escritura: el ejercicio de la literatura aparece ligado al derroche, trabajo improductivo que no tiene precio, se legaliza "en la vida holgada, en las rentas" de una clase que puede practicarla desinteresadamente. Para Arlt, en cambio, escribir es contraer cierta deuda, crédito que debe ser reconocido en el mercado. "Ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo" porque hay que lograr que el lector pague con dinero el interés: en este pago, diferido, se abre el espacio incontrolable de la demanda y la circulación. "Palabra inefable" (como la llama Arlt) la escritura "no tiene explicación": se la encuentra donde ya no está, en el intercambio que sobre la escena del mercado, resuelve el valor en el precio. Convertida en mercancía, la ley de la oferta y la demanda parece ser lo único que permite, desde el consumo, darle "razones" a la producción literaria. En la nota que concluye *Los lanzallamas*, Arlt escribe: "Dada la prisa con que fue terminada esta novela, pues cuatro mil líneas fueron escritas entre fines de setiembre y el

22 de octubre (y la novela consta de 10.300 líneas) el autor se olvidó de consignar en el prólogo que el título de esta segunda parte de *Los siete locos* que primitivamente era *Los monstruos*, fue sustituido por el de *Los lanzallamas*, por sugerencia del novelista Carlos Alberto Leumann". En la urgencia del mercado, se olvida un préstamo: este lapsus, es el síntoma mismo de esa deuda que se contrae al ejercer —con un título prestado— la escritura. A través del recuento minucioso de las cifras y las fechas, la demanda hace saber sus exigencias: hay un contrato que impone cierto plazo y fija los límites. Como el prólogo y la nota, está al final y al comienzo del relato: lo sostiene, lo emplaza. "Con tanta prisa se terminó esta obra que la editorial imprimía los primeros pliegos *mientras* que el autor estaba redactando los últimos capítulos". La demanda financia la escritura y la dirige: hace de ese compromiso, un destino. ("*El amor brujo* —anuncia Arlt— aparecerá en agosto de 1932"). De algún modo, al ponerle un plazo, Arlt debe "alquilar" su escritura, lograr que le paguen *mientras* escribe: parece que el mercado continuara en el relato hasta "entrar" en el texto. En esta obligación hay al mismo tiempo una promesa, cierto suspenso y el reconocimiento de una deuda: escribir deja de ser un lujo, un derroche, para convertirse en una fatalidad, o mejor, en una necesidad (material).

El valor del estilo

El folletín es la expresión límite y el modelo de esta escritura financiada: el texto mismo es un mercado donde el relato circula y en cada en-

trega crece el interés. Este apremio, que decide a la vez el estilo y la técnica se funda en el suspenso, crédito que hace de la anécdota la mercancía —siempre postergada— que el lector recién logra tener en el final. "Me devoraba las entregas" dice Arlt al narrar esta lectura en *El juguete Rabioso*: en realidad se trata de lograr que sea el lector quien "se entregue", "devorado" por el interés. Economía literaria que convierte al lector en un cliente endeudado, se vive la ilusión de que una cierta necesidad material enlaza el texto y su lectura.

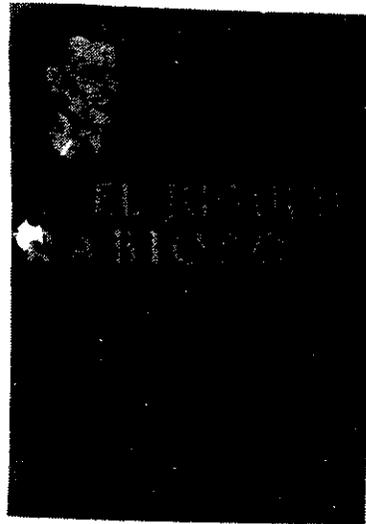
Escritura donde todo se paga, este procedimiento define, al mismo tiempo, el espacio literario de Arlt y su "moral" de escritor. "Se dice de mí que escribo mal. Es posible": esta confesión es ambigua. Como vimos, para escribir "bien" hay que disponer de "ocio, rentas, vida holgada", hacerse responsable del derroche que significa cultivar un estilo. En Arlt, este lujo se paga caro, el desinterés elimina la oferta: se escribe por nada, para nada. "No tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente son correctos miembros de su familia". Escriben bien: nadie los lee. ¿Escriben bien *porque* nadie los lee? En realidad, lo que sucede es que nadie *paga* por esa lectura: leídos en familia, no hay lazos económicos, el dinero está excluido. Arlt invierte los valores de esa moral aristocrática que se niega a reconocer las determinaciones económicas que rigen toda lectura, los códigos de clase que deciden la circulación y la apropiación literarias. Entre el texto y el lector no habría ninguna interferencia: la cultura sería justamente en "vacío" donde se disuelve cualquier

* Este texto es un capítulo del libro *TRADUCCION: SISTEMA LITERARIO Y DEPENDENCIA*.

relación material para que la ideología dominante ocupe el sitio del trabajo productivo que la mantiene. En Arlt, al contrario, escribir bien es hacerse pagar, en el estilo, un cierto "bien" que alguien es capaz de comprar. Sólo a costa del lector se puede costear el interés por la literatura: ser leído es saldar una deuda, encontrar el sentido de ese trabajo "misterioso", "inefable" que no tiene explicación en una sociedad que funda su razón en la ganancia. Así, en Arlt, el dinero que aparece como garantía que hace posible la apropiación y el acceso a la literatura, es a la vez, el resultado que decide y legitima su valor. De este modo, al nombrar lo que todos ocultan, desmiente las ilusiones de una ideología que enmascara y sublima en el mito de la riqueza espiritual la lógica implacable de la producción capitalista.

Los códigos de clase

Escritura que se sabe desacreditada, los textos de Arlt han debido pagar el precio de la devaluación que provocan. Para una economía literaria que hace del misterio de sus razones el fundamento de su poder simbólico, el reconocimiento explícito de los lazos materiales que la hacen posible, se convierte en una transgresión a ese contrato social que obliga a acatar "en silencio" las imposiciones del sistema. Basta releer el artículo que José Bianco le dedicara en 1961¹ para ver de qué modo Arlt transgrede un espacio de lectura. En este caso, el código de *Sur*: lectura de clase que refiere —justamente al revés de Arlt— el acceso fluido a una cultura "familiar". En realidad lo que se lee por debajo del texto de Bianco es la definición de esa propiedad que es necesario exhibir para poder escribir: "Arlt no era un escritor sino un periodista, en la acepción más restringida del término. Hablaba el lunfardo con acento extranjero, ignoraba la ortografía, qué decir de la sintaxis". La insistencia sobre las faltas de Arlt no son otra cosa que las marcas de un descredito: manejar mal la ortografía, la sintaxis es de hecho una señal de clase. Se usan mal los códigos de posesión de una



lengua: los errores son —otra vez— el lapsus donde se pierden los títulos de propiedad y se deja ver una condición social. "Hemos visto —insiste Bianco— que le faltaba no solo cultura, sino sentido poético, gusto literario". Sentido poético, gusto literario: el discurso liberal sublima, espiritualizando. Habría una carencia "natural", irremediable: una fatalidad. Arlt se encarga de recordar que esta carencia es económica, de clase: en esta sociedad, la cultura es una economía, por de pronto se trata de tener una cultura, es decir, poder pagar. Por su lado, Bianco funda su lectura en la desigualdad y al universalizar las posesiones de una clase hace de sus "bienes" las cualidades espirituales en que se apoya un sistema de valor. "Y hacia esa misma época —escribe— aunque Roberto Arlt conservara todavía lectores no creo que infundiera respeto a ningún intelectual de verdad" (sic.). El respeto es un reconocimiento: en este caso hay ciertos títulos de los que Arlt carece. Más bien hay ciertos títulos que Arlt admite haber recibido en préstamo: no son de él y es esta deuda la que debe pagar.

Ahora bien ¿y si esto que sirve para desacreditarlo fuera justamente lo que él no quiso dejar de exhibir? Quiero decir ¿y si el mérito de Arlt hubiera sido mostrar lo que no hay, hacer ver la deuda que se contrae al practicar —sin títulos— la literatura? En este sentido, sus carencias van más allá de sí mismo: marcan los límites concretos de una cierta lectura, la frontera —desvalorizada, empobrecida— de un espacio que es el de la literatura argentina.

El juguete rabioso es el mejor

ejemplo de las condiciones de esta lectura: historia de una apropiación, en el juego de los intercambios, los desvíos, las sustituciones que constituyen el texto se narra el trayecto que es necesario recorrer para ganarse una escritura. El dinero financia la aventura y en los canjes que generan el relato, una cierta relación con la literatura es registrada a partir de los códigos sociales y de clase que decretan su circulación y hacen posible su uso. "Me inició en los deleites y afanes de la literatura bandoleresca": en esta frase que recuerda una lectura (primera frase de su primer libro) comienza el texto arltiano. Se trata de ver qué sigue a esa iniciación para tratar de descifrar de qué modo en la práctica de su escritura, Arlt propone una teoría de la literatura donde un espacio de lectura y ciertas condiciones de producción son exhibidos.

II. Crítica a la lectura liberal

Desde el principio, Astier actúa los efectos acumulados de una lectura ("Yo ya había leído los cuarenta y tantos tomos que el vizconde Ponson du Terrail escribiera acerca del hijo adoptivo de mamá Fipart el admirable Rocambole y aspiraba a ser un bandido de alta escuela" N.C. t. I. p.38): su experiencia es la repetición de un texto que a cada momento es necesario tener presente. Este canje entre lectura y experiencia hace avanzar la narración: en el camino de su aprendizaje, para enfrentar los riesgos, se sostiene de la literatura. Lluve la noche de su primer robo, pero alguien recuerda: "Mejor. Estas noches agradaban a Montparnasse y a Tenardhier. Tenardhier decía: Más hizo Juan Jacobo Rousseau", etc. (ver p.51); al probar sus conocimientos de física frente a los militares: "Y en aquel instante antes de hablar, pensé en los héroes de mis lecturas predilectas y la catadura de Rocambole, del Rocambole con gorra de visera de hule y sonrisa canalla en la boca torcida, pasó por mis ojos incitándome al desparpajo y a la actitud heroica" (p. 100); por fin, cuando vacila antes de delatar al Rengo: "En realidad soy un locoide con ciertas mezclas de pillito; pero Rocambole no era menos: asesinaba, yo no asesino" etc. (ver p. 146). Robar, inventar, delatar: nudos en el aprendizaje de Astier, momentos de viraje en la estructura de novela, en los tres casos hay un pasaje, un cierto proyecto

¹ El ensayo de José Bianco —al que volveremos más adelante— fue publicado en el N. 5 de CASA DE LAS AMERICAS, LA HABANA, marzo de 1961.

—fracasado— que se realiza desde la literatura. Frente a cada movimiento del relato, otro relato, leído, sirve de apoyo. Vigilado en ese otro texto, Astier reconoce el eco "ya vivido" de una lectura: no hay otra iniciación que esa, repetición que en el escenario falsificado de la literatura permite representar el efecto de los textos leídos.

En este caso, el exceso de una cierta lectura, más que fundar una razón en la legibilidad —como en el ejemplo clásico de *El Quijote*— decide los derechos "legales" para acceder a la propiedad de la literatura. Por un lado, una relación muy particular con el dinero sostiene la lectura y la hace posible: Astier debe alquilar los libros para poder leer ("Por algunos centavos de interés me alquilaba sus libracos" p.36). En ese préstamo se paga el interés por la literatura: financiada, alquilada, la lectura nunca es gratuita. Al mismo tiempo, el dinero no alcanza para tener los textos, se costea con él cierto tiempo de lectura. Esta posesión, provisoria, es un simulacro de la propiedad ("Observando que le llevaba un libro me gritaba a modo de advertencia: 'Cuidarlo niño que dinero cuesta' " —p.36): lectura vigilada, en los "cuidados" que requiere la propiedad se advierte la carencia. Desposeído, Astier buscará legitimar la posesión a través del desvío, imaginario, de la literatura. ("No recuerdo por medio de qué sutilezas y sinrazones llegamos a convencernos de que robar era acción meritoria y bella" —p.43) Rocambolesco, doble literario, le sirve de modelo en esa apropiación mágica y sin ley. Delito privilegiado, "acción bella", crimen literario, transgresión que enlaza experiencia y dinero, el robo es la metáfora misma de la lectura artiana. Se roba como se lee, mejor: robar es como leer. No es casual que en la primera acción del "club de los caballeros de la medianoche" se roben: libros. "Tratabamos *nada menos* (subrayo yo) que de despojar a la biblioteca de una escuela" (51). Si hay que pagar para (poder) leer, el interés por la literatura justifica el costo del delito: ¿se roba porque se leyó o se roba para leer?

Legibilidad y coacción social: la biblioteca

"Sacando los volúmenes los hojeabamos. y Enrique que era algo

EL JOVETE RABIOSO

NOVELA



ROBERTO
ARLT

sabedor de precios decía: 'No vale nada' o 'Vale' (p. 58) "¿Y esto? ¿Cómo se llama? Charles Baudelaire. Su vida. Parece una biografía. No vale nada" (p. 59). Toda la escena funciona, en realidad, como una lectura económica de la literatura: es el precio quien decide el valor y esta inversión viene a afirmar que no hay un sistema de valor independiente del dinero. Al mismo tiempo se roba "*nada menos*" que una biblioteca, es decir, ese lugar que parece estar afuera, más allá de la economía, zona neutra donde la lectura "al alcance de todos" se realiza contra las leyes de la apropiación capitalista. En este sentido, la metáfora del robo muestra, en el acceso ilegal, que este espacio a primera vista tan abierto, está, sin embargo, clausurado: por de pronto hay que forzar "cuidadosamente" la entrada (ver p. 57). Infranqueable, bloqueada, para Arlt, la biblioteca no es el lugar pleno de la cultura, sino el espacio de la carencia. "Lila para no gastar en libros tiene que ir todos los días a la biblioteca" (p. 68). La falta de dinero impide tomar posesión de los libros salvo a préstamo, en el plazo fijo de una lectura vigilada. Al invadir para robar, Astier hace entrar en ese espacio "gratuito", un interés (económico) por la literatura que se funda justamente en la toma de posesión ("Che, sabés que es hermosísimo, me lo llevo para casa", dice Astier refiriéndose a la biografía de Baudelaire —ver p. 59) El precio interfiere en el acceso a "la belleza": solo en el desvío de esta apropiación ilegal es posible tener un texto. En este sentido toda la situación puede ser leída como

una crítica a la lectura liberal: no hay lugar donde el dinero no llegue para criticar el valor en el precio. Signo de toda posesión, garantiza la legibilidad, es decir, la posibilidad misma de acceder a una lectura. De allí que, en el vaivén entre el préstamo y el alquiler, el robo funciona como esa lectura que debe pagar con el delito, la inversión de un código cultural.

Precisamente, el mito liberal de la biblioteca pública intenta sublimar la violencia de esta apropiación, se repite, perfeccionada, la operación que en el mercado, borra las relaciones de producción y la lucha de clases, para imaginar una relación de libre concurrencia entre propietarios en un pie de igualdad. Hace falta admitir que las "necesidades" (en este caso económicas) están distribuidas equitativamente: en cuanto a los medios para satisfacerlas, la biblioteca sería ese espacio socializado, propiedad colectiva de acceso libre que garantiza la posibilidad de una lectura universal. La biblioteca vendría a disolver la propiedad, poniendo la cultura como un bien común a disposición de todos los lectores. De hecho este bien común, igual que otros "bienes comunes" (entre ellos el lenguaje) está desigualmente repartido. Es el acceso a la lectura lo que está trabado por el dinero (esto es, por las relaciones de producción expresadas en el dinero). Toda lectura es una apropiación que se sostiene en ciertos códigos de clase: la legibilidad no es transparente y la "literatura" solo existe como 'bien simbólico' (aparte de su carácter de bien económico) para quien posee los medios de apropiársela, es decir, de descifrarla. Es esta propiedad lo que se trata de ocultar, disimulando la coacción que las clases dominantes ejercen para imponer como "naturales" las condiciones sociales que definen su lectura. El "gusto literario" (del que habla Bianco) no es gratuito: se paga por él y el interés por la literatura es un interés de clase. En este sentido, para Astier en toda la novela, no hay otro "delito" que ese interés por la literatura: deuda que perpetuamente hay que saldar, no habiendo título que lo legitime, el mismo acto de leer ya es culpable.

"Cierta atardecer mi madre me dijo: 'Silvio es necesario que trabajes'. Yo que leía un libro junto a la mesa levanté los ojos mirándola con

rencor. Per
bajar" (n.
(que el te
ordena un
to: conect
el robo v
el reverso
bajo, des
presente
gar: "No
por favor.
Silencio
interrupci
olvidar la
en "los o
ratura" s
te— el de
se.

A esta
transacci
vimiento
nas vacil
a trabaja
no perde
que ma
empleo
d. no (s
cupra
(p. 69).
en la av
ción co
rabioso
su prop

Libros
sacrite

"El
so que
se mira
mesas
caballo
en los
sótano
este "E
el tec
misma
el din
la lect
fuse la
oferta
privada
ya "E
canje
mezo
de la
nas a
los c
de te
das
teju
viene
cultu
la le
tesca

LOS

rencor. Pensé: trabajar, siempre trabajar" (p. 67). Esta interrupción (que el texto registra varias veces) ordena uno de los vaivenes del relato: conectada simbólicamente con el robo y la aventura, la lectura es el reverso de la producción. El trabajo, destino que el dinero hace presente, es lo que se trata de negar: "No hable de dinero, mamá, por favor. No hable, "cállese" (p. 69) Silencio forzado, para acceder "sin interrupciones" a la lectura hay que olvidar la realidad: y a la inversa, en "los deleites y afanes de la literatura" se sostiene —imaginariamente— el desvío que lo aleja de su clase.

A esta altura se produce una cierta transacción que define un nuevo movimiento del relato: después de algunas vacilaciones Astier se decide, irá a trabajar. Tratará, sin embargo, de no perder el sentido de esa búsqueda que marca su iniciación: su primer empleo es: "en una librería, *mejor dicho* (subrayo yo) en una casa de compra y venta de libros usados" (p. 69). Alquilar, robar, vender libros: en la aventura de esta ambigua relación con la propiedad, *El juguete rabioso* va definiendo el camino de su propia génesis.

Libros usados: entre el sacrilegio y el consumo

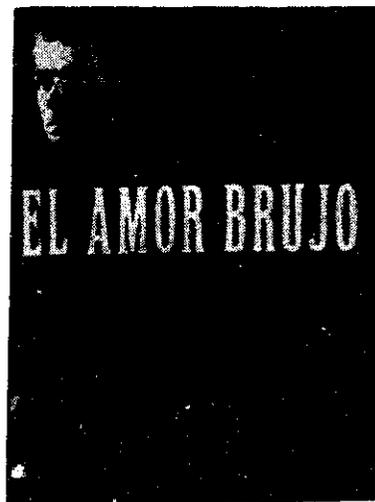
"El local era más largo y tenebroso que el antro de Trofonio. Donde se miraba había libros: libros en las mesas formadas por tablas encima de caballetes, libros en los mostradores, en los rincones, bajo las mesas y en el sótano" (p. 70). Espacio degradado, este "salón inmenso, atestado hasta el techo de volúmenes" es el lugar mismo de la apropiación capitalista: el dinero establece el orden y regula la lectura. En esta acumulación confusa la lectura, regida por la ley de la oferta y la demanda, pierde su aire privado: desvalorizados, los textos ya "usados" son sometidos a un canje indiscriminado donde todo se mezcla. Opuesto al orden suntuoso de la biblioteca ("Majestuosas vitrinas añadían un decoro severo y tras los cristales, en los lomos de cuero, de tela y de pasta, relucían las guardas arabescas y títulos dorados de tejuelos" ver p. 55) este lugar al que vienen a parar los restos de una cultura es el espacio donde se realiza la lectura de Astier. Agravación grotesca del interés por la literatura que

se viene pagando desde el comienzo, no es casual que uno de sus trabajos sea tocar "un cencerro" para despertar el interés de los clientes. Es un cierto modo de tratar la lectura lo que Arlt pone en escena y en el exceso de esta oferta desesperada la literatura se extingue.

Aparece más claro, entonces, el gesto límite con el que Astier cierra este circuito de apropiación: "sin vacilar, cogiendo una brasa, la arrojé al montón de papeles que estaba a la orilla de una estantería cargada de libros" (p. 92). Busca incendiar la librería, es decir, *consumirla*: al provocar la extinción reconoce su imposibilidad de poseer. "El acto del consumo —ha escrito Baudrillard— no es solo una compra sino también un gasto, es decir, una riqueza manifestada y una destrucción manifiesta de la riqueza". En Astier, como vimos, ninguna "riqueza" puede manifestarse: alquilar, robar, vender, nunca llega a ser el propietario legítimo. Los libros están en sus manos, pero no le pertenecen: intento de consumir lo que no se puede tener, la decisión de incendiar la librería es el paso final en esta desposesión. Acto suntuario, lujoso, en el incendio, la riqueza es negada; esta transgresión reproduce, exasperado, el acto capital de la sociedad que lo excluye: consumo gratuito, sacrificio, se destruye para tener.

El fuego y el robo

En este sentido, el intento de quemar la librería es homólogo al robo de la biblioteca. Dos caras de una misma moneda, estos lugares son los espacios simultáneos de una sola



lectura: la biblioteca acomoda lo que el mercado desorde su préstamo legal, sublima el canje ritual que se desencadena en las casas "de compra y venta". Del orden al desorden, la literatura circula regida por las leyes de la apropiación capitalista: al robar en la biblioteca, Astier niega toda separación, lleva el precio a donde el valor dice reinar afuera de la economía. A la vez, quemar la librería es consumir "gratuitamente" ese lugar desvalorizado, donde los libros "usados", solo valen lo que se paga por ellos, en el canje que decide el precio. Se hace entrar, violentamente, el interés económico al recinto desinteresado de una lectura gratuita y se intenta destruir el lugar mismo donde el dinero, en el intercambio, se hace visible y actúa como una cierta lectura. Se produce una exasperación de la ley que rige, en secreto, la apropiación: el robo parece ser el momento límite del alquiler simbólico de la biblioteca y a su vez el incendio cierra el consumo indiscriminado, salvaje, de la librería de usados.

Un desplazamiento que podríamos llamar "perverso" recorre todo el procedimiento: es "normal" robar una librería donde se puede encontrar el dinero y se conoce (desde Erostrato hasta las pesadillas borgianas) el mito de la biblioteca incendiada. En ese caso se respeta cierto orden: se busca el dinero donde se sabe que está y en el incendio se destruyen, simbólicamente, los códigos de una cultura. En Arlt, las cosas son distintas: no busca negar, sino invertir: del mismo modo que el robo afirma la propiedad, el incendio es un intento —desesperado— de posesión. Contraeconomía fundada en la pérdida y en la deuda, en el incendio se busca destruir el fantasma del precio, la presencia de la economía que desordena la literatura; y el robo de la biblioteca hace saber que el espacio simbólico de la literatura está prohibido para el que no tiene dinero.

Si robar una biblioteca es llamar la atención sobre las clausuras que encierran a una lectura en los códigos de clase, incendiar los libros usados es querer hacer ver bajo esa luz brutal, en el precio el misterio del valor. Así, el robo es la metáfora de una lectura ilegal, desacreditada, que en la transgresión encuentra el acceso y la posibilidad de apropiación; mientras que en el intento de

incendiar la librería el fuego vendría a echar luz para ayudar a ver — y a destruir simbólicamente— el mal (económico) que disuelve la cultura. Actos sacrílegos, doble inversión de los valores de la cultura y la riqueza, en este desvío hacia la prohibición se encuentra la génesis misma de la escritura de Roberto Arlt.

III. En busca del texto perdido

Como el robo, el incendio fracasa: acto fallido marca el final de este circuito de apropiación. Para encontrar el pasaje que de la transgresión, lleva a la ley y a la escritura, hay que detenerse en la escena clave del libro, el momento en el que Astier, hacia el final, decide delatar al Rengo. "En realidad —no pude menos de decirme— soy un locoide con ciertas mezclas de pillo; pero Rocambole no era menos: asesinaba. . . yo no asesino. Por unos cuantos francos le levantó falso testimonio a 'papá' Nicolo y lo hizo guillotinar. A la vieja Fipart que le quería como una madre la estranguló y mató. . . mató al capitán Williams, a quien él debía sus millones y su marquesado. ¿A quien no traicionó él" (p. 146). Una vez más el delito se apoya en la literatura: todo es posible si una legibilidad de las razones. La traición de Rocambole hace posible otras traiciones, las legaliza. En este caso, además, la transgresión es ambigua: al impedir un robo se ayuda a encarcelar a un "delincuente", se defiende la propiedad. Hay un código doble y el repudio moral ("¿por qué ha traicionado a su compañero? y sin motivo. ¿No le da vergüenza tener tan poca dignidad a sus años?" le dice el ingeniero a quien avisa del robo, ver p. 153) no hace más que afirmar el carácter legal de este acto socialmente "positivo": nueva inversión, Astier hace el mal por el bien, y en la confesión, el relato anticipa el crimen, legalizándolo.

De este modo Astier queda —como en toda la novela— atrapado en esa ambigüedad que constituye el centro de su aprendizaje. Antes, como vimos, la literatura sostenía la entrada en el delito, en este caso, se sale del delito por la literatura. En el momento de delatar, Astier fija "los ojos en una biblioteca llena de libros" (ver p. 149): frente a esa biblioteca la iniciación se cierra y comienza su relato. Relato del crimen, al anticipar el robo, constituye un destino ("El

Rengo fue detenido a las nueve de la noche" p. 150) para que actúe la ley. En un sentido, podríamos decir que la delación es la expresión misma de la escritura arltiana: se trata de decirlo todo y esa "sinceridad" hace de la confesión una forma privilegiada de la literatura. "Al escribir mis memorias" dice Astier al comienzo (ver p. 37): memoria de una lectura y de sus dificultades en el juego de las sustituciones, los canjes, las pérdidas, *El juguete rabioso* exhibe —oculto en las metáforas que lo encubren— ese trabajo que empieza cuando todo termina. Como el objeto perdido del que habla el psicoanálisis, lo encontramos en todos lados sin reconocerlo en ninguna parte. "Busco un poema que no encuentre", dice Astier (p. 87): cargada de referencias literarias, dividida en capítulos cuyos títulos ("Los ladrones", "Judas Iscariote", "Los trabajos y los días") son citas de otros libros, el relato muestra las huellas de esa búsqueda. En el recuerdo del fragmento de Ponson du Terrail que hace posible la delación, el texto, se detiene para registrar el momento en el que la transgresión se realiza en el lenguaje: en esa cita doble (con la literatura, con la ley) la historia se cierra sobre sí misma y la novela puede ser escrita. O mejor, en el doble juego de los textos citados (el relato del robo, el fragmento de Rocambole), texto en el texto, relato en el relato, nace la posibilidad misma de escribir. En este sentido, habría que decir que en este libro no hay otro juguete rabioso que la literatura.

Por otro lado, un procedimiento se perfecciona: la lectura que sirve de apoyo a la experiencia se hace visible,

ROBERTO ARLT EL JOROBADITO



se cristaliza hasta terminar apoyándose en un texto. "De pronto recordé con nitidez asombrosa este pasaje: *Rocambole olvidó por un momento sus dolores físicos. El preso cuyas espaldas estaban acardenaladas por la vara del capataz, se sintió fascinado: parecíole ver desfilar a su vista como un torbellino embriagador, París, los Campos Elíseos, el Bulevar de los Italianos, todo aquél mundo deslumbrador de luz y de ruido en cuyo seno había vivido antes*" (p. 146). La lectura constituye una escritura, dentro de otro texto en el texto. Esta cita a la vez que muestra el momento en el que se escribe una lectura, marca una propiedad y legítima la traición. A su vez, la delación, crimen parasitario que debe injertarse en otro crimen, es también una cita: con la ley, con la justicia. Se comprende, ahora, el Jesús de Astier: citar es tomar posesión de un texto, esta apropiación por fin legal, se ha fundado en el delito: al delatar, Astier no hace otra cosa que "literatura".

Escribir una lectura

Lugar donde se intercambian los libros "usados", la cita marca el pasaje de la lectura a la escritura: consumo productivo, se trata no ya de leer, sino de escribir esa lectura. En el caso de Astier el rodeo de su accoso (alquilar, robar, vender, incendiar) ha devaluado su apropiación: en el texto "pobre" de Ponson se leen al mismo tiempo, las dificultades de una lectura y sus protocolos. De todos modos, esta lectura desacreditada es su único respaldo para poder garantizar una escritura: no solo porque marca —como vimos— el momento en que esa lectura se constituye en un texto, sino porque además, releendo la cita, se encuentran, junto con los signos de la lectura cuyas desventuras hemos recorrido (literatura "barata", folletín, delito) el régimen mismo de su estilo. "Acardenaladas, parecíole, torbellino embriagador, mundo deslumbrador": en realidad, detrás de ese lenguaje crispado se ve aparecer al mismo Arlt. Estilo sobreactuado, de traductor, alude continuamente a ese otro texto en el que nace y por momentos es su propia parodia: en este sentido habría que decir que cuando Arlt confiesa que escribe mal, lo que hace es decir que escribe desde donde leyó o mejor, desde donde pudo leer. Así, "las horribles traduc-

ciones espa
Bianco son
tura de Arlt
(Sue, Dosto
quiere leer.
los límites
del que la c
nas una ma

No es ca
ción degrad
se citen en
delito, deb
en la literat
actúa, inclu
y las notas
do que "je
o "yuta",
signo de u
mo señala
es una rela
la palabra
de este sin
guaje cuy
acreditar

A la in
mantenida
Astier le h
el lenguaje
ción y la
esa mujer
pronto lo
a compren
Esa distan
es una dis
mo siemp
culpable—
caso el le
deseo y a
en franc
"incomor
y la rique
que —por
liano ("s
p. 79) c
necesidad
se maneja
al saine
italiano.
mán, en
ro es trad
como si
remite a
esta estr
guaje
la traduc
lugares d
los giros
Arlt enc
partir de
tura—
ción de
la traduc
cio de re
encuent
y lo dete

ciones españolas" de las que habla Bianco son el espejo donde la escritura de Arlt encuentra "los modelos" (Sue, Dostoievski, Ponson, etc.) que quiere leer. Esta interferencia, señala los límites de un espacio de lectura del que la cita de Rocambole es apenas una marca.

No es casual, que en esta apropiación degradada, las palabras lunfardas se citen entre comillas: idioma del delito, debe ser señalado al ingresar en la literatura. En este sentido, Arlt actúa, incluso, como un "traductor" y las notas al pie (ver p. 49) explicando que "jetra" quiere decir "traje", o "yuta", "policía secreta", son el signo de una cierta posesión. Si como señala Jakobson, el bilingüismo es una relación de poder a través de la palabra, se entienden las razones de este simulacro: ese es el único lenguaje cuya propiedad Arlt puede acreditar.

A la inversa, en la escena con "la mantenida" (ver p. 88) a la que Astier le lleva "un paquete de libros", el lenguaje se enlaza con la prohibición y la pérdida. Inaccesible, ajena, esa mujer que habla francés y de pronto lo besa sin que Astier alcance a comprender, esta "en otro mundo". Esa distancia que el idioma remarca es una distancia de clase: se trata como siempre del acceso —prohibido, culpable— a "la belleza" y en este caso el lenguaje sirve de soporte al deseo y a la propiedad. Los diálogos en francés pasan a ser las marcas "incomprensibles" de la sexualidad y la riqueza, en el mismo sentido en que —por ejemplo— las frases en italiano ("strunso, la vita e denaro" p. 79) convocan el universo de la necesidad y del trabajo. En esto Arlt se maneja en una dirección homóloga al sainete y al grotesco: palabras en italiano, en idisch, en francés, en alemán, en el relato el idioma extranjero es tratado —igual que el lunfardo— como si fuera una jerga de clase que remite a las relaciones sociales. Es esta estratificación lo que el lenguaje vacía, sintagmático, de la traducción viene a *cubrir* : clichés, lugares comunes, en el vocabulario y los giros "literarios" de la traducción, Arlt encuentra un lenguaje *escrito* a partir del cual construir —en la lectura— su 'propia' escritura. Apropiación de la literatura, lectura escrita, la traducción define, un cierto espacio de lectura donde el texto de Arlt encuentra un lugar que lo condiciona y lo descifra.



El escritor fracasado

Escritura que paga en "condiciones bastantes desfavorables" la deuda de su origen, en última instancia, en Arlt el fracaso es lo único que permite realizar el deseo ilegítimo, "imposible", de escribir. Por un lado, Astier encuentra la literatura en la transgresión y el delito. Al mismo tiempo, entre la vida de Baudelaire, poeta maldito, que "no vale nada" cuyos "hermosísimos versos", expropiados durante el robo a la biblioteca, también sufren la devaluación del traductor ("Yo te adoro *al igual que de la bóveda nocturna*", subrayo yo, ver p. 59); y la visita al poeta parroquial, elogiado en *Time*, traducido al italiano, frente a quien Astier admite —por única vez en toda la novela— su relación con la literatura (¿Escribe? Sí, prosa", ver en este mismo número de *Los libros* p. 20), el relato va construyendo una cierta metáfora del escritor: en todos la 'razón de ser' es el fracaso y este destino, "inevitable", culmina con el cuento del *Escritor fracasado* (ver N.C. t. III p. 220). En este sentido habría que decir que en esa historia se cierra el proyecto de escritura cuya génesis narra *El juguete rabioso*: los dos textos pueden ser leídos como un solo relato en el que "los deleites y afanes de la literatura" se realizan en la destrucción y la pérdida, en esa "nada infinita" que concluye el relato. (ver p. 244).

Por un lado, para Arlt el fracaso es la condición misma de la escritura, pero a la vez —en el revés de la trama— se entiende que la visita al poeta parroquial, haya sido sustituida en la

versión final de *El juguete rabioso* por el encuentro con Vicente T. Souza, experto en "ciencias ocultas y demás artes teosóficas" (ver p. 81). El canje sustituye al poeta por el mago: los dos capítulos tienen la misma estructura y el mismo sentido "iniciático", pero el desplazamiento viene a resolver imaginariamente las dificultades concretas, que marcan los límites sociales de una práctica. De este modo, paralelamente se puede encontrar en Arlt una propuesta del escritor como ladrón, delator, inventor, poeta maldito (una mezcla de Edison, Rocambole, Napoleón y Baudelaire, ver p. 102) que está más allá del bien y de la razón. Acceso mágico a la belleza y al lenguaje, negación de las determinaciones del trabajo y del dinero, en esta imagen invertida se hacen ver, justamente, las prohibiciones y las carencias que el relato describe al narrar los tropiezos de su propia gestación. Esta ambigüedad define la ideología literaria de Roberto Arlt: en el vaivén entre la omnipotencia y el fracaso una cierta significación imaginaria hace a la vez, de la riqueza y de la pérdida, el símbolo de la escritura. ¿Qué hay que tener para poder escribir? : Puesta en escena de una literatura y de sus condiciones el relato de Arlt no hace otra cosa que repetir esa pregunta que le da lugar. "¿Qué era mi obra? ¿Existía o no pasaba de ser una ficción colonial, una de esas pobres realizaciones que la inmensa sandez del terruño endiosa a falta de algo mejor? ", esta duda del *Escritor fracasado* (ver 253), remite directamente a los códigos de lectura que al decidir el valor y la propiedad de "lo literario", permiten explicar la fatalidad social de un fracaso inevitable.

Síntoma de esas circunstancias, en el trayecto de Astier se narran las interferencias que se sufre, desde una determinada clase, para *llegar* a la escritura; al mismo tiempo en el texto se van definiendo las condiciones de producción de una literatura. Condiciones de producción, códigos de lectura, es esta relación la que ahora es preciso reconstruir para encontrar —en el pasaje de la traducción a la legibilidad— el nudo de esa situación particular a partir del cual se ordena el sistema literario en Argentina: la dependencia.

(En el próximo número: *La traducción: legibilidad y génesis del valor*).

Servidumbre de la psicología

Carlos L. Sastre

Didier Deleule,
La psicología, más científica,
Prólogo de Ramón García,
Anagrama, Barcelona, 1972, 182 págs.

"... el psicólogo se ve reducido a apelar en todo caso a la opinión común. Pero el sentido común dice que la ballena es un pez, o por lo menos, que se parece más a un pez que no a un cuadrúpedo, y en esto el sentido común se engaña: la ciencia que se llama zoología lo demuestra. El sentido común le encontrará a un babó más analogía con una encina que con una yerba como la maive, y la botánica condenará aquí la opinión del sentido común. Que se nos cite un caso en que la psicología corrija así al sentido común y creamos en la psicología científica". Auguste Comte, Consideraciones sobre la marcha de las ideas en los tiempos modernos. (circa 1870).

Tratándose de la psicología, que un libro conjuge una postura epistemológica sólida y precisa con una lectura cuidadosa de los textos que componen la disciplina, resulta tan novedoso como digno de reconocimiento, dada la ausencia de tales aportes desde los clásicos trabajos de Canguilhem. Claro que justamente estas mismas virtudes excluyen al texto del campo de la psicología para inscribirlo en el discurso crítico que subvierte a la ideología dominante. A lo largo de la obra, Deleule no sólo indica que la psicología no es una ciencia, sino que desarticula el andamiaje nocional de la disciplina, mostrando que su constitución es una respuesta gestada al servicio de la demanda de control social.

Precisemos, ante todo, los fundamentos epistemológicos de la crítica. El autor parte del concepto de que "toda ciencia está ideológicamente determinada" y no sólo a nivel de su

uso o instrumentación, —reconocimiento que se ha tomado ya un lugar común— sino también en cuanto "transporta en su seno y a través de un lenguaje que le es propio, una cierta ideología". Ahora bien, ningún relativismo se desliza aquí, puesto que Deleule destaca inmediatamente la necesidad de "distinguir entre fundamento ideológico de una ciencia y 'ciencia' cuyo contenido se agota en su determinación ideológica". O, en otras palabras, expone con claridad la fundamental asimetría de la relación ciencia-ideología: si no hay ciencia sin ideología, hay en cambio ideologías que pasan por ciencias sin serlo. Su orfandad teórica sitúa a la psicología entre estas últimas; cabe preguntarse, entonces, qué intereses sirve este discurso para que con tanto ahínco se pretenda dotarlo de las orgullosas prerrogativas de la scientificidad. Puesto así el problema, el texto se define como un análisis rigu-

roso del contenido ideológico, socialmente motivado, de las principales tendencias en psicología.

Deleule, con perspicacia, no inicia este recorrido crítico tomando como punto de partida los comienzos de la psicología "científica", sino mostrando que la supuesta superación de la psicología clásica, atribuida a la psicología concreta de Politzer, no lo es tal, puesto que este punto de llegada es interior a la problemática filosófica que aprisiona a toda psicología. Como lo destaca el autor, "no se da una clase de psicología 'general' que no se inicie con un recuerdo de la crítica politzeriana y un homenaje dedicado a la sagacidad del filósofo". Nada más adecuado, entonces, que iniciar la crítica considerando este proyecto de fundación para la disciplina.

Proyecto que se organiza en torno a un malentendido: una oposición entre abstracto y concreto en la cual este último término se confunde con los "datos" empíricos. Puesto que la noción de drama no es sino el nuevo bautismo que recibe la novela psicológica del siglo pasado a la que contribuyen por igual literatos y psicólogos, "el concepto polémico de 'concreto' resulta inadecuado para fundamentar una ciencia psicológica que se afirmó en la segunda mitad del siglo XIX, ...". Disciplina desgarrada conceptualmente por las oposiciones entre lo individual y lo general, entre el método experimental y el clínico, y abocada de continuo a zurrir ese desgarró: mediante la promesa de

una futura integración. Según el autor, es la imposibilidad intrínseca a este proyecto la que desplaza finalmente el pensamiento de Politzer a un reduccionismo economicista. La tesis no carece de interés: en lugar de discriminar ideológicamente un buen momento y un mal momento en la obra de Politzer, propone una articulación conceptual entre la totalidad de la obra y la constitución misma de la disciplina psicológica.

Sobre la base de la crítica de este proyecto fundamental se hace posible desbrozar el andamiaje nocional de la psicología, describiendo su orden lógico y su instrumentalidad social sin preocupaciones historicistas.

Antes de centrarse en el conductismo de Watson, pensamiento que considera medular a efectos del análisis de la psicología, Deleule rastrea los orígenes de la disciplina —en cuanto pretendida ciencia— en dos escuelas que son a la vez dos paradigmas: la psicología experimental y la caracterología. La primera, confundiendo ciencia y técnica, importa "de la física y de la química" artificios manipulatorios, pero asiste a la desdicha de que con esos recursos que le son tan caros disuelve su objeto, lo psíquico, aquél de la intuición que quisiera reconstruir. La caracterología, en cambio, y luego todas las tipologías, elevan esa intuición, esto es, el sentido común que programa al investigador, al rango de metodología.

La trasposición analógica de las nociones de la vida cotidiana a la disciplina produce aberraciones ideológicas y descripciones de soberana pobreza, que Deleule cita irónicamente.

El conductismo de Watson, de reigambre evolucionista, viene a resolver esta disyunción reivindicando la necesidad y la conveniencia de disolver el objeto: no se tratará ya de lo psíquico, sino del comportamiento. Ante la tradicional oposición alma-cuerpo, propone la nueva oposición organismo-medio y las nociones que de ella se derivan. Respuestas y estímulos, individuo y sociedad, innato y adquirido son los términos en juego en una teorización que alimentó por igual la psicología animal y las ilusiones de marxistas como Naville. Pero, como lo destaca Deleule, el uso del modelo biológico no es inocente: lo funda una presupuesta analogía entre el medio natural y el

medio social, que sólo puede apoyarse, a su vez, en la convicción de que no existe ruptura entre naturaleza y sociedad. Ahora bien, si la adaptación regula la relación del organismo al medio natural y esta relación es análoga de la que el individuo mantiene con el medio social, a la psicología conductista no le cabe otro destino que poner su bagaje nocional y sus recursos técnicos al servicio del proyecto ideológico de adaptar. Por esta vía Deleule demuestra que el conductismo de Watson registra, en su campo específico y en un alto nivel de abstracción, una demanda de control social propia de la sociedad industrial: la de metodologías que garanticen el ajuste.

Nada más adecuado, entonces, que la articulación de este trasfondo ideológico con las primeras aplicaciones de la psicología en el ámbito laboral. Taylor y sus continuadores, persiguiendo la adaptación, la desarticulan en organización y racionalización de la empresa, por una parte, y en selección, capacitación y motivación del obrero, por la otra. Así, dictados por los objetivos ideológicos de la clase dominante, nacen los objetos que se da la psicología laboral. La preocupación por medir funciones con precisión, que alentaba en la primitiva psicología experimental, es sustituida por la preocupación de clasificar con eficacia a los individuos. Los tests de aptitudes, y luego, los de personalidad, serán los instrumentos idóneos a este proyecto, en tanto arrojan resultados que permiten ordenar a los individuos según su grado de adaptación social. Resulta particularmente interesante mencionar las reflexiones de Deleule relativas a "las críticas humanistas" que se dirigen a esta psicología laboral. Ellas se centran en el posible "mal uso" de dichos recursos, sin percibir que el uso antecede a los recursos y los constituye internamente. Ante tales críticas, el taylorismo, ideología menos disfrazada, resulta una suerte de "conciencia crítica de la exacta finalidad de la psicología moderna y de sus técnicas". Deleule define a la psicología como "una ideología de recambio", que pretende alternativamente "cambiar al individuo para no cambiar el orden social-cambiar al individuo con la esperanza de cambiar el orden social".

El psicodrama de Moreno ofrece al autor un material óptimo para desentrañar la combinación de estas

estrategias de control con un credo humanista. El desajuste subjetivo, la crisis espiritual, encuentran un supuesto origen en el desequilibrio que nuevas condiciones materiales, dictadas por el progreso técnico, introducen en las relaciones sociales. Afortunadamente, hay un "más allá" al cual apelar como panacea: la naturaleza humana. Ella guarda, en todos y en cada uno por igual, en tanto que humanos, reservas de "espontaneidad y creatividad". Bastará entonces crear las condiciones, el "teatro" para su descarga controlada y el desajuste será progresivamente reducido. Allport, entre otros, desarrollando la noción de "participación" sumará sus esfuerzos al robustecimiento de esta ideología. Como lo indica Deleule, la reducción del conflicto social a supuestas constantes de la naturaleza humana es un recurso de gran valor efectivo, puesto que fascina las conciencias en "la sustitución de la opacidad de las relaciones de clases por la transparencia de las relaciones humanas". Así se conjugan, salvándose mutuamente, las reivindicaciones humanistas y las necesidades del control social.

No escapa tampoco a la crítica del autor la psicología clínica fundada dentro de este marco ideológico. Citas de Rogers y Linder, entre otros, muestran el desnudo reconocimiento de estos autores sobre el carácter pedagógico y adaptacionista de la práctica psicoterapéutica que ejercen. Claro que, —señala Deleule— esa pedagogía enarbola nociones que si bien no la determinan conceptualmente intentan justificarla moralmente. Reconocimiento de la persona, expresión de la autenticidad, logro de la autenticidad, logro de la empatía, son algunos de los términos destinados a conciliar la autoridad socialmente sancionada del terapeuta con la sumisión egosintónica del paciente. No resulta difícil advertir que esta terapéutica se constituye por la transmutación del inconciente freudiano en "mala fe" sartreana con sus "connotaciones moralizantes" y por la inversión del papel determinante de la sexualidad sobre la psicopatología, inversión según la cual —cita Deleule a Karen Horney— "los trastornos sexuales son el efecto más que la causa de la estructura del carácter neurótico".

Para concluir, algunas reflexiones críticas sobre este libro cuyo gran valor teórico desearíamos haber lo-

grado expresar en esta reseña. Imposible no coincidir con Deleule cuando demuestra que la psicología "responde, en realidad, al proyecto de la sociedad industrial, a la necesidad que ésta tiene de seleccionar y orientar a sus individuos en el medio laboral y, por lo tanto, en el medio escolar. . .", y cuando agrega que "la psicología patológica, a su vez, aporta un cierto número de respuestas a las cuestiones planteadas por la 'mutación' de la sociedad y los males que de ello resultan". Pero sería igualmente legítimo señalar que otra de las funciones de control social que ejerce la psicología es la de disolver el discurso subversivo del psicoanálisis freudiano. El control no se ejerce sólo sobre las relaciones sociales, sino también sobre los sistemas de ideas y puede ser tan necesario al sistema ocultar éstos como manipular aquéllas. Si bien Deleule no deja de recordar que el tercer golpe duro al narcisismo "está lejos de haber sido aceptado y parece incluso, por razones por otra parte evidentes, que presenta un obstáculo que nadie desea realmente superar", no extrae de esta afirmación las im-

plicaciones causales, determinantes de la constitución de la ideología psicológica que revelarían que su necesidad está, también, en la sustitución del psicoanálisis freudiano. O, en otras palabras, que "la opacidad de las relaciones de clases" no es la única que la psicología contribuye a desvanecer: la psicología intenta negar la opacidad del sujeto p. mismo.

En segundo lugar, el texto presenta ausencias de tal importancia que debieron ser, al menos, teóricamente justificadas. La crítica de una disciplina no es el inventario de los autores que abarca, lo sabemos. Pero que un texto que pretende dar cuenta de la psicología como campo ideológico, y que cita alrededor de sesenta autores omita toda referencia a la psicología genética de Piaget, destine sólo un párrafo a un aspecto muy secundario del pensamiento de Wallon y no considere específicamente los fundamentos fenomenológicos implícitos en las concepciones de ciertos autores citados pero explícitos en la obra de investigadores como Merleau-Ponty y Jaspers, parece señalar que el autor encuentra aún cierta dificul-

tad para someter la disciplina a un examen crítico que debería ser exhaustivo, no en la enumeración de autores, proyecto imposible, pero sí en la consideración de las distintas "soluciones" que la psicología ha encontrado para sus dilemas.

Finalmente, si es verdad que el libro de Deleule revela, tal como se lo propone el autor "el espíritu de la psicología moderna", no es menos cierto que deja en la sombra el problema de su estructura. En la introducción, Deleule indica que ha "querido trabajar en el marco de una lógica de los conceptos", pero esa lógica nunca se hace explícita en el texto, puesto que no se produce el concepto de las leyes que anudan el campo ideológico, dotando a la "combinación continua de variaciones" de una racionalidad resistente y generativa. Claro está que esta falta no es de Deleule: si no puede cumplir por entero su promesa introductoria de aportarnos una "lógica de los conceptos", es en virtud de la ausencia, —como él mismo escribe— de "una teoría de la ideología cuyos primeros jalones se vislumbran ya hoy en día, aquí y allá".

CARLOS MARX

FEDERICO ENGELS



La guerra civil en los Estados Unidos

—prólogo del ensayista francés Roger Dangeville—

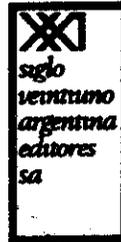
En el curso de estos últimos años, cuando se produjeron revueltas negras en las ciudades norteamericanas, Frantz Fanon comprobaba que los blancos habían aceptado a los negros sin un verdadero combate de los esclavos por la abolición de su status. Al no abolir los negros por sí mismos la esclavitud, no hubo una verdadera liberación, habiéndoles por el contrario los amos blancos encerrado en

la trampa de una emancipación formal. En lugar de actuar, los negros sobrellevaron la acción: el cambio vino desde afuera. En sus artículos Marx y Engels denuncian con energía las numerosas astucias políticas utilizadas por las clases dominantes para salir del trance. Siempre repitieron que esas astucias resultaban caras. (*Del estudio preliminar de Roger Dangeville*).

Ediciones

LA ROSA BLINDADA

Libros de Siglo XXI para la Argentina de hoy



Dario Cantón
La política de los militares argentinos, 1900 - 1971
168 pp.

Dario Cantón
Elecciones y partidos políticos en la Argentina
Un análisis exhaustivo de las elecciones desde 1910 hasta hoy. 280 pp.

Gerardo Duejo
El capital monopolista y las contradicciones secundarias en la Argentina
Estudios fundamentales para comprender la realidad política actual. 180 pp.

Miguel Murrís / Juan Carlos Portantiero
Estudios sobre los orígenes del peronismo
130 pp.

Armand Mattelart
Agresión desde el espacio
Cultura y napalm en la era de los satélites
280 pp.

Fernando Solanas y Octavio Getino
Cine, cultura y descolonización
El cine como instrumento de liberación. 280 pp.

Eduardo Jorge
Industria y concentración económica, 1914-1945
200 pp.

Eduardo Galeano
Las venas abiertas de América Latina
422 pp.

Cardoso y Faletto
Dependencia y desarrollo en América Latina
176 pp.

Mónica Peraíta Ramos
Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930 - 1970)
192 pp.

José Leite López
La ciencia y el dilema de América latina: dependencia o liberación
221 pp.

Mario Casalla
Razón y liberación
Notas para una filosofía latinoamericana
152 pp.

Darcy Ribeiro
El dilema de América Latina
368 pp.

Oscar Braun
Comercio Internacional e imperialismo
132 pp.

 CORDOBA 2064 - TEL. 45-7609 / 46-9059 y 49-2614
Atención al público de 8.30 a 20 hs.

...Y el azar hizo al hombre

Carlos Bertoldo

Jacques Monod, Louis Althusser, Jean Piaget
Del idealismo "físico" al idealismo "biológico"
Editorial Anagrama, Barcelona, 86 páginas.

En la crítica a los ideólogos burgueses (o los aprendices de ideólogo) que se reclaman de la ciencia, aparece un problema que muchas veces se soslaya de uno u otro modo. Este problema consiste en que por una parte hay que considerar el contenido explícito de los planteos que se realizan en el contexto específico de una rama del conocimiento. Aparecen allí verdades objetivas establecidas como fruto de la investigación (praxis) e "ideas" nuevas, más o menos en claro sobre su propia objetividad relativa, que se tratan de colocar en los espacios o regiones no conocidas, estableciendo relaciones entre los fragmentos y las verdades parciales.

El otro aspecto del problema se refiere al lugar que sus trabajos de "divulgación" (dicho con toda ironía) ocupan en el aparataje justificador del "statu quo", cosa que en general se disfraza bajo la intención de incorporar las últimas novedades de la biología molecular en el caso de Monod, al progreso de la lucha en "común" contra el oscurantismo, las religiones y las otras expresiones No Científicas.

Ambos aspectos deberían unirse en una síntesis crítica que entreteja el juego de las verdades objetivas, las verdades parciales y las justificaciones en un fresco dialéctico que muestre cómo esos elementos se alimentan entre ellos. Y esto en verdad es una tarea difícil. Quizás incluso porque

nuestro lenguaje es un lenguaje lineal, causal, que no está desarrollado todavía en la descripción de la riqueza de las relaciones entre la estructura y la superestructura, entre lo objetivo y lo subjetivo, en dos palabras, que no puede plantear todavía la famosa cuestión de lo que fue primero (o segundo), si el huevo o la gallina, la gallina o el huevo en los términos de un *proceso*, de manera convincente, y para que lo entiendan todos.

En un artículo anterior (v. Los Libros No. 24) el peso del enfoque, quizás por la indignación, también porque es más sencillo, estuvo puesto en la demitificación del papel de explicador de la vida, las proteínas y la política que emanaba y galardonaba el ataque al marxismo "filosófico" y político hecho por Monod en su libro "El Azar y la Necesidad".

El libro editado por Anagrama reúne una "lección" inaugural de Monod, al tomar posesión de una cátedra en el College de France, una clase de Althusser sobre la misma, y un comentario de Piaget sobre el libro arriba mencionado, publicado por Monod tres años después de dicha lección.

Estos tres escritos traen a colación lo que se decía al comienzo. Los artículos de Althusser y de Piaget presentan cada uno, una de esas dos vertientes de análisis posibles, de un texto que desde una ciencia particular va a la *política*. Althusser, brevemente, presenta al discurso de Monod como ejemplo de ciertos aspectos de su estructuración de las ideologías: la "filosofía espontánea de los científicos" y la "conciencia del mundo". Su bistrúf analítico realiza la tarea del señalamiento de niveles y de elementos, señalamiento que

puede funcionar útilmente como punto de partida de un análisis más profundo. Aborda el aspecto ideológico-cultural del escrito de Monod, pero se olvida mostrar su inserción en la cuestión del ejercicio del poder en la sociedad capitalista. Así es que a fuerza de tanto análisis, no se nos resuelve el paso sintético que ponga de manifiesto que el todo no es la suma de elementos y niveles, sino su interacción en un cierto ámbito de la lucha de clases. Por ello Althusser termina un poco ingenuamente, es decir apolíticamente, en un consejo a los científicos (y los filósofos: ¿quiénes son estos personajes?), de que tengan claro que su filosofía espontánea está en relación por medio de la filosofía, con una concepción del mundo (p. 50). Lo que Althusser no aclara es que saber esto en la sociedad burguesa no tiene mayor importancia para los científicos ni para los "filósofos", que rara vez llegan a tomar posiciones políticas a través de la crítica de su "ciencia". Esta claridad es importante para los que no siendo lo uno ni lo otro no deben dejarse encandilar por los títulos científicos, con los que alguien, buen biólogo por ejemplo, pretende introducirse malamente en la lucha ideológica, rama de la lucha política.

El artículo de Piaget, bajo el signo de las buenas costumbres, critica algunos de los aspectos más esencialmente "científicos" del libro de Monod. Piaget, entre otros, discute a Monod su apuntalamiento del "azar" como motor de procesos (particularmente el del desarrollo de los "seres vivos") y su negación de la dialéctica, que según Piaget, Monod aplica, a pesar de sus críticas contra ella. Sin

embargo.
get no ad
puntos, p
Monod a
ambos a
Monod d
truir su
Y la r
la limitad
"físico"
para Pia
surge a
acercar d
de "nin
en esto
uno no
entender
algo des
del con
histórico
las verd
tecnocr
se conf
ser obje
proceso
esfuerz
verdade
Vea
que M
"cientí
del az
esencia
azar v
convie
za" in
desarr
olvida
tíficos
relació
proba
de vi
proce
relaci
puede
tórica
técni
(que
esenc
cae d
tiene
come
plan
llo e
a la
co
espe
el d
pon
ded
esen
a la
Cua
de
del
ese

embargo, las consideraciones de Piaget no aclaran a fondo una serie de puntos, por ejemplo, infidelidades de Monod a las ciencias específicas que ambos aceptan y practican, y que Monod comete en su afán de construir su proposición "superadora".

Y la razón de ello puede verse en la limitación a lo estrictamente "científico" que resulta muy importante para Piaget, que lo cercena, y que surge a la vista cuando se apresura a saber que su ser dialéctico no es el de "ninguna escuela" (p. 52). No ve en esto que en la sociedad burguesa uno no puede ser dialéctico sin pertenecer a la escuela, quizás todavía más desdibujada en ciertos campos de conocimiento, del materialismo histórico y dialéctico. En el juego de las verdades parciales, ideología de la tecnocracia y el cientificismo, Piaget se confunde y llama ser dialéctico al ser objetivo en el conocimiento de los procesos específicos a que dedica su esfuerzo creador de ideas y conceptos verdaderos.

Veamos uno de los problemas en que Monod pasa de los conceptos "científicos" a la irracionalidad, el del azar. Divide Monod al azar en esencial y operacional (cap. VI, "El azar y la necesidad"), y a aquél lo convierte prácticamente en una "fuerza" impulsora del surgimiento y el desarrollo de las especies "vivas". Se olvida que el azar en términos científicos solo existe como un tipo de relaciones que a través del cálculo de probabilidades mide la "intensidad" de vinculaciones entre fenómenos o procesos, cuyo mecanismo, modo de relación o cuyo grado de relación no puede determinarse por razones históricas de desarrollo científico o técnico. La suerte del Dr. Dupont (que para Monod ejemplifica el azar esencial) que por un martillo que cae de un techo encuentra la muerte, tiene tan poco que ver con el azar como con los horóscopos. Dupont no planificó pasar por debajo del martillo en el momento en que éste llegaba a la altura de su cabeza, como tampoco planificó nacer de la unión del espermatozoide No. 45.768.932 con el óvulo No. 274 de los papás Dupont. Pero ninguna de esas casualidades es motor de nada que haga a la esencialidad del Dr. Dupont, en base a la cual su proceso sea uno y no cualquiera, pero también el proceso de muchos otros Dupont. Después del martillo, Dupont está muerto, y la esencialidad de la muerte de Dupont

es ya sólo problema de la Sra. Dupont, y en particular de lo abultado de su patrimonio, o de la calidad de los servicios sociales para viudas y huérfanos de Francia, entre otras cosas.

Esta cuota de irracionalidad de Monod, que no tiene en cuenta que la relación de azar se establece entre cosas que tiene relación y no entre las que no la tienen, que lo entroniza en algo inmaterial que rige los procesos, se reproduce en la jerga que habla de la "arbitrariedad" o "gratuidad" (p. 29. "Del idealismo...") de ciertas interacciones químicas, la "espontaneidad" de los desarrollos evolutivos, que crean un "proyecto" para los seres vivos en la perpetuación de la especie. Se olvida que no existe el árbitro que decida, ni la "liberación" de la espontaneidad que motrice, ni un "proyecto" (o "antiproyecto") de muerte, tan esencial a los seres vivos como la perpetuación de la especie.

Monod mete el azar para cubrir la distancia entre lo deducible y lo explicable. Según él, el desarrollo de la biosfera no podría haber sido "deducido" de los principios primeros y por lo tanto no es "deducible", pero sí "explicable". Todo esto es falaz. Deducible en su nomenclatura adquiere el sentido de producible, y explicable el de comprensible, con lo que implica para la "explicabilidad" una menor perspectiva de operabilidad que la de la "deducibili-

dad". En este juego lingüístico olvida que deducción y explicación son aspectos de un mismo proceso: ambos se reúnen en la posibilidad material de reproducir o esperar un fenómeno, *deduciendo* para una situación concreta de aquí y ahora, o del mañana, lo que se entendió, conoció, hasta un nivel cualitativo y cuantitativo tal que se lo puede explicar.

Con el azar constituido en fuerza, Monod necesita caer en la reclamación de lo absoluto. No entiende qué es la objetividad de la Naturaleza, así con mayúscula según él, como un nombre propio. Cree que con esto significa la no existencia de una mente racional, ideal, subjetiva, dios, que la hace procesar. (No entiende que la objetividad de la naturaleza es simplemente la materialidad de la materia que a veces se nos manifiesta como un martillazo en el cráneo). Entonces le pone una pizca de azar, motoriza con ella a la naturaleza, y pone una segunda objetividad, como un planteo ético, puro, indestructible e indemostrable, en los científicos. Confunde Monod la objetividad de una idea, una concepción, que permite deducir y explicar cómo es la interacción del mundo y con el mundo que nos rodea, con la materialidad de la naturaleza que no necesita ser pensada para existir en su multiplicidad de relaciones de innumerables elementos, todos ellos armazones de materia con mayor o menor grado de complejidad.

3 libros 73

IMPRESIONES DE AFRICA - Raymond Roussel

Primera edición en castellano de la obra más importante de este precursor fundamental. "El lector cree reconocer los vagabundeos sin meta de la imaginación, cuando en realidad no hay allí nada más que los azares del lenguaje, tratado metódicamente". (Michel Foucault)

ORFEO DE LA CONCEPCION - Vinicius de Moraes

La pieza en que se basó el conocido film *Orfeo Negro*, y que nos muestra un Vinicius inédito, un Racine transplantado a las favelas brasileñas.

DIARIO DE UN PRESO - Eduardo Perrone

El arte superado por la realidad en el trágico relato autobiográfico de una víctima de la "justicia" del sistema. Un testimonio insólito desde dentro del infierno.

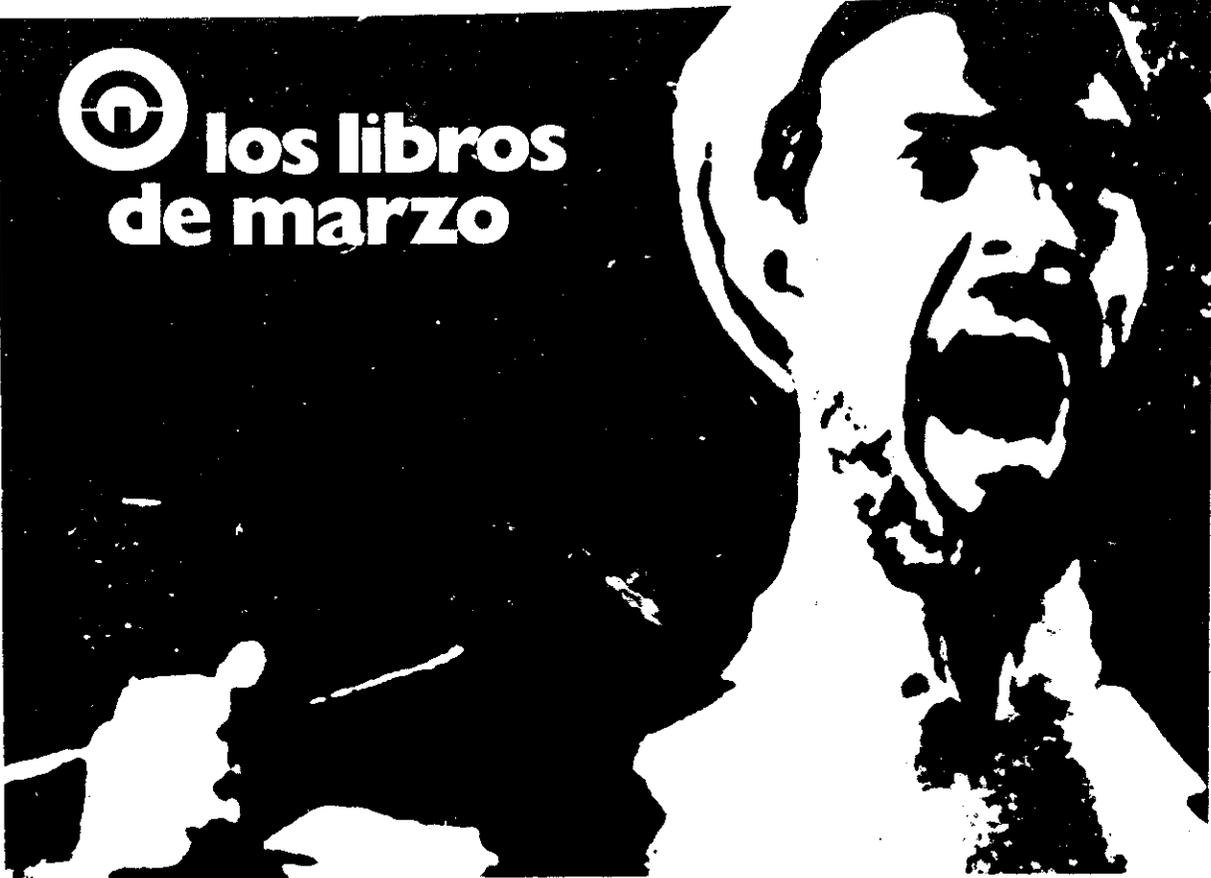


**Ediciones
de la Flor**

Uruguay 252 - 1º B
Buenos Aires



los libros de marzo



**EDITORIAL
TIEMPO
CONTEMPORANEO**



VIAMONTE 1453
TEL. 45-9640/5128 46-5130 - BS. AS.

**Teoría de los procesos
insurreccionales contemporáneos.**
Emilio Lussu

**Comunicaciones:
Análisis de las imágenes**
Christian Metz,
Humberto Eco y otros.

Por una vanguardia revolucionaria
Edoardo Sanguineti

Chip, el del ojo verde
Ira Levin

Herraduras y otras historias
Ring Lardner

Eva
James Hadley Chase

Reimpresiones:

**Comunicaciones:
Lo verosímil**
Roland Barthes y otros
2ª Edición

Análisis de Marshall McLuhan
N. Kattan, J. Baudrillard y otros
2ª Edición

¿Acaso no matan a los caballos?
Horace McCoy
2ª Edición

Polémica sobre realismo
George Lukacs, T. W. Adorno
Roman Jakobson,
Ernst Fisher, Roland Barthes
2ª Edición



**Pro
Ju
Osc**

Luis Guzmán
"El Frasquito"
Ediciones No

Honradam
de Luis Gu
prólogo. Cu
primera nov
se parece ob
los periodíst
los avisos y
los libros lar
al mercado t
rencia que i
declarada en
presentado.
de la intelig
reconocer co
terpenetraci
y la mirada
siempre, un
cada desde e
ponen noc
los géneros.
otra vez va
regodeos en
una literalid
vez confesio

Esta hon
natural, con
mérito de
bien con
deseo. La
modo de a
mente, obje
como son
de las relac
desean, se p

LI
LIBROS
LIBRE

LOS LIBR

Pretencioso como Juan Moreira

Oscar Steimberg

Luis Guzmán
"El Frascuito"
Buenos Noés, 89 págs. 1973

Manradamente, la primera novela de Luis Guzmán comienza con un prólogo. Cuando el prólogo de una primera novela es autoralmente ajeno se parece obligadamente a los artículos periodísticos de presentación, a los avisos y a los textos de solapa de los libros lanzados (aún sin prólogo) al mercado literario; pero con la diferencia que introduce la contigüidad declarada entre la presentación y lo presentado. Desde un cierto impudor de la inteligencia, se nos invita así a reconocer con menos alarma esa interpenetración entre el goce estético y la mirada crítica que será ya, para siempre, un rasgo de la lectura practicada desde esta zona donde se superponen nociones sobre la muerte de los géneros, redefiniciones analíticas otra vez valorizadoras y perversos regodeos en las reminiscencias de una literalidad otra vez marginal, otra vez confesional y resonadora.

Esta honradez no se presenta, es natural, con las apariencias de un mérito de la conciencia, sino más bien con las de una elección del deseo. La novela ha encontrado el modo de ajustar a su ritmo, tersamente, objetos tan distantes entre sí como son la secuencia fantasmática de las relaciones entre seres que se desean, se poseen y se castran, atra-

pados por el mundo verdadero de los sueños; las enumeraciones, casi artículo de costumbres, de los emblemas vestimentarios queridos por un adolescente; y las citas de tangos, cuando son vertidas reflexivamente a una prosa que las contextualiza hasta casi explicarlas. Pero entonces se hace prologar por un ensayo en el que la reflexión sobre ese ritmo es casi so-layada, en bien de un análisis destinado a rastrear en el texto la presencia de la Ley paterna, de la lógica del oro y la posesión. No se trata precisamente de un desacierto: alternativamente, el texto es ahora soporte de una indagación ideológica y prueba del azar de su existencia; afirmación de la posibilidad de traducción de los síntomas y colección de misterios, con zonas de resistencia preferentemente ubicadas en su superficie.

Esa superficie no parece tener fisuras; sí, en cambio, vueltas sobre más de un eje. Acostumbrados ya a un camino neblinoso pero conocido, con señales faulknerianas, nos encontramos de pronto caminando cabeza abajo, en la línea de las acumulaciones objetivistas.

El manejo de las conexiones, nada abrupto, no parece querer ocultarse: hay blancos, títulos, pases de capítulo tranquilamente conspicuos y puntuales. Y hay claros conceptuales, también sorprendidos, que lacunarizan esa atonía de la conciencia desde la que parecía haberse proyectado la narración: "habría que llevar esto

hasta las últimas-primeras consecuencias..."

Esos claros son vehiculizados por un lenguaje que casi nunca es el del cuerpo confesional-onírico del resto de la novela. Y que se aparta por su léxico o su ritmo del "lenguaje bajo" del resto de la narración.

Aquí, otra vez la lectura. No ya contigua; no, ya, resguardada por el egoísmo de la búsqueda de la propia coherencia. Una nota crítica¹ lanzada a la seducción de sí misma, a través de una sucesión cerrada de antemano de preguntas y respuestas, iluminó sin desearlo el punto de ruptura (la originalidad, el buen gusto) del relato que trataba de alejar.

Se habla ahora de un "texto elitista, pretencioso, deliberadamente críptico, en el que se infiltran los elementos más conocidos y difundidos del psicoanálisis". La frase está destinada a impugnar las conexiones que se postulan entre "El Frascuito", por un lado, y el sainete y el gauchesco, por otro. Por supuesto: si es así, no se entiende bien dónde está lo pretencioso; pretenciosos eran los diagnósticos de Eduardo Gutiérrez, cuando en Juan Moreira hablaba de la mirada enamorada de la vital, tierna, sencilla Vicenta:

"Era tal el estado de aquella infeliz que el fósforo que había encendi-

¹Nora Dottori en "7 Días", Nº 300, p. 75-76.

LIDELA

LIBROS DE LATINOAMERICA

LIBRERIA - EDITORIAL

LIBROS URUGUAYOS PARA EL MUNDO

- Inscríbase en nuestro registro y recibirá gratuitamente nuestro boletín periódico de novedades

- Servicios especiales para profesores y universidades.



C. C. 1604
Correo Central
MONTEVIDEO

Dirección para la
Argentina:
C.C. Nº 11
Sucursal 28 (B)

do se apagó entre sus dedos, sin que la quemadura fuera bastante para hacerla volver de su asombro. Sus labios habían cesado de moverse, y estaba allí estática, con la vista clavada en Moreira, con la expresión del idiotismo que caracteriza el semblante de un microcéfalo".²

¿O es que las inserciones en la literatura de la nosografía psiquiátrica del siglo diecinueve son menos pretensiosas que las de los conceptos psicoanalíticos? Queda la duda acerca de lo que pudiera haber de maldito en el carácter "difundido y concido" de estos conceptos: ¿la valoración hubiera cambiado de signo si en "El Frasquito" se propusiera alguna novedad teórica? Falta aclarar, de todos modos, que el carácter "pretendidamente" psicoanalítico de la novela es fruto de una interpretación. Pero el que busca encuentra, y a través de estas exasperaciones puede intuirse paradójicamente la presencia, en la obra impugnada, de un rasgo que descubre el interés de su propuesta estética.

En la nota se piden obras "sin falsos gestos, sin estridencias, sin histeria, sin prólogos". . . y "con ideología clara". En el ruego se advierten componentes antiguos: el temor a lo inesperado, el rechazo de la mezcla. Porque sucede que "El Frasquito" mezcla: mezcla lenguajes, ideas, posiciones de lector y autor. La "calidad" esperada se resiente cuando el lenguaje bajo del narrador interno se convierte, por una pirueta sintagmática, en la oratoria de un observador de la cultura. Pero esta quiebra de calidades parece ser el recurso mediante el cual la obra evita que ese lenguaje bajo —de tan prestigiosa masticación en nuestra literatura— se constituya una vez más en el código transparente de una propuesta estilística ripiosa.

La alteración de registros, las variaciones de longitud, las fragmentaciones, acompañan aquí a una compleja alternancia de lenguajes. El rechazo general del lenguaje alto canaliza, alguna vez, el deseo de ocupar el lugar del padre, a través del investimento de uno de sus emblemas: el hablar porteño estereotipado en frases de tango. Pero enseguida cae ante el sobrerrealismo de la descripción del Paraguay, que se aleja, en la búsqueda de un escenario simbólico,

²Eduardo Gutiérrez: "Juan Moreira".

del lenguaje bajo para iluminarse en las anfractuosidades de un grotesco ya lautremontiano.

Sin embargo, estas alternancias no se suceden con la entera fluidez con que se sustituyen el afuera y el adentro de una banda de Moebius: los hiatos, los títulos, las anécdotas truncas nos invitan a registrar el hecho de que la alternancia misma es, aquí, tan importante como sus términos.

Estos saltos estilísticos dicen también, por supuesto, algo sobre la realidad. La referencia al gauchesco debe complementarse con una explicitación de diferencias. En la linealidad verbal de las estrofas del Martín Fierro está la búsqueda de una confiración de posesiones; en los textos de "El Frasquito" alienta, opuestamente, la intuición contemporánea de que el texto sólo es representativo de sí mismo, y "sólo a través de ese modo de significación inmanente se relaciona con las otras esferas de la significación.

De ahí el interés con que busca el desencuentro entre realismo y lenguaje realista; con que tematiza este corte, a través de títulos y denominaciones que fragmentan las frases hechas, las duplican o encabalgan, dejando que las palabras sagradas del lenguaje popular expongan su sentido más allá de las condiciones de su uso.

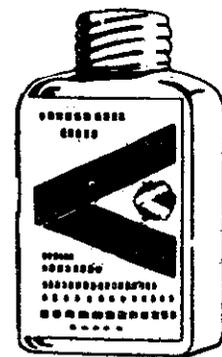
Alguna intransitabilidad es establecida por esos cortes entre este lenguaje y el lenguaje del sainete, aludido también por los comentaristas. La relación entre ambos parece ser, en todo caso, una relación irónica, si pensamos a la ironía como una figura retórica que alude, más que otras, al conocimiento compartido entre emisor y receptor de una diferencia entre la palabra y su mundo. Y con respecto al gauchesco, en ese mismo plano retórico, las oposiciones son aún más definidas.

En "El Frasquito" hay ironía donde en el gauchesco hay alegoría desafortada, suma aritmética de metáforas creyentes. Y hay atonía, humildad de discurso que se sabe siempre a medio camino entre la reflexión y la poesía, allí donde hubo parada nombradora, despliegue de un lenguaje que quería tragarse a las cosas. En Juan Moreira, el personaje que llega con el cerebro abrasado por la pasión sumerge literalmente la cabeza en agua fría, con el objetivo evidente de que la palabra balde lo proteja de la palabra pasión. En "El Fras-

quito", en cambio, el Paraguay, investido con todas las insignias del padre y dedicado, para mayor abundamiento, a perforar la Tierra con sus músculos y su pala poderosa, sufre de pronto un estallido (naturalmente, implícito) que lo convierte en un paraguayito real, monstruoso; en unas tetas grandes y marrones que le ocupan todo el pecho y lo mandan a vivir al mundo de los desastres simbólicos. Realmente, si esto no es humorístico (y no lo es, al revés de lo que sucede ya, culturalmente, con aquellos párrafos de Gutiérrez) es porque hay otro plano más en el que la nota del ciego descubrimiento³ se equivoca mucho. Sucede que el Edipo sigue asustando a todos; esta costumbre psicológica funda seguramente el hecho de que el horror y el placer del descubrimiento sustituyan, en la lectura de "El Frasquito", a ese posible humor. Y también la circunstancia de que "El Frasquito" sea una buena novela: buena para sorprenderse, para no entender, para resignarse a pensarla en términos de unidades extensas, todavía imprecisas, más cercanas que las de otros juegos a las asociaciones que nos permite nuestra condición de personajes hablados por discursos todavía no dominados por su léxico.

Entre los antecedentes de "El Frasquito" estuvo, por supuesto, "El Fierro" de Osvaldo Lamborghini: una historia vehemente del modo como unos monstruos porteños son devorados por un mapa de palabras; y estuvo también algún extenso párrafo de "Cancha Rayada" de Germán García, en la que un delirio teórico pone, más allá de la clasificable frescura de las anécdotas de infancia, lo serio de la emoción.

³La crítica de "7 Días" se titula: "¿Quién se asusta hoy del Edipo?".



Lit
ent

CINE

Fernan
Octav
Clas.
Coloc.
Siglo
204 p

ECOL

Síntes
Solon
Carlos
El hor
Andr
Resun
CIDA
tierra
Colon
Guate
Unive
489 p

Gerar
El cap
contr
la Soc
Siglo
págs.

Jay W
Dinár
Trad.
P. de
de Ci
"Ser
El At

Marc
Petró
en A
Sínte
págs.

Juan
Petró
Sínte
págs.

ENS

Greg
La O
Plus
\$ 19

LOS

Libros distribuidos en Buenos Aires entre noviembre de 1972 y febrero de 1973

En el próximo número se incorporarán las novedades recibidas, después del cierre de esta lista, las que por motivos técnicos no pudieron ser incluidas en la misma.
Los Libros, convencida de la importancia de la información bibliográfica, consagrará sus esfuerzos editoriales para que ésta sea lo más exhaustiva posible.

LIBROS

Roberto Solinas
Eduardo Getino
La Cultura y Descolonización
Comunicación de masa
Veintiuno, Bs.As.
1972, \$ 24,00

ECONOMIA

Ensayos de
John Barraclough y Juan
Carlos Collarte
**El hombre y la tierra en
América Latina**
Reunión de los informes
CEA sobre tenencia de la
tierra en Argentina - Brasil -
Colombia - Chile - Ecuador -
Guatemala - Perú
Universitaria, Sgo. de Chile,
1972, 480 págs.

Gerardo Duejo
**El capital monopolista y las
contradicciones secundarias en
la Sociedad argentina**
Sigo Veintiuno, Bs.As. 159
págs. \$ 17,00

Jay W. Forrester
Dinámica Industrial
Trad. del inglés de Mercedes
P. de Manzanal. Biblioteca
de Ciencias Económicas
"Serie de Economía"
El Ateneo, Bs.As., 450 págs.

Marcos Kaplan
**Patrimonio, Estado y Empresas
en Argentina**
Síntesis Dosmil, Caracas, 164
págs. \$ 16,00

Juan Pablo Pérez Alfonso
Patrimonio y Dependencia
Síntesis Dos Mil, Caracas, 242
págs., \$ 20,00

ENSAYOS

Gregorio Badeni
La Opinión Política
Plus Ultra, Bs.As., 138 págs.
\$ 10,00

Alvaro Jara
Guerra y Sociedad en Chile
Colec. Imagen de Chile, vol. 14
Universitaria, Sgo. de Chile,
255 págs.

FILOSOFIA

Hegel
La razón en la historia
Trad. del alemán de César
Gómez
Introducción de Antonio
Trujol
Seminario y Ediciones,
Madrid, 333 págs.

Robert Jungk
La Humanidad del año 2000 -
Una visión panorámica de los
futuros posibles
Versión castellana de Luis
García Villafañe
Colec. Prisma
Monte Avila, Caracas, 351 págs.

Tomás Maldonado
Ambiente humano e ideología
Notas para un ecología crítica
Trad. del italiano de Hernán
Cuevas
Colec. Ensayos
Nueva Visión, 166 págs.

Bertrand Russell
Análisis del Espíritu
Trad. del inglés de
Eduardo Prieto
Biblioteca del hombre
contemporáneo, vol. 14
Paidós, Bs.As., 339 págs.
\$ 15,50

LINGUISTICA

N. Trubetzkoy, E. Sapir y
otros
Fonología y Morfología, 3º ed.
Biblioteca de Lingüística y
Semiología, vol. 3
Paidós, Bs.As., 84 págs.
\$ 9,50

LITERATURA EUROPEA Y NORTEAMERICANA

Alphonse Allais
El Capitan Cap

Trad. del francés de Juan
Fassio
Colec. Narradores de hoy, vol.
55
Centro Editor, Bs.As., 158 págs.
\$ 4,00

Dan Greenburg
**Cómo escribir una novela
erótica**
Trad. del inglés de Bernardo
Gorad
Biblioteca: Humor de hoy,
vol. 10
Hormé/Paidós, Bs.As.,
142 págs.

Roger Peyrefitte
La calabaza
Trad. del francés de Estela
Canto
Colección: Horizonte
Sudamericana, Bs.As.,
128 págs. \$ 11,00

Vassilis Vassilikos
Fuera de los muros
Trad. del francés de José
Bianco
Colec. Perspectivas
Sudamericana, Bs.As.,
245 págs. \$ 24,00

LITERATURA HISPANOAMERICANA

Guillermo Arias
A la sombra de los días
Colec. Cordillera/Narrativa
Quimantú, Sgo. de Chile,
275 págs.
Segundo Premio Concurso
Kraev 1964

Jorge A. Bossio
Historial de las pulperías
Plus Ultra, Bs.As., 313 págs.

Pedro Cardich
Negro Cleto
Plus Ultra, Bs.As., 32 págs.
\$ 17,00

Adolfo Colombres
Los días imposibles
Colec. Narradores de hoy,
vol. 63
Centro Editor, Bs.As.,
141 págs. \$ 4,00

Marco Denevi
**Los asesinos de los días
de fiesta**
Emecé, Bs.As., 213 págs.
\$ 15,00

Valentín Fernando
Baldío al sur
Centro Editor, Bs.As., 131 págs.
\$ 4,00
Colec. Narradores de hoy,
vol. 60

Adriano Gonzalez León
Las hogueras más altas
Biblioteca Popular Eldorado,
vol. 35
Monte Avila, Caracas, 105 págs.

Luis Gusman
El Fraquito, 2a. ed.
Noé, Bs.As., 86 págs.
\$ 13,00

Naldo Lombardi
Tres cosas hay en la vida
De la Flor, Bs.As., 185 págs.

Ernesto Maibrán
El hombre que sonaba
Colec. Cordillera/Narrativa
Quimantú, Sgo. de Chile
75 págs.

Manuel Miranda Sallorenzo
David de las islas
Colec. Cordillera
Quimantú, Sgo. de Chile,
151 págs.

Agustín Pérez Pardella
La sefíxia viene del norte
Plus Ultra, Bs.As., 213 págs.

Pedro Prado
El llamado del mundo
Prólogo, edición y notas de
René de Costa
Colec. Los Fundadores
Universitaria, Sgo. de Chile,
175 págs.

Jesús Ruiz Nestosa
Las musarñas
Colec. Narradores de hoy,
vol. 64
Centro Editor, Bs.As.,
\$ 4,00

Zarko Simat
Entre los mundos
Plus Ultra, Bs.As., 322 págs.

Evaristo M. Urzicelqui
Sangre bajo la lupa
Plus Ultra, Bs.As., 157 págs.

PEDAGOGIA

Martha Brea, Adela Leibovich
y Durante y Lucía Wolf
Guía de orientación vocacional
Centro Editor, Bs.As., 75 págs.
\$ 6,50

Rudolf Dreikurs y Losren Grey
Como lograr la disciplina en el niño y en el adolescente
Guía práctica para padres y maestros
Trad. del inglés de Nora Watson
Biblioteca del Educador Contemporáneo, vol. 156
Paidós, Bs.As., 198 págs.,
\$ 13,50

Amanda A. Franqueiro
La enseñanza de las ciencias sociales
Biblioteca "Nuevas orientaciones de la educación" "El Ateneo", Bs.As., 82 págs.

Jean Guglielmi
La enseñanza programada en la Escuela
Trad. del francés de Ramón Bilbao
Biblioteca del educador contemporáneo, vol. 143 - serie menor
Paidós, Bs.As., 192 págs.
\$ 13,50

M.E.M. Herford, I.M. Marcus y otros
Transición de la escuela al trabajo en la adolescencia
Trad. del inglés de Daniel R. Wagner
Biblioteca del Educador Contemporáneo, vol. 152 - serie menor
Paidós, Bs.As., 85 págs.

W. James Popham y Eva L. Baker
Planeamientos de la enseñanza
Trad. del inglés de Dolores Valle
Biblioteca del Educador Contemporáneo, vol. 31 - serie mayor
Paidós, Bs.As., 136 págs.

W. James Popham y Eva L. Baker
El maestro y la enseñanza escolar

Trad. del inglés de José Clementi
Biblioteca del Educador Contemporáneo, vol. 30
Paidós, Bs.As., 157 págs.

W. Popham y Eva Baker
Los objetivos de la enseñanza
Trad. del inglés de Sibila Martín
Biblioteca del Educador Contemporáneo, vol. 32 serie mayor
Paidós, Bs.As., 124 págs.

Manuel H. Solari
Historia de la educación argentina, 2º ed.
Biblioteca del educador contemporáneo, vol. 26 - serie mayor
Paidós, Bs.As., 243, págs.

POESIA

Vicente Gerbasi
Poesía de viajes, 2º ed.
Colec. Altazor
Monte Avila, Caracas, 156 págs.

Dukardo Hinestrosa
Poemas
S.A. Editions et Régies Nouvelles, Bélgica

Angel Núñez
Nosotros-Piedra
Rodolfo Alonso Editor,
Buenos Aires, 96 págs.

Miguel Otero Silva
Poesía completa
Elegía coral a Andrés Bello
Bianco
Agua y cauce - La mar que es el morir - Umbral - otros poemas

Biblioteca Popular Eldorado,
vol. 24
Monte Avila, Caracas, 163 págs.

Concurso Carlos Pezoa Veliz
Poesía 72 Quimantú
Quimantú, Sgo. de Chile,
204 págs.

POLICIALES

Giorgio Scerbanenco
Al servicio de quien me quiera
Trad. del italiano de Juan Giner
Ed. de Bolsillo, Serie negra,
vol. 6
Barral, Barcelona, 287 págs.
\$ 22,00

Bram Stoker y otros
Tiempo de asesinos

La literatura del crimen y el suspense
Rodolfo Alonso, Bs.As.,
188 págs., \$ 19,80

POLITICA

Derfo Canton
Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966
Colec. Sociología y Política
Siglo Veintiuno, Bs.As.,
217 págs. \$ 28,00

Ted Córdoba - Claire
¿Chile, sí?
Los primeros 800 días de la Flor, Bs.As., 158 págs.
\$ 15,00

Theotonio dos Santos
Socialismo o fascismo
El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano
Prensa Latinoamericana, Sgo. de Chile, 344 págs., \$ 36,00
Periferia, Bs.As., \$ 38,00

Michael Francis
La victoria de Allende - Vista por un norteamericano
Trad. del inglés de Flora Setaro
Biblioteca de Ciencias Políticas vol. 5
Francisco de Aguirre, Bs.As., Sgo. de Chile, 238 págs.

Le Duan
Nguyen Khac Vieu
Vo Nhan Tri
Breve historia del neocolonialismo norteamericano
Oficina, Bs.As., 178 págs.

José Leite López
La ciencia y el dilema de América Latina: Dependencia o Liberación
Trad. del portugués de Mónica Peralta Ramos
Colec. Sociología y Política
Siglo Veintiuno, Bs.As.,
221 págs. \$ 24,00

Leslie Manigat
De un Duvalier a otro - Itinerario de un fascismo de subdesarrollo
Versión castellana: José Barbeito
Monte Avila, Caracas, 94 págs.

Patricio Mannus
El movimiento obrero
Colec. Nosotros los chilenos, Nº 27
Quimantú, Sgo. de Chile,
93 págs.

Sergio Molina Silva
El proceso de cambio en Chile
Prólogo de Raúl Prebisch
Textos del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social
Universitaria, Sgo. de Chile,
220 págs.
Siglo Veintiuno Editores SA., México.

Ernesto Nolte
La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas
Colec. Historia, Ciencia, Sociedad, Nº 77
Península, Barcelona, 350 págs.

Arturo Paoli
La perspectiva política de San Lucas
Colec. Sociología y Política
Siglo Veintiuno, Bs.As.,
185 págs. \$ 22,00

PSICOLOGIA

Juan Azcoaga
Sistema nervioso y aprendizaje
Centro Editor, Bs.As., 91 págs.
\$ 7,50

W.R. Bion
Transformaciones: del aprendizaje al crecimiento
Trad. de Haydée Fernández de Breyter
Centro Editor, Bs.As.,
218 págs., \$ 16,50

W.R. Bion
Experiencias en grupos, 2º ed.
Trad. del inglés de Angel Nebbia
Supervisión de Janine Puget y Martha Guastavino
Biblioteca de psicología y sociología aplicada, vol. 10 - serie fundamental
Paidós, Bs.As., 155 págs.
\$ 21,50

Doroty Corkille Briggs
El niño feliz - su clave psicológica
Trad. del inglés de Oscar Muslera
Granica, Bs.As., 251 págs.

Jean Chazal
La infancia delincuenta, 4º ed.
Trad. del francés de Esther Bernstein
Biblioteca del Educador Contemporáneo, vol. 176
Paidós, Bs.As., 108 págs.,
\$ 11,50

Pablo Damiani
Salud y enfermedad mental
Biblioteca fundamental del

hombre
Centro E
127 págs

Paul Die
Psicología
Trad. de
García V
Biblioteca
hombre
Troquel.

Horacio
Cavero
Colec. N
Nueva V

Paul Fra
Historia y
psicología
Tratado d
experime
Trad. del
Teresa C
Paidós, B

Paul Fra
(Compila
Buenos A
Trad. del
Cavazo
Tratado d
Experime
Paidós, B

Carl Fran
Psicología
externaliz
Trad. del
Venturini
Biblioteca
Troquel, E

Arnold Ge
El niño de
Trad. del
Loedel
Biblioteca
Contemp
Paidós, Bs.
\$ 11,50

André Gre
Jean Nassif
Jean Rebo
Objeto, em
en psicoan
Colec. Psico
Siglo Veint
77 págs. \$

M. Harris y
Su hijo de
Trad. del in
Mastrogio
Biblioteca d
Contempor
Paidós, B

M. Harris y
Su hijo adol
Trad. del in
Mastrogio
Biblioteca d

LOS LIBROS

hombre moderno, vol. 92
Centro Editor, Bs.As.,
127 págs. \$ 4,00

Paul DieI
Psicología curativa y medicina
Trad. del francés de Jorge
García Venturini
Biblioteca El Tema del
hombre
Troquel, Bs.As., 199 págs.

Hernando Ferreyra Moyano
Ansiedad y agresión
Colec. Psicología Galerna
Nueva Visión, Bs.As., 103 págs.

Paul Fraisse y Jean Piaget
Intelecto y método de la
psicología experimental
Tratado de psicología
experimental, vol. 1
Trad. del francés de María
Teresa Cevaco
Paidós, Bs.As., 247 págs.

Paul Fraisse y Jean Piaget
(Compiladores)
Sensación y motoricidad
Trad. del francés de María Teresa
Cevaco
Tratado de Psicología
Experimental, vol. 2
Paidós, Bs.As., 213 págs.

Carl Frankenstein
Psicodidactas de la
externalización
Trad. del inglés de Jorge García
Venturini
Biblioteca: El tema del hombre
Troquel, Bs.As., 350 págs.

Arnold Gesell y otros
El niño de 11 y 12 años, 5ª ed.
Trad. del inglés de Eduardo
Loedel
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 59
Paidós, Bs.As., 126 págs.,
\$ 11,50

André Green
Jean Neaif
Jean Reboul
Objeto, estratificación y fantasía
en psicodidactas
Colec. Psicología
Siglo Veintiuno, Bs., As.,
77 págs., \$ 9,00

M. Harris y otros
Su hijo de 12 a 14 años
Trad. del inglés de Marta
Mastrogiacomo
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 170
Paidós, Bs.As., 124 págs.

M. Harris y otros
Su hijo adolescente
Trad. del inglés de Marta
Mastrogiacomo
Biblioteca del Educador

Contemporáneo, vol. 171
Paidós, Bs.As., 151 págs.

C.G. Jung
Psicología y religión, 4ª ed.
Trad. del alemán de Ilsa T.M.
de Brugger
Prólogo, supervisión y notas
de la versión castellana de
Enrique Butelman
Biblioteca de psicología y
sociología aplicada, vol. 2 -
serie mayor
Paidós, Bs.As., 168 págs.,
\$ 22,00

Carl G. Jung
Conflictos del alma infantil
Versión castellana de Ida G.
de Butelman
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 148
Paidós, Bs.As. 127 págs.

Ludwig Klages
Escritura y carácter - Manual
de técnicas grafológicas
Trad. del alemán de Blas Sosa
Biblioteca de Psicología de la
Personalidad, vol. 11
Paidós, Bs.As., 165 págs.

M. Klein y otros
Nuevas direcciones en
Psicoanálisis, 2ª ed.
Prefacio de Ernest Jones
Presentación de la edición
castellana de Emilio Rodríguez
Biblioteca Psicología del
Siglo XX, vol. 30
Paidós, Bs.As., 492 págs.
\$ 17,40

Th. Lidz, R.L. Shapiro y otros
El adolescente y su familia
Trad. del inglés de Daniel R.
Wagner
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 151 -

serie menor
Paidós, Bs.As., 93 págs.

K. B. Madsen
Teorías de la motivación
Un estudio comparativo de
las teorías modernas de la
motivación
Trad. del inglés de Jorge P
Piatigorsky
Biblioteca Psicología del
siglo XX, vol. 13
Paidós, Bs.As., 381 págs.,
\$ 69,50

Melvin Marx y William Hillix
Sistemas y teorías psicológicas
contemporáneas
Trad. del inglés de Jorge
Colapinto
Supervisión de la versión
castellana de Enrique Butelman
Biblioteca Psicología del siglo
XX, vol. 14
Paidós, Bs.As., 404 págs.

Rolf E. Muus
Teorías de la adolescencia,
3ª ed.
Trad. del inglés de Jaime
Bernstein
Biblioteca del hombre
contemporáneo, vol. 150
Paidós, Bs.As., 225 págs.

Julio B. de Quirós y M.
Della Cella
La dialéctica en la niñez,
3ª ed.
Biblioteca del Educador
Contemporáneo, vol. 22
Paidós, Bs. As., 373 págs.

Dr. George Weinberg
El homosexual y su liberación
Un revolucionario enfoque
psicológico

Trad. del inglés de Martha
Mastrogiacomo
Colec. Libertad, y Cambio
Gránico, Bs.As., 146 págs.

RELIGION

Daniel Callahan (selección e
introducción)
Centrosociedad: Un punto
de vista eclesial
Trad. del inglés de Flora
Setaro
Troquel, Bs.As., 252 págs.

Varios
Pueblo Opusiano - Sañer
de la Historia
Presentación de Hugo
Asmann
Biblioteca: Iglesia y Sociedad
Tierra Nueva, Montevideo,
270 págs.

SOCIOLOGIA

H. Jaguaribe
Sociedad, cambio y sistema
político
Trad. del inglés de Floreal
Mazía
Biblioteca de Economía Política
Sociedad, vol. 1 - serie mayor
Paidós, Bs.As., \$ 47,50

J.F. Marsel (Comp.)
A.M.E. de Babini, F.J. Delich,
G. Germani, G. Merix y J.E.C.
Miguens
Argentina conflictiva -
Seis estudios sobre problemas
sociales argentinos.
Biblioteca de Economía,
Política y Sociedad, vol. 7 -
serie mayor
Paidós, Bs.As., 190 págs.
\$ 29,00

J.L. Moreno
Fundamentos de la Sociometría,
2ª ed.
Trad. del francés de J.
García Bouza y Saúl Karz
Biblioteca de Psicología y
sociología aplicadas, vol. 12 -
serie fundamental
Paidós, Bs.As., 443 págs.
\$ 82,00

Alfred Schütz
Fenomenología del mundo
social
Trad. del alemán de Eduardo
Prieto
Introducción de George Walsh
Biblioteca de Psicología social
y sociología, vol. 66 - serie
mayor
Paidós, Bs.As., 277 págs.
\$ 47,50

Rogelio García Lupo
MERCENARIOS Y MONOPOLIOS EN LA
ARGENTINA
De Onganía a Lanusse, 1966-1973

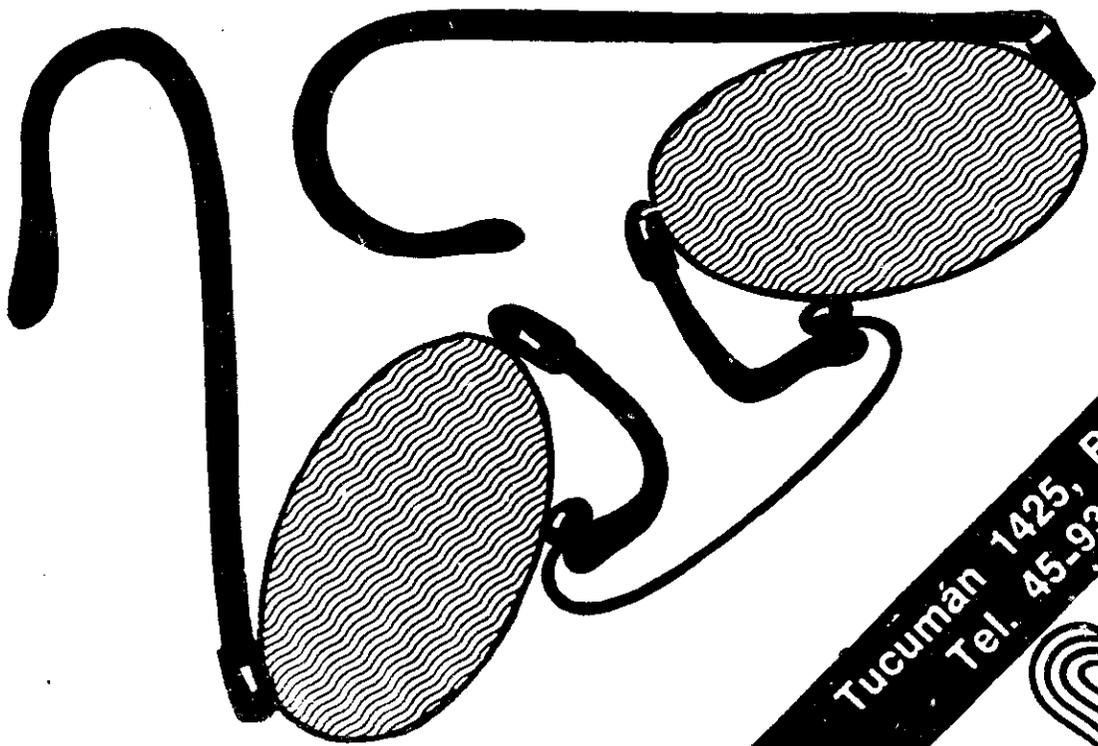
Ismael Viñas
TIERRA Y CLASE OBRERA

Manuel N. Castex
UN AÑO DE LANUSSE
Del acuerdo increíble al retorno imposible

Centro de Estudios General Mosconi
LOS TRATANTES DEL PETROLEO
T. 1 Los hechos 1965-1962

ACHAVAL SOLO, fabricante de libros
Diagonal Norte 825, Buenos Aires

Librería Galerna



Tucumán 1425, Bs. As.
Tel. 45-9359



los libros

Para una
crítica política
de la cultura

CORTAZAR:
Libro de Manuel

Nº 30 / Junio-Julio/1973 / \$ 5.-

**La ilusión cómica o el
teatro desde el punto
de vista de lo imaginario**

**Ideologías y
ciencias sociales**

**Acumulación y
centralización en la
industria argentina**

**MALDONADO:
el diseño todopoderoso**

Consejo de dirección:
Carlos Altamirano
Ricardo Piglia
Beatriz Sarlo Sabajanes

Producción:
Marcelo Díaz

Diseño Gráfico:
Isabel Cerballo

Corresponsales:
Chile: Santiago Funes y Mabel Piccini; México: Eligio Calderón Rodríguez; Venezuela: Adriano González, León y Vilma Vargas; Paraguay: Adolfo Ferreira; Uruguay: Jorge Ruffinelli.

LOS LIBROS. Redacción y Publicidad: Tucumán 1427, 2º P. of. 207 - Tel. 45-9840.

Representante para la venta en el exterior: Ediciones Argentinas, Exportadora e Importadora S.R.L.; Bolivia: Los Amigos del Libro S.A.; Colombia: Ediciones Cruz del Sur; China: Editorial Universitaria S.A.; México: Antonio Navarrete (Libería Hamburgo); Paraguay: Selecciones S.A.C.; Perú: Distribuidora García S.A.; Uruguay: América Latina; Venezuela: Síntesis 2000. Registro de la propiedad intelectual N° 1.024.846. Hecho el depósito que marca la ley. IMPRESO EN LA ARGENTINA.

Composición Tipográfica en frío y armado original TYPOM - Montevideo 581 1º F. - B.A.A.

Impreso en **INTERRAL S.R.L.**
Avda 9848 - T.E. 988-7337

Tarifa de suscripción

Argentina	
12 números	\$ 60,00
América	
12 números	US\$ 10
Vía aérea	US\$ 15
Europa	
12 números	US\$ 12
Vía aérea	US\$ 18

Cheques y giros a la orden de **LOS LIBROS**, Tucumán 1427, 2º piso, of. 207, Buenos Aires, Argentina.

CORREO CENTRAL	Tarifa reducida Cond. N° 9002
	Franqueo pagado Cond. N° 3639

los libros

Para una crítica política de la cultura

Sumario

3 La ilusión cómica o el teatro desde el punto de vista de lo imaginario
por Octave Mannoni

13 Ideologías y ciencias sociales
por Manuel Castells y Emilio de Ipola

24 Acumulación y centralización en la industria argentina
por Eugenio Gastiazoro, Elsa Cimillo y Edgardo Lifschitz

34 Cortázar: entre la elipsis y el círculo
por Jorge Rivera

36 Maldonado: el diseño todopoderoso
por Jaime Zapata

La
tea
vis

Octa

Al abordar el imaginario, no poner la nota cuando no se de situarse ende, la nota más o menos

A raíz de primer plano lo cual nos i tros ejemplos día. Ello no que tales cues ficación, per manera esenc otros géneros mer: os manifi escena quiera lugar distinto siempre que pesar por otro tiva propia d parece que e nunca a escap que, sin duda randello, disc obras, y una disimulo, quis por presentar y los actores paradoja que fio, puesto q trataba de tea por este mec últimas instan sión, instalanc mo de use i denunciar. Br precisamente tificaciones, b trario —medi y la estilizac allá de ese ca fuera del tea representación chino tradicio

* Comunicación Francesa Charlyss, nº 5

LOS LIBROS

La ilusión cómica e el teatro desde el punto de vista de lo imaginario*

Octave Mannoni

El presente texto corresponde al capítulo 7 de: Octave Mannoni, La otra escena. Claves de lo imaginario (Clés pour l'Imaginaire ou l'Autre Scène, Seuil, París, 1969), de próxima aparición en la Argentina, editado por Amorrotu editores, Buenos Aires (traducción de Matilde Horne).

Al abordar el teatro por su lado imaginario, nos vemos llevados a proponer la noción de ilusión (aún cuando no sea fácil decir dónde puede situarse esta "ilusión") y, por ende, la noción de identificación, más o menos vinculada con ella.

A raíz de esto, también pasará al primer plano la noción de personaje, lo cual nos inclinará a buscar nuestros ejemplos más bien en la comedia. Ello no implica, sin embargo, que tales cuestiones (ilusión, identificación, personajes) se planteen en los otros géneros: en estos se encuentran menos manifiestas. Siempre que la escena quiera hacerse pasar por un lugar distinto del que en realidad es, siempre que el actor quiera hacerse pasar por otro, se creará una perspectiva propia de lo imaginario. Y no parece que el teatro pueda llegar nunca a escapar de estas condiciones, que, sin duda, son constitutivas. Pirandello, discretamente en algunas obras, y una o dos veces sin ningún disimulo, quiso hacer todo lo posible por presentar la escena como escena y los actores como actores, por una paradoja que no tiene nada de extraño, puesto que de todos modos se trataba de teatro; lo único que logró por este medio fue llevar hasta sus últimas instancias los efectos de ilusión, instalándose en el corazón mismo de ese imaginario que parecía denunciar. Brecht, quien, para eludir precisamente lo imaginario y las identificaciones, buscaba un efecto contrario —mediante el distanciamiento y la estilización— no podía ir más allá de ese cambio de estilo sin caer fuera del teatro. Quien asista a la representación de una pieza de teatro chino tradicional sin una preparación

previa, correrá el riesgo de ver la escena tal cual es en realidad, los actores tal cual son. También en este caso se tratará, *objetivamente*, de teatro, pero de un teatro que no producirá sus efectos específicos.

En oposición a la vertiente imaginaria, está la de las convenciones teatrales. Pero pronto veremos que esta distinción es ambigua. Las convenciones no cumplen, en el teatro, el mismo cometido que en el ajedrez o en la rayuela. Si la rayuela conduce al Paraíso pasando por el Purgatorio, estas son metáforas puras que ni siquiera necesitan ser imaginadas por los niños, o digamos más bien, para preguntarnos precisamente qué quiere decir esto, que no van acompañadas de ninguna "ilusión".

En otros juegos, menos formales, muy diversos y difundidos, las convenciones son más difíciles de separar de lo que por el momento llamamos ilusión. Si un grupo de niños juega a un juego en el cual una silla debe hacer las veces de un avión, será preciso empezar por decir —o lo que equivale a lo mismo, sobreentender— que la silla es un avión, y esta convención pueden los jugadores introducirla explícitamente con la fórmula: "se diría (nosotros diríamos) que la silla es un avión"**. El empleo del condicional tiene aquí un carácter bastante singular, pero la expresión "se diría" revela instantáneamente una polisemia igualmente singular, pues los niños pueden entresarse al juego de manera tal que "se diría" ("se creería") que la silla es un avión. Una expresión como "ilusión lúdica" sería pleonástica, por lo menos según la etimología. Empero, el aspecto lúdico solo es claro en cuanto se

advierte cómo descansa sobre las convenciones; en él "se diría" que funda estas convenciones, sabemos *quién es "se"*: son los propios niños, en cuanto organizadores del juego. Pero el otro "se" del "se diría", el que anuncia la "ilusión", no sabemos *quién es*. Representa a una especie de espectador, que puede estar ausente o cuyo cometido puede ser desempeñado por los actores mismos del juego. Si suponemos que está presente y que dice: "se creería verdaderamente. . ." sabemos muy bien que en realidad él no *creería* nada.

Se ha dicho —fue Mallarmé— que en el teatro, en el escenario no acontece nada real. Es verdad, pero no se puede tomar al pie de la letra esta manera de decir. Un técnico teatral puede asistir a una representación justamente para estudiar lo que hay de real en el escenario. No es semejante entonces a los demás espectadores, que han venido a ver algo irreal; pero estos son los consumidores; el otro, el técnico, es un conocedor que no consume, un catador que escupe y no traga. . . Aunque la comparación no tiene ningún valor, puesto que los espectadores-consumidores tampoco tragan nada. No vienen para que se los engañe. A decir verdad; tampoco se engañan con espectáculos muy diferentes —con los ilusionistas, por ejemplo—. ¿Quiere decir entonces que van al teatro para asistir a una situación ilusoria de la cual no participan?

Existe sin embargo la idea, flotante, inexistente de fijar (en todo caso ha existido durante largo tiempo) de que el teatro debe "dar ilusión", más o menos. Probablemente a que así "deba" ser, y a que no sea así en los hechos, responda el gusto con que suele contarse la historia del ríctico o del pueblerino que por primera vez asiste a una representación de

* Comunicación presentada en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. *La Psychanalyse*, nº 5.

** En nuestro medio, más que el condicional los niños utilizan el imperativo.

ese momento, tendría un papel propiamente simbólico. Sería totalmente algo así como la gran negación, el símbolo de negación, que hace posible el retorno de lo reprimido bajo su forma negada. Evidentemente, es arriesgado querer buscar demasiadas precisiones por este lado, pero se advierte cuán lejos estaríamos de una ilusión que fuese la presentación de algo falsamente. Puesto que esa ilusión nunca es, por cierto, nuestra ilusión, sino siempre —extrañamente— la de otro espectador que no sabemos donde situar.

Es más fácil comprender ahora, de qué manera aquéllo que, muy a la ligera, se ha dado en llamar la imitación de la realidad en el teatro, ha sido siempre, aunque no se lo sospechara, una pura cuestión de convenciones. Que se supriman los decorados o los disfraces, que se recite el texto o que se lo represente, no hay mayor diferencia. Cuando Antoine quería obrar de manera más "real", trataba sencillamente de inaugurar un estilo, una moda incluso, sin importancia y transitoria.

Sin embargo, no acontece lo mismo en cuanto nos alejamos del teatro propiamente dicho. Las escenas de posesión, tal como se las puede ver en Haití, o mejor aún en Etiopía, donde Leiris estudió sus "aspectos teatrales", nos hacen ver algo más. Parece que las personas sujetas a estas crisis de posesión podrían dividirse, *grosso modo*, en tres categorías. Las primeras presentan un trastorno psíquico, un síntoma, que al mismo tiempo, como todo síntoma, es un intento de curación. Otras, más o menos voluntariamente, representan el síntoma, lo convierten en un papel, identificándose de manera más o menos consciente con otros procesos. Resulta difícil distinguir una de otra estas dos categorías. Por último otros —digamos que son los posesos profesionales— parecen simplemente atenerse a ritos y observar convenciones. No obstante, no existe crisis de posesión, por muy "sinceramente" sintomática que sea, que no obedezca a ritos, que no tenga su significación. Siempre se reconoce el *Zâr*, y se le da su nombre. A la inversa, no hay conjunto de ritos y recetas, siempre y cuando sean suficientemente bien ejecutados, que no despierte de algún modo lo imaginario y remita al síntoma. A estas crisis representadas, Leiris las considera más teatrales que las demás, y no estaría lejos, me parece,

de considerarlas un poco como imposturas. Cuando lo único que permanece es la ilusión teatral, habría en cierto modo impostura.

Porque allí, ante un público que cree en los *Zâr* (un público que es en la ilusión, muy distinto del espectador de teatro), y a no se sabe dónde termina ni dónde comienza la impostura, ni dónde el puro espectáculo. Para que haya puro espectáculo, es preciso que lo imaginario esté en cierto modo acantonado en su lugar de imaginario. Mientras que hay impostura si el actor es un actor, es decir un simulador; a menos que, como en el teatro, se dé (tácitamente) por tal.

Cuando lo imaginario prevalece, cuando no nos contentamos con nombrar al *Zâr*, o con representarlo en ausencia, sino que está allí, ya se trate del síntoma —y un síntoma, de todas maneras, no siempre es reductible a un papel, aunque nunca esté muy lejos de serlo—, en ese caso el espectador es atrapado de una manera muy diferente. Puede ver en ello algo teatral, pero como veremos más adelante, sólo metafóricamente. Sin embargo vemos ya adónde pueden llevarnos nuestras reflexiones. No hay nada más fácil que demostrar que el espectador de teatro está en la ilusión, así como no hay nada más fácil que demostrar que se identifica con los personajes. Lo difícil es demostrar cómo y por qué esta no es una ilusión como las demás (no se trata de engañarse o no), y también será problemático el mostrar por qué la identificación en el teatro no tiene radicalmente nada en común con la identificación histérica. En su comentario sobre *The Turn of the Screw* (*Otra vuelta de tuerca*), Henry James, de manera bastante enigmática, opone una "credulidad sin arte ni medida", una "credulidad conscientemente cultivada", que es precisamente la que cultiva el artista. (*The Turn of the Screw* es un relato donde se plantea la cuestión de la creencia en aparecidos.) Esta frase de James me hace pensar que, en sus reflexiones sobre su arte, tropezó con un problema bastante similar al que nosotros encontramos en el teatro. Pero esa credulidad conscientemente cultivada no es de ningún modo una credulidad; es, en virtud de las convenciones, en virtud de lo simbólico, una especie de recuperación de lo imaginario.

Para poder reconquistar y organi-

zar lo imaginario, es preciso ante todo ir a buscarlo donde está, por el lado del agente del sueño, lo cual sólo puede lograrse recreando artificiosamente la confusión, supuestamente original, entre lo real y lo imaginario; y ello puede hacerse mediante un procedimiento de negación.

Confusión que Corneille, en *l'illusion comique*, nos muestra todavía bastante mal: sugiere que el teatro podría tomarse por la vida real. Nosotros, que somos precisamente espectadores de su obra (que no se representa a menudo), que somos presa de todo cuanto puede tener de auténtico la ilusión cómica, sabemos muy bien que, justamente, no se trata de eso, puesto que, a diferencia de Pirandello, estamos en el secreto. Mejor lo muestra Pirandello. Por ejemplo, en *Questa sera si recita a soggetto* (no es una de sus mejores obras, precisamente porque el afán de explicar es demasiado claro) la muerte del padre es representada como teatral, quiere ser teatro como tal. El actor, que aparece como un actor, entra, cubierto de sangre, para lamentarse de que le hayan malogrado su entrada; no quiere seguir actuando, es decir, no quiere "morir". Se le ruega que de todos modos lo intente. Lo intenta, pero le viene un ataque de risa. Entonces se enfada, explica que sin embargo había preparado bien su parte, y nos dice cómo la hubiera representado; hubiera juzgado su destino, su posición en la vida, y ya no se llega a discernir el rencor del personaje que malogró su vida del propio del actor que malogró su entrada! Sin embargo, la "ilusión cómica" está presente. El actor no tiene más que dejarse caer para mostrarnos como *moriría* (si su entrada no se hubiese malogrado) y quedamos tan sobrecogidos como ante cualquier muerte de teatro. De teatro, es claro. No como ante una muerte real. Contrariamente a lo que quería hacernos imaginar Corneille; es una muerte de un orden muy distinto! La ilusión cómica subsiste cuando la muerte es presentada en cuanto papel por representar, y en rigor de verdad ello no puede ser de otro modo. Siempre fue así, porque siempre sabemos que hay un juego (una actuación); Pirandello no transforma el teatro, sino que nos revela uno de sus aspectos, un aspecto esencial que, por así decirlo, se nos ocultaba. (Sabemos perfectamente bien que Pirandello

dello utiliza un artificio: lo que tomamos por el actor es ya un personaje, el verdadero actor está detrás — pero esto quiere decir sencillamente que lo que Pirandello nos presenta sigue siendo teatro y no otra cosa). En todo caso, lo que Pirandello nos demuestra es que la instancia del yo, cualquiera que sea, que se encarga de decirnos "esto es verdadero", "esto es falso", "esto es real", "esto es irreal", no tiene en el fondo como ya lo vimos en otro contexto ninguna jurisdicción en el interior de esa otra instancia que es la del sueño, donde el problema de la distinción entre lo imaginario y lo real no se plantea. Y, por lo tanto, tampoco el de la ilusión. Lo imaginario parece ser, en última instancia, algo así como la sombra proyectada de los simbólicos (pero una sombra proyectada de la que solo los psicóticos pueden prescindir. . .)

Entre los escritos analíticos, clásicos, no hay muchos referentes al teatro. No cuento como tales los trabajos que analizan el contenido de una obra, como las interpretaciones de *Edipo Rey* o de *Hamlet*, por ejemplo, porque poco cambiarían si solo se tratase de interpretar el mito de Edipo o la historia de Hamlet, sin considerar la forma teatral. El principal estudio sobre el teatro en cuanto teatro sigue siendo, probablemente, el artículo de Freud de 1906, y que sólo se publicó en 1942 (en inglés)¹.

No obstante, el teatro no está ausente de los diversos escritos que tratan otros problemas. Por el contrario, la adopción de expresiones, las comparaciones y las metáforas que constituyen alusiones o referencias al teatro son muy numerosas. Se puede decir que con mucha frecuencia Freud compara la vida psíquica en su totalidad con un teatro, su escenario, sus bambalinas, sus personajes. En *Más allá del principio del placer* (1920) Freud habla del niño que juega a *fort und da* en términos que lo convierten en director escénico y en espectador del más rudimentario teatro de marionetas. E inmediatamente después, cita expresamente la tragedia, para aclarar un aspecto del juego del niño: en ambos casos se trata de juegos

capaces de volver agradables experiencias en sí mismas penosas. Pero como lo que se propone es, precisamente, ir más allá de lo agradable, interrumpe estas consideraciones, no sin antes expresar la esperanza de que algún día estos problemas puedan volverse a tratar mediante un "sistema de estética capaz de abordar el problema desde un punto de vista económico". Su intención es dar una respuesta al problema, no tanto del placer que se experimenta en el teatro, cuanto del placer que puede experimentarse frente a la representación de situaciones penosas — tal como puede presentarse en el teatro.

En el artículo de 1906, ya había intentado hallar una respuesta parcial a esta cuestión, planteándola del siguiente modo: ¿cómo se puede experimentar placer viendo representar en el escenario personajes psicopáticos? Su respuesta es que el espectador se beneficia con una economía de esfuerzo al tomar conciencia de pulsiones que ya no necesita reprimir, y agrega que, por otra parte, el dramaturgo debe, no sólo favorecer esa liberación, sino al mismo tiempo reforzar la resistencia². Pero antes de dar esta respuesta o esta conclusión puramente económica, es decir, donde no se trata sino del equilibrio de las cargas y contra-cargas, Freud había planteado el problema en términos muy distintos, que difícilmente podrían reducirse a un punto de vista económico.

El teatro, dice, es el hábitat del juego y tiene su misma función.

Los niños son demasiado peque-

ños y juegan a hacer lo que hacen los adultos. Lo mismo acontece en el teatro. El espectador es un niño que tiene una vida demasiado pequeña, no le sucede nada importante, la verdadera vida está en el lado, y si el niño desea ser adulto, a su vez, desea ser niño. El teatro permite al espectador identificarse con un héroe (es decir, como luego lo precisaremos, se trata de una identificación en el nivel del ideal del yo), y ello se podrá hacer en el teatro con toda clase de ventajas: economía en cuanto a los temores y peligros del verdadero heroísmo, satisfacción consiguiente de saber que eso es un juego, y satisfacción de saber que es otro quien sufrirá por ello.

Este texto sitúa claramente el origen del teatro en el aburrimiento. (El espectador es alguien a quien no le ocurre nada). Algunas obras comienzan hábilmente con la pintura de ese aburrimiento; *Fantasio*, por ejemplo, se inicia con una verdadera inducción; una maniobra para solicitar la identificación de parte del espectador; a él nunca le sucede nada, quisiera ser ese "señor que pasa", a quien, quizá, le suceden cosas interesantes, y, para terminar, asumirá un papel y un disfraz, se identificará con el bufón del rey. Sin embargo, *Fantasio* no es un héroe, es, como el espectador, alguien que procura, sin mayores riesgos, aparentar, alguien que necesitaría ser un héroe, y, sin que llegue a serlo, le sucederán cosas interesantes. A decir verdad, resulta cada vez más claro, desde la época en que escribía Freud, que no es esencial, para que haya teatro, que exista héroe. El ideal del yo está cada vez menos en juego, y es el yo, a vezmenza del soñante del que habla Deleuze (citado aprobatoriamente por Freud en la *Traumdeutung*), "quien representa a voluntad el papel de los locos y los cuerdos", ya en el teatro como en el sueño.

El lugar de lo imaginario es el yo, no el yo de los comienzos de la teoría freudiana, encargado de asegurar la adaptación a la realidad. Es, por el contrario, el yo del narcisismo, el lugar de los reflejos y las identificaciones³. Es allí donde estará

¹ *Standard Edition*, VII, p. 305. Personajes psicopáticos en el teatro D.C. vol. IV.

² Evidentemente la identificación con el personaje como tal forma parte de nuestras defensas. Si no fuera así, ninguna comedia sería posible. Sería una gran ingenuidad intentar suprimir toda defensa; si se elimina una, otra la reemplazara inmediatamente. La forma en que Mallarmé interpreta Hamlet (el príncipe es nuestra juventud que se mantiene inalterable en nosotros — "no puede devenir" — y simultáneamente Polonio nuestra semiterna vejez) elimina al máximo el personaje escénico; el error de los actores de la Comédie-Française (en 1885) consistía — Mallarmé nos lo hace ver — en querer darle una excesiva importancia. Simple cuestión de estilo. Pues si las *dramatis personae* logran, como lo desea Mallarmé, convertirse en los símbolos de nuestro drama íntimo, no por ello son menos imágenes del Yo, que forman parte de nuestras defensas narcisísticas. Si el estilo se vuelve didáctico, o agresivo, nos vemos, claro está, en la necesidad de defendernos de otra manera, pero nunca menos.

³ Este Yo es el lugar de todas las identificaciones preferidas y posibles. Los novelistas y los dramaturgos lo han sabido siempre.

situado el único teatro "prototipo de todo el resto", del que habla Mallarmé, "el teatro de nuestro espíritu". Es en todo caso el lugar de la manifestación de todo personaje y de toda figuración. En el teatro, las otras instancias le están subordinadas. Por ejemplo, el superyó será el superyó de algún personaje. No se llega a personificarlo, a darle forma humana: es la estatua del Comendador, más máquina que persona, o en rigor el fantasma de Hamlet. Un manequí serviría mejor. Para evocar el superyó, el teatro debe aproximarse peligrosamente al *guignol* — peligrosamente a causa del peligro de hacer reír —. ¿Y quién sería lo bastante psicótico para identificarse con la estatua del Comendador? Hay aquí además una indicación vaga, y adivinamos que el *guignol* es un teatro de una época en la que el superyó no estaba aún nítidamente constituido como instancia aislada. Hay algo infantil, que se percibe como tal, en el hecho de representar en el escenario a la estatua del Comendador.

Sin duda alguna, el teatro puede presentarnos el ideal del yo, (no tan bien, hoy en día, como otros espectáculos: los espectáculos de aventuras las películas con vedettes, etc.). Pero desde el momento en que el héroe ya no es necesario, en que basta con el personaje, ya no nos parece esencial mencionar el ideal del yo. Por lo demás, la noción de personaje es de origen teatral; muchas de las primeras novelas sin héroe, y por lo tanto de personajes, son novelas cómicas, y cuando Balzac se vio a sí mismo ante todo como inventor de personajes, dio a su obra el nombre de *La comedia humana*.⁴

Es difícil decir por qué, en nuestros días, las cosas no son tan claras cuando se trata de la identificación con un héroe. Hay en ello un cambio histórico, una modificación de la personalidad típica de la época, de la personalidad "básica", y esta modificación parece haberse producido justamente en las relaciones del yo con el ideal. Sería necesario discernir la psicología del honor. Yo no me arriesgaría a ello. Hubo un tiempo en que todo París tenía para Rodrigo los ojos de Jimena, lo que es una

manera — tal vez — de expresar que no se identificaban directamente con Rodrigo, que Rodrigo seguía estando de alguna manera separado — como el ideal —.

Hoy en día, a este papel del héroe le falta profundidad (las profundidades están del lado del yo; el ideal, en cambio es más bien plano, como una pintura). No hay en nuestros días ninguna manera de eludir esta desagradable opción: o bien uno se cree Rodrigo (cuidado con el ridículo), o bien se lo elige como papel y se lo representa, lo que tampoco es soportable y revela en forma demasiado clara una propensión megalomaniaca a las fanfarronadas. Esta dificultad, bajo una apariencia por cierto diferente, existía ya en tiempos de Corneille, pues en el mismo año se crearon el Cid y Matamoros (justamente en *l'illusion comique*). Matamoros es el que se identifica con el Cid; y ¡qué peligroso debió ser representarlo! ¡cuánto habrá tenido Corneille que cargar las tintas de esta caricatura, para que hoy en día la obra sea difícilmente representable! En aquel entonces había quizás entre el público más fanfarrones que hoy.

Pero consideremos todavía, en una obra antigua, un "héroe" — o un antihéroe — con quien no correríamos, al menos en apariencia, el riesgo de identificarnos. Tomemos a Tartufo. ¡No se podría decir, es claro, que todo París veía a Tartufo con los ojos de Orgon! No anhelamos, por cierto, vernos en Tartufo. Pero, como papel, Tartufo es en rigor tentador, y en ciertas condiciones, podemos hacer de Tartufo, mucho mejor, en todo caso, que como podríamos hacer de Cid. Samuel Cramer, en la *Fanfarría*, adopta conscientemente el papel de Tartufo. También Valmont, en *Las Relaciones peligrosas*. En *Il piacere dell'onesta*, Baldovino asume un verdadero papel de Tartufo, y los espectadores se identifican con él con toda naturalidad, justamente porque Baldovino no es Tartufo, sino que lo representa. Baldovino lo representa, naturalmente, de la manera más equívoca, y hasta llegamos a temer que lo sea en realidad, o que se convierta en Tartufo, y temblamos sin cesar con el peligro de que, o bien la identificación se rompa

en nosotros en un impulso de virtuosa indignación, o, de lo contrario, de que la identificación, si subsiste, nos revele, horrorizándonos, qué especie de Tartufos podríamos ser nosotros mismos. Llegamos de este modo a un punto en el cual captamos una suerte de posible alternativa entre la identificación y la proyección. (En el teatro la proyección es, seguramente, una identificación rechazada). Tartufo no es un personaje con el cual aceptemos identificarnos; nos invita a proyectar. Pero, cosa singular, podemos identificarnos con alguien para quien la tartufería fuese un papel. En ello estriba la diferencia entre el héroe y el personaje de teatro. El héroe es un ideal, el personaje es uno de los innumerables papeles del yo. Ni el héroe ni el personaje son alguien, ni están dados por tales. El actor no es un ilusionista. Pero el héroe y el personaje ocupan en las estructuras del yo lugares diferentes.

Pero, ¿qué es un papel? Comencemos por considerar un elemento importante: el disfraz. En *l'illusion comique*, el mago — cito la indicación escénica de Corneille — "corre un cortinado, detrás del cual se exhiben los más bellos atavíos de los comediantes", y declara a Pridamant:

Jugez de votre fils par un tel équipage.

Eh bien, celui d'un prince a-t-il plus de splendeur?

Et pouvez-vous encor douter de sa grandeur?

(Juzgad a vuestro hijo por estas vestiduras. Decid; ¿tienen acaso las de un príncipe más esplendor? ¿Y podéis todavía dudar de su grandezza).

Pridamant responde, con sensatez y modestia:

Mon fils n'est pas d'un rang a porter ces richesses. . .

(Mi hijo no tiene rango para vestir tales riquezas. . .)

Y Alcandre, el mago:

Sous un meilleur destin, sa fortune rangée

⁴ El hecho de que este título evoque el del Dante no cambia su significación.

*Et sa condition avec le temps
changée,
Personne maintenant n'a de quoi
murmurer
Qu'en public de la sorte il aime
a se parer.*

(Por un mejor destino su fortuna dispuesta y su condición con el tiempo cambiada. Nadie tiene ahora por qué murmurar si así en público gusta de engalanarse).

Pridamant, claro está, no comprende que ese cambio de condición se debe a que su hijo se ha convertido en comediante. Pregunta ingenua (y significativamente):

*Mais parmi ces habits, je vois
ceux d'une femme.
Serait-il marié?*

(Más, entre estos ropajes, veo los de una mujer. ¿Se habría casado?).

Desde el punto de vista, el teatro permite, por medio del papel, del disfraz, lo que no permite la vida. Pero lo permite al actor. "Nadie tiene por qué murmurar" si el actor se pone en una condición que no es la suya (gran personaje o personaje de otro sexo). Pero entonces yo, espectador, no puedo olvidar nunca — en el nivel del yo, dejando de lado el ideal — que no voy al teatro para ver cómo se es rey con el asentimiento de todos, sino cómo, con el asentimiento de todos se simula serlo. Si soy histérico, puedo optar entre convertirme, de otro modo, en el Rey o en el actor, o en ambos. Pero si soy un simple espectador del teatro, no soy actor, no soy rey; también aquí es otro quien puede serlo, y si el teatro pone en cierto modo en movimiento mis capacidades de identificación y las libera, al mismo tiempo — por sus convenciones, por su institucionalización —, fortalece las protecciones y las defensas.

"Se había levantado el telón, y yo esperaba todavía". Es decir, que la obra había comenzado y el aburrimiento persistía; como si no se hiciera teatro para suplir por una vida mejor o más grande una vida demasiado pequeña, (como dice Freud poco más o menos), una vida en la que no pasa nada, sino para producir sucesos de una naturaleza muy diferente, por el hecho de que

no se producen sino en la parte imaginaria del yo; y por lo demás no hay duda de que el teatro se hace por eso. Y no es necesario para ello que haya confusión con la realidad. Al contrario, es necesario que esa confusión se excluya. Por eso los histéricos no son los mejores espectadores, aunque quizá sean los más sensibles. . .

Una confusión de esta índole no siempre puede evitarse, en forma emotiva. Por ejemplo en *Hamlet*, el Rey y la Reina no pueden asistir al asesinato de Gonzago con el desapego que conviene a un espectador.

Esta situación que crea Hamlet, al introducir en forma tan reveladora el teatro en el teatro (en esta duplicación están prefigurados todo el pirandellismo y muchas otras cosas), esta experiencia shakesperiana es extraordinariamente rica en enseñanza.

Hamlet ha comenzado por identificarse con un actor. Cuando queda solo, bajo el efecto de esta identificación, se repliega sobre sí mismo y tiene una verdadera crisis de histrionismo: se hace el sólido razonamiento de que si un comediante profesional, por una reina (Hécuba) a quien no conoce, es capaz de tener lágrimas en los ojos, entonces él, Hamlet (sobrentendido: por otra reina), debería anegar la escena con su llanto, desgarrar los corazones, enloquecer al culpable, etc.

Pero se recobra: ¡Qué asno soy! ¿Soy acaso un comediante para contentarme con el juego teatral? Cambiando de lugar, no es ya quien representa sino quien hace representar, el maestro de ceremonias, y es entonces cuando imagina hacer de la obra *the mouse-trap*. A partir de ese momento, denuncia insidiosamente el teatro como artificio. No hay nada que temer, dice, se actúa por fingir, (*in jest*), además todo esto ocurrió hace mucho tiempo, etc. Ya no es más espectador, se ha convertido en el observador del Rey, porque el Rey no actúa. (No está previsto que deba actuar). Sin duda, el teatro se emplea así para fines que no son los suyos, se trata de una especie de prueba para distinguir lo verdadero de lo falso, pero esta experiencia nos confirma su carácter ternario.

Al mis no tiempo, y aquí es donde es preciso llegar, hemos visto el accidente que se produce antes de

que se constituya ese carácter ternario: la crisis de histrionismo en que cae Hamlet. (Para Shakespeare, se trataba tal vez de un problema de técnica, es el año en que los Niños de la Capilla hacen la competencia al Teatro del Globo, pero el recurrir a este punto de la historia del teatro no disminuye para nada el interés de este análisis; al contrario). En ausencia de la estructura ternaria no constituida aún, mientras Hamlet está frente al comediante como frente a un espejo, Shakespeare introduce en el teatro otra forma de lo teatral, a la que conocemos muy bien, es precisamente la que podemos encontrar, no por lo general en el escenario, aunque se la encuentre allí — la prueba —, sino en la neurosis. Y, desde luego, no es del todo lo mismo. El papel asumido en forma histriónica no está destinado a poner en movimiento libremente, — y tan solo en la *escena psíquica* —, las imágenes que el yo mantenía en reserva, sino sostener a todo trance una imagen de sí mismo a la que hace pasar falazmente — ante sí mismo y ante los demás —, por verdadera o real. Sabemos con seguridad que quien dramatiza de este modo el amor, por ejemplo, no está seguro de amar; quisiera estarlo, y quisiera que los otros, o el otro, lo ayuden también a estar seguro. Quien representa trágicamente los celos tiene mucho miedo de acusarse — o de que lo acusen — de no ser suficientemente celoso. Es el actor de su propio personaje, pone en su papel su propio valor narcisístico, y se pone frente a su espectador como frente a su propio reflejo. En cambio, la óptica escénica, el papel teatral, como hemos visto, introduce una estructura equilibrante — los análisis de Leiris estarían orientados en este sentido —; y esto confirma la observación de Freud: el teatro no sólo debe tener efectos de liberación psíquica, sino también *consolidar nuestras defensas*.

Durante un tiempo, Hamlet actúa tanto más dramáticamente su propio personaje cuanto que sus sentimientos de venganza estén menos afirmados, como nos lo revela en forma bastante clara la continuación de la obra; pero el estilo declamatorio, el histrionismo representado en la escena parecen tener su lugar en el teatro, e incluso cumplir una función. No sólo porque se puede poner en escena un carácter histriónico,

como cualquier otro carácter, sino también porque el público puede desear ver frente a él a alguien que represente su drama y declame su pasión como él — el espectador — se siente capaz de declamar, si no la suya, al menos la que sueña mostrar a los demás como un papel. Diría que lo teatral neurótico no es una imitación, una copia del teatro tal cual se lo representa, sino que sigue habiendo teatro cuando se presenta en éste, como un papel, teatral. Quiero decir que el teatro puede integrar lo teatral espontáneo de la pasión y la neurosis, y que no es necesariamente aquel el que proporciona el modelo. Hasta se puede formular, casi con certeza, la hipótesis de que, como en las observaciones de Leiris, el teatro se origina en parte en lo teatral espontáneo.

Hasta ahora he hablado del teatral casi como si descuidase el hecho fundamental de que los actores representan personajes que hablan. Pero no lo he descuidado, eso es imposible; en lo que he dicho, la presencia del lenguaje está siempre sobreentendida. Me parece, empero, que los problemas relativos al lenguaje no se plantean especialmente como tales en el teatro. Los actores recitan sus papeles, de manera que parezca que hablan *como se habla*. Tienen parlamentos que les son atribuidos como máscaras; exactamente, como papeles. De este modo, la cuestión del lenguaje sólo se plantea en forma tan radical, y por sí misma, en la pantomima, donde justamente porque nada se dice, no se escucha sino eso.

Imaginemos una escena de teatro muda, como las hay. No es para nada una pantomima. Por ejemplo, un personaje de Labiche: ha entrado solo en un salón, no sabe cómo desembarazarse de su sombrero, luego se dedica a examinar uno tras otro los cuadros colgados de las paredes, para fingir que hace algo. Es una escena. Puede ser cómica si algo nos permite reconocernos en ese personaje, y si la identificación se rompe bruscamente y restituye una parte de nuestra libido a nuestro narcisismo amenazado. O bien si hay un elemento satírico o caricaturesco.

La misma escena es diferente en una pantomima. Para empezar, no hay sombrero, ni tampoco hay cuadros. El actor no es ya tan mudo, puesto que su juego consiste en suge-

rir algo que no está, del mismo modo en que se lo sugiere cuando se habla. O bien nos da a leer lo que hace. La ilusión en este caso es ambigua. Se creería ver un sombrero, más si se viera un sombrero, ¿dónde quedaría el interés de la escena? Para que ese interés exista, es preciso que se vea que no hay sombrero. En la escena muda, el sombrero se ve, no necesita ser expresado ni leído. El interés es otro.

Cuando el actor habla, su parlamento forma parte del personaje, y es a éste a quien pertenecen los efectos de lenguaje. Si, por ejemplo, hace juegos de palabras, buenos o malos, es porque es un personaje que hace juegos de palabras, buenos o malos. De lo contrario, se dice que son *palabras del autor*, es decir, que ya no es más teatro. Advierto muy bien en qué consiste la dificultad. Cuando veo las cosas de esta manera, me siento llevado inevitablemente a hacer del personaje *una imagen que habla*, y, más aún, que habla una *imagen de palabra*. Pero esto no es tan simple. Los personajes no hablan para no decir nada, no cuchichean. Los sonidos que pronuncian tienen un sentido, y habría que ver cómo articular ese sentido con la imagen.

En el estudio del sueño, Freud nos advertía que las palabras que figuran allí no son verdaderas palabras, sino la repetición textual de palabras realmente pronunciadas. Al leerlo, diríamos que llegó a ese resultado por medios empíricos, estadísticos, pero es poco probable; ello es consecuencia de concepciones teóricas relativas al papel del preconscious.⁵ En todo caso, el actor recita textualmente, y lo escuchamos como tal. En una representación de *Enrique IV*, Jean Vilar se equivocó de nombre una vez. En el momento en que quiere demostrar que nunca ignoró nada de la comedia que se le hace representar, Enrique IV da sus nombres verdaderos a los consejeros secretos, y debe decir a Landolfo: "Tú te llamas Lolo". Ahora bien, Jean Vilar se equivoca y dice: "Tú te llamas Franco". Con toda naturalidad el actor que desempeñaba el papel de Landolfo, buen improvisador, corrigió el error diciendo, en el tono del personaje: "No, Lolo". Esto hubiera podido formar parte del texto.

⁵ Véase, p. ej., *Métapsychologie du rêve* S.E., p. 228. Adición Metapsicológica a la teoría de los sueños - O.C. vol I.

Por ejemplo, Enrique IV quiere demostrar que sabe el nombre de Landolfo, pero comete un ligero error, y Landolfo, convencido ya, apabullado, iconfiesa! En realidad, eso no está en el texto. Jean Vilar-Enrique IV respondió: "Pero es claro, Lolo", con una sonrisa muy especial que, por un breve instante, no se supo si era la de Jean Vilar o la de Enrique IV. De parte de Enrique IV, esa sonrisa quiere decir: Qué imbécil eres si crees que puedes ocultarme tu nombre. De parte del actor: Qué ingenuo eres al corregir un lapsus del que nadie se hubiese percatado. Por un instante, el papel recitado — la máscara verbal — se ha confundido en forma muy ambigua con el parlamento, o hubiera podido confundirse con él, no porque hubiese improvisación (la improvisación no modifica la esencia) sino porque la improvisación de Lolo: "Usted se ha equivocado de nombre" va, para quienes no conocen el texto, dirigida a Enrique IV, y para quienes lo conocen hubiera podido estar dirigida a Jean Vilar. Y si pensamos que está dirigida a Jean Vilar, ¡qué error entonces de parte de Landolfo! ¡La máscara, en lugar de ser reajustada con destreza, caería! Lo que por otro lado es interesante, desde el punto de vista de la psicología del actor, es que esta improvisación es fácil si, como se dice, el actor se siente cómodo en su papel. Pero esta es otra historia. El actor es dominado por su papel del mismo modo, o *un poco* del mismo modo, en que el poseso es poseído por su Zar. El que los gestos y parlamentos del papel tengan el poder de continuarse, si es necesario, en improvisaciones, en creaciones que se integran al propio papel, como en la *commedia dell'arte*, es un hecho bien conocido que, me parece, nos indica cuáles son los recursos misteriosos de las tiendas de lo imaginario, donde volvemos a encontrar las mismas fuerzas que actúan en el sueño y en las actividades creadoras. Pero todo esto lo veo sobre todo como el nudo de problemas todavía oscuros. *El papel dirige al actor un poco como el fantasma se revela en las actitudes.*

Al hablar del teatro, quizá sea necesario decir una palabra acerca de los otros espectáculos que, aunque se le parecen, son sin embargo absolutamente distintos. Algo he dicho ya del *guignol*, espectáculo para una edad, o para un nivel de la personalidad, en la que el superyó no es una

instancia separada. El pequeño espectador aprende a liberarse, a distanciarse de las figuras más o menos perseguidoras de su fantasía. Es un hecho notable, que habla elocuentemente acerca de la importancia de las técnicas, que la posición del espectador se transforma desde que los títeres accionados a mano son reemplazados por marionetas movidas por medio de hilos. Tiende a identificarse con el empresario, se transforma en demiurgo, manipula juguetes, muñecos, que son tal vez sus hijos. . . ¿No será que los títeres dan la sensación de estar en cierto modo ligados a los poderes demoníacos, y que por eso traen consigo un algo de terror y maleficio, mientras que las marionetas, aéreas, parecen sugerir más bien una atmósfera de cuentos de hadas?

Otro espectáculo, el circo, difiere del teatro, porque la muerte siempre está presente, siempre recordada, en el riesgo que desafían los acróbatas y domadores. Los "actores" que corren semejante riesgo deben necesariamente, para hacerlo, estar presentes, desde el momento en que son ellos mismos, sin que se interponga ningún papel. Los payasos, en cambio, no corren peligro de muerte, y, al amparo de un papel ridículo, están allí para subrayar la gravedad del peligro y al mismo tiempo para hacerlo olvidar. De este modo el circo se presenta como la verdadera vida de sus actores, sin nada más, sin una vida social fuera del circo, sin personalidad disfrazada. En la primera versión de *Lola Montes*, el circo simboliza, y con justa razón, no que se desempeña un papel, sino que ya no se tiene más vida privada. En el circo, no se es una *vedette*, se es un gladiador o un animal extraño.

En este caso, el cine es lo contrario del circo. (A ello se debe el que a tantos espectadores la primera versión de *Lola Montes* les haya parecido difícil de tragar). Allí el papel está tan separado del actor (a la manera, cabe decirlo, de una película) que el público está condenado a buscar al actor más allá, en tanto estrella: no estrella del espectáculo, en el que no está, sino estrella en su vida de estrella. El efecto del papel no es el mismo que en el teatro, y ello se percibe en el hecho de que el espectador, si se identifica con el personaje, siente la tentación de desempeñar el papel en serio, en la vida real. Diríamos que la ausencia del actor, en su realidad, tiene por efecto dar a

las imágenes del yo la libertad de una mayor emancipación. . .

Hay muchas otras clases de espectáculos; consideremos una más, extrema. En una sesión de strip-tease, no hay ni papel ni identificación. Allí el desnudo femenino se presenta en su totalidad, salvo algo que nunca se da, que no puede darse, y al rehusarlo se hace creer quizá que se pudiera dar. La naturaleza de ese algo que siempre falta hace que sea por así decirlo lo contrario del polichinela turco --Caragueuz-- a quien nada le falta de lo que, en su viaje al Oriente, Gérard de Nerval llama graciosamente "las ventajas más descoliantes de su desenfado". Así, después de haber dado una vuelta, no entera, pero bastante extensa, volvemos al *guignol*. (No he hablado de las sombras chinescas, del ilusionista, de los espectáculos deportivos, los desfiles, etc.). No sería difícil mostrar que en el teatro se puede introducir efectos de *guignol* (véase Ubu), de pantomima, y, en rigor, de strip-tease. Lo cual no impide que el teatro conserve su naturaleza particular.

En las diversas épocas, los efectos teatrales pueden haber estado orientados por el espíritu del momento: hacia los grandes mitos, hacia las religiones, hacia el ideal del yo, etc. Hoy en día, el teatro aparece bajo otra faz. Vemos esbozarse formas nuevas, obras donde el espectador es actuado, en las que se lo remite a su vida, a esa vida que juzgaba demasiado mezquina, a su aburrimiento. Empero, en la más difundida de sus formas actuales,⁶ lo vería de este modo: las demandas de los instintos y las exigencias del superyó son dejadas de lado. Con el ideal del yo, el espectador no negocia mucho más que el papel en la sala, según la forma en que está vestido, la fila que ocupa, las personas más o menos brillantes con quienes se hace ver. Estos preparativos son comparables, si se quiere, a los preparativos para dormir descritos por Freud; salvo que, en lugar de quitarse los lentes (o la dentadura postiza), lo que se pone a un lado es el ello, el superyó y el ideal (dejándolos si se prefiere al alcance de la mano). Una vez terminados, el espectador, inmóvil en su butaca, está, por así decirlo, estrictamente reducido a los puros intereses del yo, es decir, ante todo, exacta-

mente al aburrimiento. Al aburrimiento en estado puro, al que se experimenta frente al telón bajo. Los espectadores jóvenes no pueden soportarlo, y gritan "que empiece", o golpean el piso con los pies. Los otros lo engañan como pueden.

Cuando el telón se levanta, son los poderes imaginarios del yo los que el espectáculo libera y al mismo tiempo organiza, domina. No sabemos cómo decirlo, pues metafóricamente, la palabra *escena* se ha convertido en el término por el cual se designa el espacio psíquico por donde se pavonean las imágenes. Puede decirse que la escena del teatro pasa a ser la extensión del yo con todas sus posibilidades. Como en el sueño, poco nos importa que estas posibilidades sean sublimes o ridículas, que el soñante de Delboeuf represente a voluntad los locos o los cuerdos, que se trate de nuestros semejantes, de héroes o de fantoches. No iríamos al circo para ver a una vieja trapeicista que tiembla por tener que arriesgar su vida y que, por orgullo profesional, la arriesga en realidad más que nadie a causa de su debilidad. Pero un papel semejante, como todo papel, puede ser llevado al teatro sin mayor dificultad y se puede lograr que nos interese en él. ¿Es necesario decir que podríamos identificarnos con semejante personaje? Si se me contestase que sí, mi respuesta sería muy fácil: este tipo de identificación es tan factible en el circo como en el teatro. Entonces, lo que se produce en el teatro, y no en el circo, es de naturaleza diferente. No se trata de esa identificación. Diríamos que si alguien (un actor) nos muestra que es posible representar a ese personaje como papel, nos revela al mismo tiempo muchas otras cosas: la posibilidad misma de representar un personaje, todo nuestro acervo de papeles imaginarios, todas las vidas que no vivimos, todos los remedios para el aburrimiento; y todo esto nos lo revela ante el público, donde hay, creemos, vagamente, en alguna parte (no se sabe dónde) alguien (no se sabe quién) que debe ser engañado. Quizá sea la parte escondida de nuestro yo, el "agente del sueño".

Sería preciso agregar que en esta perspectiva clara y agradable, que es la del teatro tal como se muestra, sentimos más oscuramente la presión del inconsciente bajo el aspecto de una inquietud especial, en la fuente de nuestro interés, y también ese

⁶ 1957.

sentimiento de extraña novedad, que son parte del *efecto de teatro*, y que acompañan, como se sabe, el retorno no reconocido de lo reprimido. Pero todo esto está dosificado y se diluye poco a poco. Sabemos que todo será explicado. Como dice el valet de comedia citado por Freud: "Todo se pondrá en claro con el correr de los acontecimientos". Además, ya lo había dicho Hamlet: "*Players cannot keep counsel*". Los comediantes no pueden guardar un secreto; lo dirán todo. Se sugiere así que la inquietud y la tensión provocadas por la sollicitación del inconsciente quedarán en última instancia reducidas a cero.

En estas dosis calculadas y tranquilizadoras, con todas estas precauciones, el levantamiento de las represiones —y su reinstauración— producen placer, por razones económicas. Cierto es que ello no conduce a nada. . . . Todo se resuelve por un desenlace *teatral*. Como dice Pirandello, "*non conclude*". Terminada la representación, en cierto modo, despertamos. . .

El placer explicado de este modo, por condiciones económicas, se asemeja a lo que se llama el placer fun-

cional, invocado por Freud para los placeres no tendenciosos. Hay un placer no tendencioso del teatro, por lo menos cada vez que no hay ni sátira, ni héroe. El placer derivaría entonces de la simple facilidad con que las diferentes potencias del yo se ponen en movimiento en lugar de permanecer como fijadas. La economía atañe en ese caso a los esfuerzos de inhibición.

Pero tal vez pudiera aventurarse la suposición de que el placer del teatro tiene también otras fuentes. Si, después de haberla convocado, nos libera de una forma fascinante de identificación, se podría decir que la *teatralización* de la identificación la reestructura, cosa que podemos percibir en el análisis de una histérica, atraída por la práctica efectiva del teatro. Sus papeles constituyen para ella algo así como una colección de fantasmas artificiales, diferentes de los que la tienen cautiva. Aquí nos acercamos al resorte de una catarsis. Aristóteles, al intentar comprender el efecto catártico del teatro, nos ha sugerido, por así decirlo, que el espectador cae en la ilusión. en el sentido de que el teatro provo-

caría, en virtud de un artificio, sentimientos idénticos a los que se experimentarían ante una realidad. Pero el teatro —y es esto en todo caso lo que he intentado discutir— quizá sea, más que ilusión, reducción de la ilusión. Al suscitar, después de haberlos provocado, la piedad y el terror imaginarios, vuelve a situarlos en su lugar (es decir, los confina en la escena del sueño). No hace lo propio con las pasiones (por lo menos en el sentido moderno de la palabra), pues estas poco se preocupan por el teatro. . .

Así, el placer no sería con todo puramente funcional, no se trataría tan solo de gozar del placer de sentir que las diferentes partes del yo se movilizan sin inhibiciones. Ese movimiento fácil llevaría además a una disposición estructural en sí misma satisfactoria, y tal vez habría que contemplar la posibilidad de que ésta sea otra fuente del placer del espectador.⁷

⁷ Acerca de las relaciones, más precisas, entre teatro y locura, cf. el texto que figura como apéndice del presente volumen.

Revista Trimestral

RP

PASADO Y PRESENTE

Pasado y Presente	Tema: el 25 de mayo de 1973
Juan Carlos Portantiero	Clases dominantes y crisis política
Rui Mauro Marini	Chile: ¿transición o revolución?
Antonio Gramsci	Democracia obrera
Charles Bettelheim	Carta sobre Mao

LOS LIBROS, Junio - Julio de 1973

Ediciones LA ROSA BLINDADA

Vo Nguyen Giap: Fuerzas armadas revolucionarias y ejército popular

Mao Tse Tung: Obras escogidas. Tomo I. Coedición con Nativa Libros.

Carlos Marx/Federico Engels: La guerra civil en los Estados Unidos.



ACERCA DE UNA
TEORIA DE LA
INSURRECCION

TEORIA DE LOS PROCESOS
INSURRECCIONALES
CONTEMPORANEOS
EMILIO LUSSU



Colección Ciencias Sociales:

El proceso ideológico
Althusser, Levi-Strauss, Schaff
y otros

Conducta, estructura
y comunicación
Eliseo Verón

Ciencias Sociales:
Ideología y realidad nacional
Eliseo Verón, Alain Touraine
y otros

Teoría de la comunicación
humana
P. Watzlawick y otros

Comunicaciones:

Lo verosímil
La semiología
Análisis estructural del relato
Los objetos
Análisis de las imágenes

Ciencias de la conducta:
Interacción familiar
Bateson, Jackson y otros

Tácticas de poder de Jesucristo
Jay Haley

Trabajo crítico:
Cien años de soledad:
una interpretación
Josefina Ludmer

Introducción a la literatura
fantástica
Tzvetan Todorov

Polémica sobre realismo
Lukács, T. W. Adorno y otros



**EDITORIAL TIEMPO
CONTEMPORANEO**

Viamonte 1453 / Bs Aires.

Ideologías y ciencias sociales

Manuel Castells y Emilio de Ipola

El texto que publicamos forma parte del ensayo "Práctica epistemológica y ciencias sociales, o cómo desarrollar la lucha de clases en el plano teórico sin internarse en la metafísica", Escuela Latinoamericana de Sociología, París, Montreal, Santiago de Chile, 1967-72.

Acerca de los obstáculos epistemológicos de las "ciencias sociales"

Cuanto más inciertos son los baluceos de una ciencia, o de una "formación ideológica" institucionalmente reconocida como ciencia, mayor tendencia existe a garantizar su legitimidad recurriendo a supuestos y a reglas metodológicas generales, concebidas como independientes de las condiciones concretas de existencia de una práctica científica. La llamada "metodología de las ciencias sociales" cumple el importante papel de legitimar la objetividad de un "descubrimiento" por su mayor o menor proximidad a un modelo de procedimiento considerado como el único que merece el calificativo de científico. De esta forma, los cánones de tal metodología se convierten en recetas imperativas, institucionalmente sancionadas, para toda investigación¹ y, consiguientemente, en obstáculos epistemológicos profundamente arraigados, sin cuya superación en la práctica resulta imposible crear las condiciones teóricas para la producción de conocimientos en ese campo.

Algo semejante sucede con los llamados "modelos teóricos"; en este

plano, sin embargo, una cierta diversidad, al menos aparente, es tolerada, por la simple razón de que la filosofía espontánea de los científicos sociales tiende a concebir la práctica científica en los términos de una metodología general abstracta². De este modo, la sedicente pluralidad de los modelos teóricos no es posible más que bajo la estipulación implícita de que todos ellos se subordinen a ese tribunal de última instancia que son las "reglas generales del conocer científico". Pero esta subordinación, lejos de eliminar a los obstáculos epistemológicos del plano de la teoría, los fomenta y los refuerza: es que las "reglas" en cuestión poseen la elasticidad suficiente como para no privar jamás de su respaldo a la "teoría" —de turno— dominante. Tanto los teóricos como los metodólogos se benefician con este pacto de sumisión de los primeros a los segundos: el primado formal que se otorga a la metodología tiene como compensación la garantía que esta última ofrece a la "teoría".

Si bien toda investigación concreta está sometida a la acción de una combinación compleja de obstáculos epistemológicos, la determinación de aquellos que forman los elemen-

tos primarios de toda combinación facilita su reconocimiento. Por otra parte, aún cuando existan diferentes formas concretas de existencia de dichos obstáculos (formas cuyo análisis específico tendrá una importancia práctica capital cuando se trate de superarlas), es posible reducirlas a dos "modelos" epistemológicos generales que obran explícita o implícitamente en la investigación social y que constituyen a su vez otras tantas variantes de un mismo paradigma básico: la *filosofía idealista del conocimiento*. Esta filosofía puede resumirse en tres tesis principales:³

I. Existe una verdad a-histórica que se encuentra dada de antemano en el orden de la "realidad"; basta con extraerla, sin que sea necesario producirla.

II. El Sujeto (cognoscente) y el Objeto (de conocimiento) constituyen los elementos últimos del conocimiento científico⁴.

III. La investigación científica consiste en el establecimiento de una *adecuación* entre el Sujeto y el Objeto de conocimiento. Esta adecuación define a la *Verdad*. Lo cual

1 El terrorismo abstracto se transforma aquí en lugar común; he aquí una de sus formulaciones más frecuentes: "O se aceptan las reglas de método científico, o no se puede discutir".

2 Sin duda esta concepción se relaciona estrechamente con el hecho de que el empirismo constituye hoy el obstáculo epistemológico dominante en dichas "ciencias".

3 Cf. L. Althusser, "Curso de filosofía para científicos", Ecole Normale Supérieure, París, 1967-68.

4 Y, por lo tanto, constituyen asimismo las categorías fundamentales de la filosofía idealista del conocimiento.

puede expresarse esquemáticamente por medio de la "fórmula":

(Sujeto) = (Objeto) = Verdad.

Ahora bien, en el interior de los límites absolutos de esta fórmula general existen determinadas formas típicas que se definen como variantes tendenciales del invariante: (Sujeto) = (Objeto) = Verdad; variantes que subordinan (y tienden en última instancia a abolir) a uno u otro de los términos de la ecuación: (Sujeto) = (Objeto). O sea, retomando la fórmula precedente:

Variante 1: () = (Objeto) = (Verdad)

Variante 2: (Sujeto) = () = Verdad.

La primera variante se conoce con el nombre de *empirismo*; la segunda, con el nombre de *formalismo*.

Por otra parte, estas tendencias se encarnan, en el caso de las "ciencias sociales" en "ideologías teóricas" determinadas (entre las cuales el *humanismo historicista* y el *positivismo* son actualmente las principales) ideologías teóricas que se manifiestan a su vez en esas "formaciones ideológicas" que son las diferentes teorías sociológicas conocidas.

La explicitación de los modelos empirista y formalista, así como el análisis de sus formas de manifestación (en particular en el interior de las ideologías teóricas humanista y positivista), aportan los elementos mínimos (necesarios y suficientes) para desarrollar una crítica eficaz de los obstáculos epistemológicos en el campo de las "ciencias sociales".

El empirismo: obstáculo dominante en las "ciencias sociales"

El empirismo es aquella representación de la práctica científica que, presuponiendo que el conocimiento está contenido en los hechos, concluye que lo propio de la investigación científica es limitarse a comprobarlos, reunirlos y sintetizarlos por un proceso de abstracción que los haga susceptibles de un manejo eficaz (es decir acumulables y comunicables). El "modelo" empirista concibe pues el quehacer científico como un proceso, no de transformación, sino de *purificación* del hecho constatado (del cual se eliminarían

las propiedades contingentes y espúreas), operación que permitiría acceder a sus determinaciones esenciales⁵.

Dicho "modelo" se basa en una "teoría del dato", según la cual lo esencial de la práctica científica consiste en recoger primero, y analizar después, (tratamiento del dato), una información calificada de "objetiva" y pre-existente a la actividad (y a los prejuicios...) del investigador.

Una ilustración particularmente instructiva de esta teoría es expuesta por Johan Galtung en un influyente libro que percurrará como una de las más acabadas formulaciones del empirismo sociológico. Galtung inicia su texto con la tesis siguiente:

"Se obtienen datos sociológicos cuando un sociólogo registra hechos acerca de algún sector de la realidad social"⁶.

Una vez registrados, tales hechos se organizan en la llamada "matriz de datos" en la que se combinan las dimensiones y los valores correspondientes a cada "unidad de análisis" u objeto real de investigación. La operación del registro transforma pues el hecho en *dato*, a partir del cual, y *por inferencia*, es decir por una serie de operaciones lógicas, se obtiene el *concepto*. Las relaciones entre datos, expresadas en relaciones conceptuales inferidas de las primeras, constituyen *leyes* —a condición de que se respeten los principios fundamentales de la *confiabilidad* (precisión en la observación) y de la *validez* (legitimidad de la inferencia del concepto a partir del dato). El proceso completo se presenta finalmente en esta forma: Hecho — Observación — Dato — Relaciones entre datos — Indicadores — Conceptos — Relaciones entre conceptos — Teoría.

Es preciso señalar que lo significativo en este enfoque es la dominación de lo *observado* sobre la "teoría" (la cual en última instancia es sólo combinación de hechos) y no el orden secuencial de las opera-

ciones⁷. Así, por ejemplo, la célebre exposición de Lazarsfeld, mostrando el paso de los conceptos a los indicadores a través de la especificación en dimensiones y la construcción de índices, se mantiene en lo fundamental en la misma perspectiva, puesto que lo que en ella se designa como conceptos es una "entidad concebida en términos vagos que da un sentido a las relaciones observadas entre fenómenos" y que el único criterio posible para establecer la adecuación entre conceptos e indicadores es, en último término, el que "dos índices diferentes e igualmente razonables conduzcan a relaciones semejantes o diferentes entre las variables analizadas"⁸. Lo cual significa que la mencionada adecuación (establecida por medio de lo que Lazarsfeld denomina "operación de validación") no puede ser fundada más que en la interpretación del investigador⁹.

De hecho, incluso en el interior de su propia perspectiva, el empirismo sociológico desemboca sobre contradicciones insalvables. En efecto, si no hay criterios objetivos para probar la validez de la relación entre conceptos e indicadores, ¿cómo establecer la inferencia y, por consiguiente, la interpretación del proceso observado?¹⁰.

7 Se podría llamar "empirismo vulgar" al enfoque epistemológico que, como en el caso de Galtung, no sólo postula la dominación de lo observado sobre la teoría, sino que, además, hace de tal orden secuencial la norma ideal de la investigación.

8 P. Lazarsfeld, "Des concepts aux indices empiriques" en P. Lazarsfeld y R. Boudon, "Le vocabulaire des sciences sociales", Mouton, París, 1965, págs. 27-36.

9 Así pues, el "modelo" empirista desemboca en una primera consecuencia paradójica: la afirmación del primado del Objeto es insostenible sin el restablecimiento subrepticio del Sujeto (solo que, en tal caso, la teoría es reemplazada por la ideología del investigador). Dicho sea de paso, esa "inversión" entre lo que el empirista se figura que hace y lo que hace efectivamente muestra inequívocamente el carácter deformante del "modelo" en cuestión.

10 La carencia de tales criterios objetivos de validación de los indicadores aparece claramente en los trabajos de Bialock, el más consciente de los metodólogos empiristas. Véase en particular "The measurement problem: a gap between the languages of Theory and Research", en H. Bialock y A. Bialock (compiladores), *Methodology in Social Research*, McGraw Hill, New York, 1968, pp. 155-198.

5 La distinción entre la "aparición" y la "esencia" de los hechos es una de las constantes del empirismo. Cf. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*, Ed. Pueblos Unidos, Uruguay, 1966, pág. 103.

6 J. Galtung, *Teoría y métodos de la investigación social* EUDEBA, Buenos Aires, pág. 1.

Por otra parte, la misma lógica de la demostración en el nivel de la experimentación muestra claramente el carácter absurdo de la postulación de relaciones no determinadas teóricamente. En efecto, todo sistema de relaciones exige el cumplimiento de la condición llamada de "cierre del campo", es decir, de la distribución aleatoria de los efectos de las variables no consideradas sobre las relaciones entre las variables estudiadas. Lo cual exige una selección previa de dichas variables orientada por una teoría que justifique la aleatoriedad en cuestión. Queda así excluida la posibilidad de obtener informaciones sin una teorización previa que guíe a cerca del tipo de información deseado y que interprete y articule esas observaciones en los términos del sistema causal que se postula¹¹.

Es que, contra lo que el empirismo sostiene, la teoría no es una instancia accesorio ni subordinada a las operaciones de registro de datos; tampoco es una simple elaboración interpretativa que vendría a coronar el trabajo de investigación; es, al contrario, un medio de producción de hechos científicos que no es posible divorciar de los "datos" (ni subordinarlo a ellos) sin falsear al mismo tiempo la concepción de las etapas y de las reglas de la investigación.

En fin, y sobre todo, ningún registro, ninguna observación es realizable sin una categorización que, si no es proporcionada por una teoría, procede necesariamente de la práctica institucional dominante, es decir de las formas bajo las cuales las ideologías dominantes aprehenden "prácticamente" los fenómenos que se pretende observar¹². La construcción de un lenguaje científico riguroso resulta así imposibilitada —o al menos gravemente dificultada—; y, sin lenguaje científico, no es posible establecer pertinentemente la significación de una covariación constatada, ni precisar sus alcances y sus límites.

En rigor no hay "dato" que no sea construido y, en esta construc-

ción, la teoría juega un papel indispensable y eminentemente productivo. Desconociendo este aspecto decisivo, el "modelo" empirista conduce, no sólo a una sacralización del "dato" sino también a una deformación profunda del funcionamiento de un dispositivo teórico.

El obstáculo empirista influye hoy masivamente en la práctica cotidiana de los investigadores sociales. Importa tratar de explicarse las razones de su persistencia y de su predominio, pese a las abundantes críticas de que ha sido objeto. Estas razones remiten indiscutiblemente al papel cumplido por las "ciencias sociales" en el plano social e institucional. Siendo dichas "ciencias" en gran parte mera estadística social destinada a describir procesos y situaciones sociales a partir de las nociones de la práctica administrativa (es decir, a partir de las representaciones ideológicas mediante las cuales las clases dominantes organizan y conciben su gestión), el empirismo se encarga de legitimarias ensalzando como labor científica su oscura tarea burocrática e impidiendo el cuestionamiento del sistema ideológico que la sustenta. Obstáculo epistemológico, el empirismo es a la vez, arma ideológica de las clases dominantes. Su función apologética en el plano teórico (como respaldo y garantía de las "ciencias sociales") es estrictamente coherente con su función social, a saber: servir los intereses, teóricos y prácticos, de la burguesía.

El obstáculo formalista

El empirismo carece en sentido estricto de enemigos reales en el campo de las "ciencias sociales". Posee, en cambio, lo que cabría llamar un "competidor" (es decir un enemigo ficticio), a saber las diferentes variantes y versiones del "modelo" formalista. Se puede definir a este último como aquel que resulta de la inversión sistemática de las opciones empiristas¹³. Allí donde el empirismo soslaya el momento específico de la construcción teórica, el formalismo tiende a eliminar, o en todo caso a subordinar, el proceso de producción efectiva

(construcción + demostración) del conocimiento de hechos y coyunturas reales.

Se trata en rigor de una doble subordinación, que afecta, por una parte, a las operaciones destinadas a la "realización" del sistema de conceptos teóricos¹⁴ y, por otra, a las operaciones de control empírico de lo concreto así elaborado.

En todas las variantes del obstáculo formalista, al menos uno de estos dos momentos necesarios de la investigación científica tiende a ser excluido, ya sea —primera variante— porque se concibe a la práctica científica como limitada a la sola construcción de sistemas especulativos, ya sea —segunda variante— porque se supone que la mera reflexión teórica es capaz, por las virtudes intrínsecas del rigor y la coherencia lógica, de engendrar proposiciones empíricas cuya evidencia las exime de la necesidad de una confrontación experimental.

La *tendencia formalista* en las "ciencias sociales" se manifiesta en regla general bajo la forma de la afirmación explícita o implícita del primado absoluto de la construcción teórica (y meta-teórica). Conviene subrayar empero que se trata, como hemos dicho, de una *tendencia*; en ese sentido, aún los más acabados representantes del formalismo no dejarán de reconocer verbalmente los derechos de la investigación empírica y de la experimentación, sin desde luego aportar nada en la práctica que vaya concretamente en el sentido de las intenciones declaradas. He aquí algunos ejemplos, tomados de la sociología europea y norteamericana:

El llamado "hiperempirismo dialéctico"¹⁵ de Georges Gurwitsch: se trata de un caso extremo de formalismo teorista, lo que lo vincula a la mejor tradición de la "filosofía social". En rigor, sólo por un uso un tanto abusivo de los términos puede hablarse en este caso de "teoría sociológica": dicha teoría consiste esencialmente en un vasto conjunto de inventarios clasificatorios (para algunos de los cuales se buscará en vano la coherencia de los criterios

¹¹ Cf. R. Boudon, *L'analyse mathématique des faits sociaux*, Plon, Paris, 1967.

¹² Cf. Bourdieu, Passeron, Chamboredon, *Le métier de sociologue*, Minuit, Paris, 1968.

¹³ Como lo indica la fórmula ya citada: (Sujeto) = () = Verdad.

¹⁴ Sobre la categoría de "realización" véase, L. Althusser, "Acerca del trabajo teórico", en *La filosofía como arma de la revolución*, pág. 80.

¹⁵ Denominación un tanto equivocada, por cierto.

axonomícos utilizados¹⁶) sustentado por una filosofía vagamente bergsoniana y —como justamente escribe C. Lévi-Strauss— por “un culto idólatra de lo concreto, tan imbuído, sin embargo, de un sentimiento de reverencia sagrada, que su autor nunca ha osado emprender la descripción y el análisis de una sociedad concreta cualquiera”¹⁷.

Así pues, se comprende que esta “teoría” sólo muy raramente haya orientado una investigación empírica en sociología. No obstante, sería un error inferir de este hecho la conclusión de que se trata de una elaboración especulativa ineficaz y sin consecuencias; no sólo porque los escritos de Gurvitch conservan todavía una influencia importante en la enseñanza de la sociología, sino también, y sobre todo, porque dichos escritos contribuyen en la práctica a legitimar y a alimentar una tendencia particularmente arraigada —y profundamente negativa— en el interior de las “ciencias sociales”: la que consagra y ahonda la separación entre reflexión teórica e investigación empírica, consolidando a la vez la idea de que la mera especulación abstracta constituye en sí misma una producción efectiva de conocimientos sociológicos¹⁸.

La llamada “teoría general de la acción” de Talcott Parsons¹⁹ ofrece una ilustración mucho más prestigiosa, pero no menos típica, de la incidencia del obstáculo formalista. Desde su primera formulación, dicha teoría —en la cual las categorías

clasificadoras desempeñan también un papel de primera importancia— ha propuesto constituirse en fundamento unitario de las “ciencias de la acción” (entre las cuales se incluye por supuesto a la sociología). Mucho habría que decir acerca de esta concepción de la teoría general como “fundamento” de una o varias prácticas científicas²⁰; nos parece sin embargo más interesante —y más probatorio— considerar y evaluar el funcionamiento concreto de esta teoría cuando se la aplica al análisis de procesos sociales.

Particularmente elocuente a este respecto es el estudio que Parsons consagra a la “práctica médica moderna”²¹. Su interés reside esencialmente en que constituye una de las no muy frecuentes “aplicaciones” empíricas de la teoría parsoniana en el dominio de la sociología²². El objetivo de la investigación es trazar un cuadro de las orientaciones de rol que gobiernan la acción de los protagonistas (tanto médicos como pacientes) de la “práctica médica” en las sociedades contemporáneas. Precisemos que el *paciente es, también, un rol*: he aquí el “descubrimiento” fundamental de Parsons.

Tales son los objetivos declarados del estudio. Sin embargo, la lectura más rápida del texto, no sólo disipa totalmente las esperanzas de obtener explicaciones o, al menos, descripciones relevantes acerca del fenómeno estudiado, sino que —y este es su único aspecto realmente instructivo— basta también para poner de relieve una doble incapacidad de la teoría parsoniana:

- a) incapacidad de engendrar (o de integrar en su marco conceptual) proposiciones empíricas no banales;
- b) incapacidad de poner en cuestión los lugares comunes más arraigados

²⁰ En efecto, el mito de la teoría como “fundamento” de la ciencia es ya un índice claro de la influencia del obstáculo formalista.

²¹ Dicho estudio constituye el capítulo 10 de “El sistema social”, Madrid, Revista de Occidente, 1966 (traducción de la 3a. edición de “The social system”, Nueva York, The Free Press Glencoe, 1959).

²² El estudio psico-sociológico de los “pequeños grupos”, así como algunas célebres teorías sociológicas del desarrollo económico son otros conocidos ejemplos de “aplicación” de dicha teoría general. Véase Hoselitz y McClelland.

gados de las ideologías dominantes (a los que, por el contrario, utiliza —ya veremos cómo— y, por ello mismo, justifica).

Se nos permitirá reproducir algunos párrafos de dicho trabajo; dejamos al lector la tarea de decidir si se trata de “ejemplos” de (a), de (b) o de ambos:

“...a salud, casi por definición, está dentro de las necesidades funcionales del miembro individual de la sociedad, hasta el extremo de que, desde el punto de vista del funcionamiento del sistema social, un nivel demasiado bajo de salud (o un nivel demasiado alto de enfermedad) es disfuncional” (pág. 432).

“... Por ejemplo, no se espera del médico, como tal, que tenga un juicio mejor sobre política extranjera o sobre legislación fiscal que el de cualquier otro ciudadano al que se pueda comparar en inteligencia y educación” (pág. 437).

“... Ver a una persona desnuda en un contexto en que esto no es usual, y tocar y manipular su cuerpo, es un “privilegio” que reclama explicación a la vista de estas consideraciones” (pág. 452).

“... El motivo o ánimo de lucro se supone que está absolutamente excluido del mundo médico. Esta actitud se comparte, desde luego, con las otras profesiones, pero está quizá más acentuada en el caso de los médicos que en cualquiera otra, excepto acaso el sacerdocio” (pág. 438).

“... A diferencia del rol del hombre de negocios, este rol (se refiere al de médico) está... colectivamente orientado y no auto-orientado” (pág. 437)²³.

“... la enfermedad tiene que ser definida —en uno de sus aspectos principales— como una forma de conducta desviada...” (p. 476).

Estas citas, a las que podrían añadirse muchas otras, son doblemente significativas. En efecto, por una parte, ilustran la doble incapacidad a que hicimos referencia precedentemente: presentadas en el texto bajo la forma de “es así”, dichas afirmaciones se limitan a amalgamar, con mayor o menor éxito según los casos, lo falso con lo trivial. Desde

²³ Añadimos esta cita a la precedente para que quede claro que la exclusión de motivaciones lucrativas no es —según Parsons— un mero “prejuicio” ideológico vulgar, sino una de las características que define objetivamente el rol del médico.

¹⁶ Por ejemplo, en *Problèmes de la sociologie de la connaissance* (Cap. II, de la sección VII, del “Traité de Sociologie”, publicado bajo la dirección de Gurvitch, Paris, P.U.F., 1963) hallamos la siguiente “clasificación” de los tipos de conocimiento: “1) El conocimiento perceptivo del mundo exterior. 2) El conocimiento del prójimo, de los Nosotros, de los grupos, de las sociedades. 3) El conocimiento de buen sentido o de sentido común. 4) El conocimiento técnico. 5) El conocimiento político. 6) El conocimiento científico. 7) El conocimiento filosófico” (pág. 122). A decir verdad, no es sólo por temor a las paradojas lógicas que nos resistiríamos a situar a esta misma clasificación en la categoría n° 6.

¹⁷ C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, Paris, Plon, 1958, pág. 356.

¹⁸ Todo formalismo se caracteriza por identificar lo que sólo es medio de producción de conocimientos —la teoría— con los productos (conocimientos) propiamente dichos. Lo cual implica necesariamente una falsa concepción de dichos medios.

¹⁹ En “The structure of social action”.

luego, una terminología sofisticada logra a veces disimular ambos rasgos.

Por otra parte —y este punto es capital— tales afirmaciones permiten poner de manifiesto algunos de los mecanismos de "autoverificación" a que apela un cuerpo teórico masivamente dominado por el formalismo. En efecto, por triviales y deforinantes que ellas sean, las mencionadas proposiciones presentan sin embargo un carácter empírico. Por ello mismo, se las debe considerar como una "realización" particular de la teoría general —"realización" que, en este caso, consiste en el tratamiento analítico del objeto concreto: la "práctica médica moderna"²⁴.

Ahora bien, en regla general toda "realización" de un sistema teórico puede ser considerada desde un doble punto de vista o, mejor dicho, como productora de un doble efecto: a) un efecto "directo" que es el conocimiento del objeto concreto analizado; b) un efecto "indirecto" que es el de mostrar la posibilidad misma de esta "realización" (esto es: la *productividad* del sistema teórico en cuestión).

Volviendo al estudio de Parsons, en lo que respecta al punto (a) sabemos ya a que atenernos: en lo que se refiere al punto (b), algo nuevo aparece; algo nuevo que justamente, explica la mencionada doble incapacidad de la ideología teórica parsoniana (y de toda "teoría" formalista), a saber, que el *espacio de realización*²⁵ de esta ideología teórica no es otro que la ideología práctica dominante (o mejor dicho las más arraigadas "evidencias" de esta última; por ejemplo, que el "ánimo de lucro está excluido del mundo médico", que el rol del médico está orientado hacia la colectividad, que la enfermedad constituye un caso de "conducta desviada", etc.). Con ello, la ideología teórica parsoniana se otorga a sí misma la ilusión de su viabilidad empírica, al tiempo que la pseudo-evidencia de las proposiciones así "producidas" confiere al análisis la apariencia de una demostración. Ahor-

24 La epistemología idealista (en sus dos variantes) designa aquí y ocurren esta realización con el término "aplicación".

25 Es decir, el lugar teórico-experimental (constituido por un sistema de dispositivos y operaciones técnicas teóricamente informadas) en que una ciencia controla la pertinencia de su discurso.

ra bien, como todo indica que la ideología teórica parsoniana no es en última instancia otra cosa que una sublimación de la ideología práctica dominante²⁶, comenzamos a comprender cuál es el mecanismo de esta "realización-demostración" alucinatoria: una pura y simple *repetición especular*. También es claro el efecto (ilusorio) de este mecanismo: la mutua confirmación de la ideología teórica y de la ideología práctica. A saber: la ideología teórica se auto-verifica en la ideología práctica a la que repite; la ideología práctica se auto-legitima en la ideología teórica que la repite.

Resulta lógico entonces que este breve análisis del obstáculo formalista desemboque en conclusiones análogas a las extraídas a partir de la crítica del empirismo. Como este último, aunque por razones opuestas, el formalismo funciona como obstáculo epistemológico y como arma ideológica de las clases dominantes²⁷. Como obstáculo epistemológico, el "modelo" formalista desconoce el carácter procesual y productivo y de trabajo científico, eliminando en la práctica uno de sus momentos constitutivos y haciendo de la especulación abstracta el punto de partida y de llegada de la producción de conocimientos²⁸. Como arma ideológica acuerda un status "científico" a las "evidencias" más banales y a los prejuicios más venerables que proceden de las ideologías dominantes. Como el empirismo, el obstáculo formalista se nutre de la estrecha relación que une su función teórica a su función social.

Un ejemplo de "coexistencia pacífica" entre empirismo y formalismo: la ideología estructuralista

El análisis de los obstáculos empí-

26 Entre otras, la crítica apasionada y corrosiva de Wright Mills ha contribuido a poner de manifiesto esta complicidad.

27 Pese a que, como hemos indicado, este papel, en las "ciencias sociales", se cumplió predominantemente por el empirismo.

28 Cf. para una definición lógica (y no epistemológica) de formalismo inherente al funcionalismo, el texto clásico de G. Hempel, "The logic of functional analysis", in Dlewellyn Gros (ed.) Symposium on Sociological Theory, Row, Peterson, Co., Nueva York, 1959, págs. 271 y ss.

rista y formalista ha permitido confirmar lo señalado en párrafos anteriores: entre esas dos concepciones epistemológicas la oposición es más aparente que real; dicho de otro modo, las divergencias que las separan no superan jamás los límites estrictos de una problemática común, que no es otra que la que define a la epistemología idealista, tal como ha sido precedentemente expuesta. Si la importancia relativa de cada uno de esos obstáculos es diferente (ya que hasta nueva orden el empirismo, continúa siendo dominante en las "ciencias sociales") dicha diferencia no cabría ser pensada como productora de un antagonismo real entre ambos modelos. Este hecho es importante: de él se deduce, y el alcance práctico de esta inferencia no es insignificante, que una eventual inversión de la dominante (esbozada ya en algunas ramas de la sociología y de la antropología, de más en más permeables a las tentaciones del formalismo) no acarrearía ninguna transformación realmente radical en el "panorama" epistemológico²⁹. Debería más bien ser interpretada como una consolidación de la epistemología idealista, la cual, precisamente por medio de esos desplazamientos, que permiten esquivar las verdaderas cuestiones, encuentra la manera de superar sus crisis periódicas.

Este carácter complementario de la relación entre empirismo y formalismo merece ser ilustrado: el ejemplo concreto que hemos escogido para ello es, con respecto a este problema, particularmente instructivo: se trata de la ideología estructuralista, ideología cuya resonancia "teórica" en los últimos años no precisa ser destacada³⁰. Las áreas

29 Lo cual no significa que, desde el punto de vista de la intervención epistemológica materialista, se deban subestimar o ignorar los efectos específicos que resulten de tal desplazamiento. La inversión de la dominante, aunque no implique ninguna ruptura radical, no puede dejar de modificar las formas de intervención de una práctica que, por principio, se ejerce sobre una realidad coyuntural.

30 Cf. para un análisis crítico de los principales aspectos de la epistemología estructuralista, E. de Ipola "Ethnologie et histoire dans l'epistemologie structuraliste", en Cahiers Internationaux de Sociologie, Paris, PUF, Vol. XLVIII, 1970, págs. 37 y ss.

temáticas y los aspectos de esta ideología son múltiples y variados; en este artículo hemos de centrarnos en el examen de una de sus expresiones más significativas (en tanto en ella confluyen algunos de los presupuestos nodales del estructuralismo), a saber, la teoría levi-straussiana de los "modelos". Como trataremos de mostrarlo, cada uno de los dos obstáculos empirista y formalista— anteriormente analizados, lejos de ser contradicho o excluido por el otro, está llamado a desempeñar un papel relativamente autónomo e indispensable en la economía de dicha concepción. Todo sucede como si la lógica de esta ideología exigiera una coexistencia pacífica entre las dos variantes de la epistemología idealista, de modo tal de asegurar que cada una de ellas ocupe la posición dominante en dos momentos diferentes del desarrollo de dicha "teoría". Examinemos ambos momentos y la incidencia que en ellos ejercen el empirismo y el formalismo.

El *empirismo*: este obstáculo se manifiesta de manera inequívoca en la definición misma de la noción de modelo y, más precisamente, en el enunciado de las reglas que, según Lévi-Strauss, deben ser respetadas para construir modelos científicamente pertinentes. Así, por ejemplo:

"... el modelo debe ser constituido de manera tal que su funcionamiento pueda dar cuenta de todos los hechos observados".³¹

Afirmación que remite (en una nota al pie de página) al texto siguiente de Neumann y Morgenstern:

"... La semejanza a la realidad es requerida para que el funcionamiento del modelo sea significativo. Pero, habitualmente, esta semejanza puede ser limitada a algunos aspectos considerados esenciales *pro tempore*..." (Ibid.)

En términos más explícitos, un modelo es concebido como el producto de una operación de abstracción que, partiendo del objeto real, debe retener de este último aquellas variables "esenciales" que posibiliten una suerte de reproducción analógica (un "simulacro interesado", cf. R. Barthes)³² del fenómeno ana-

lizado. Todas las indicaciones metodológicas sobre este punto reposan sobre la base de dos constantes "clásicas" del empirismo: a) la dicotomía entre lo "esencial" y lo "inesencial" dicotomía concebida como existente en lo real mismo; b) la operación de "extracción" (denominada "abstracción") de la esencia real por medio de la eliminación de los aspectos "inesenciales", operación que, para el empirismo, constituye la tarea científica por antonomasia.

El *formalismo*: la etapa que desemboca en la construcción del modelo, a partir de la observación de los hechos y de la aplicación de las reglas enunciadas, no agota sin embargo todos los momentos de la investigación estructuralista. En rigor, esta primera serie de operaciones abre el camino a otra, situada en un registro diferente: se trata de lo que Lévi-Strauss denomina la "experimentación por medio de los modelos mismos". Esta segunda etapa tiene como objetivo determinar la manera en que un modelo reacciona cuando es sometido a ciertas modificaciones y comparar modelos de igual o de diferente tipo. Lévi-Strauss no es suficientemente explícito en lo que se refiere a las operaciones que requeriría ese objetivo. No obstante, es posible poner de manifiesto algunos de los supuestos en que se basa esta "experimentación por medio de modelos": para ello, basta con tener presente otros textos del mismo autor, particularmente aquellos que tratan de las relaciones entre los diferentes niveles (o "estructuras") de una sociedad³³.

Este problema (que, bajo una forma implícita y desviada, traduce, deformándola, una de las cuestiones cruciales del materialismo histórico: la relación entre "infraestructura" y "superestructura") es abordado por Lévi-Strauss en términos de una estrategia muy particular: según este autor, el estudio de esas relaciones abriría un amplio programa de investigaciones comparativas, cuya premisa fundamental sería el considerar al conjunto de dichas estructuras como un vasto "grupo de transformación" y cuyo objetivo sería la determinación de las corresponden-

cias "formales" y no-correspondencias existentes entre ellas. Tal objetivo exigiría como condición previa que cada "nivel"—estructura económica, sistema de parentesco, lenguaje, mitos, etc.— haya sido objeto de una formalización lo más exhaustiva posible y, desde luego, homogénea. Por principio, el estudio comparativo estaría centrado sobre las propiedades "lógicas" de cada estructura, a partir de la tesis, explícitamente formulada por Lévi-Strauss, de que tanto las "correspondencias" (homologías o isomorfismos) como las "contradicciones" descubiertas "pertenecen todas al mismo grupo de transformación"³⁴.

El punto de llegada de dicho programa de investigación formal sería la reconstitución de lo que Lévi-Strauss llama el "orden de órdenes", a saber "la expresión más abstracta, de las relaciones que mantienen entre sí los niveles en los que el análisis estructural puede ejercerse..." (Anthropologie, pág. 366).

Lévi-Strauss no vincula explícitamente la "experimentación por medio de modelos" al análisis del "orden de órdenes" pero, evidentemente, afirmar que en dicho análisis la "experimentación" en cuestión está llamada a cumplir un papel fundamental no constituye por cierto una deformación de sus puntos de vista.

Ahora bien, ¿cómo encara Lévi-Strauss dicho programa de investigación, habida cuenta de las indicaciones precedentes? Un párrafo del mismo artículo es particularmente explícito sobre ese punto:

"... Si se nos concede, en la línea del pensamiento mismo de Marx, que las infraestructuras y las superestructuras comportan múltiples niveles y que existen diversos tipos de transformaciones para pasar de una a otra, se admitirá también que es posible, en último análisis y haciendo abstracción de los contenidos, caracterizar a diversos tipos de sociedades por leyes de transformación, es decir, por fórmulas que indiquen el número, la potencia, el

31 C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale*, pág. 306

32 Cf. Roland Barthes, "Essai critique", París, 1963, pág. 215.

33 En el mismo capítulo XV de la *Anthropologie Structurale*, cf. el párrafo IV "Dynamique sociale: structures de subordination", págs. 342 y ss.

34 Lévi-Strauss invoca al materialismo histórico para sustentar esta tesis:

"Es justamente... lo que enseña el materialismo histórico cuando afirma que siempre es posible pasar, por transformación, de la estructura económica, o de la estructura de las relaciones sociales, a la estructura del derecho, del arte o de la religión" (Ibid., pág. 365).

sentido y el orden de las torsiones que sería preciso anular, por decirlo así, para reencontrar una relación de homología ideal (lógicamente y no moralmente) entre los diferentes niveles estructurados" (Ibid., pág. 325, subrayado nuestro).

Basta con llamar la atención sobre esta necesaria "abstracción de los contenidos", requerida por el análisis propuesto, para hacer visible la presencia del obstáculo formalista. Sin embargo. Ello no es suficiente: nos hemos propuesto mostrar, no sólo la existencia de este obstáculo, sino también su posición dominante en esta segunda etapa de la investigación estructuralista. Ahora bien, algunas de las indicaciones formuladas anteriormente nos proporcionan los elementos necesarios para confirmar dicha tesis.

En efecto, señalamos más arriba que la determinación del "orden de órdenes", como programa de investigación comparativa, se basaba en la premisa de que las propiedades formales de cada uno de los niveles estructurados formaban parte de un mismo "grupo de transformación". Es en esa premisa —menos que en el carácter declaradamente "formal" de los análisis propuestos— que reside lo fundamental del formalismo estructuralista. Efectivamente esa afirmación está lejos de ser una simple "hipótesis de trabajo" o una declaración sin consecuencias en el plano de la investigación estructuralista; se trata por el contrario de una tesis que remite directamente a uno de los postulados básicos del estructuralismo lévi-straussiano, a saber, la afirmación del carácter "universal" (en el sentido de "común a la especie humana") del pensamiento lógico. Ese postulado es esencial a la economía de la antropología estructuralista: no sólo determina el sentido de los conceptos claves de dicha teoría (a saber, los de "estructura" e "inconsciente", así como el de la relación entre ambos), sino que también cumple, en el plano de la investigación misma, un rol capital: el de proporcionar una "garantía" a priori de la pertinencia de las operaciones del análisis estructural.

En efecto, el postulado de la universalidad del pensamiento lógico permite:

a) en primer lugar, dejar de lado los "contenidos" (es decir, en el fondo la especificidad histórica de los procesos que tienen lugar en una

formación social, así como la articulación de esos procesos en el interior de una coyuntura)³⁵, en efecto, si una misma "lógica" preside la organización de contenidos diversos (cualquiera sean ellos) es legítimo ponerlos entre paréntesis para indagar las leyes de dicha lógica.

b) en segundo lugar, "saturar" epistemológicamente la ideología estructuralista, saliendo al paso a toda objeción de principio contra sus conceptos, sus métodos o sus técnicas. Sobre este punto, citemos un texto altamente elocuente:

"En el uso que hacemos del método, se nos acusará sin duda de interpretar y de simplificar demasiado. . . Responderemos. . . a nuestros eventuales críticos: ¿qué importa? . Ya que si la finalidad última de la antropología es contribuir a un mejor conocimiento del pensamiento objetivado y de sus mecanismos, viene a ser lo mismo en definitiva el que, en este libro, el pensamiento de los indígenas sudamericanos tome forma bajo la operación del mío, o el mío bajo la operación del suyo. Lo que importa es que el espíritu humano, sin preocuparse por la identidad de sus mensajeros ocasionales, manifieste en él una estructura cada vez más inteligible a medida que progresa la empresa doblemente reflexiva de dos pensamientos que actúan uno sobre el otro, cualquiera de los cuales —aquí uno, allá otro— puede ser la mecha o la chispa de cuyo contacto surgirá su común iluminación" (Le cru et le cuit, Plon, París, 1964, pág. 21).

Más allá de su forma "literaria" (que, por lo demás, no nos interesa) el sentido de este párrafo es claro: la "estructura del espíritu humano" —tal es la fórmula con que Lévi-Strauss designa a menudo dicha "lógica universal"— garantiza, contra todas las críticas y refutaciones, la pertinencia profunda de la empresa estructuralista. "Tour de force" formalista, al que debemos reconocerle al menos un mérito: el de ser incontestablemente confortable.

De este breve análisis extraemos dos conclusiones principales:

1) En primer lugar, la confirma-

³⁵ Tal es una de las razones por las cuales no existe en el estructuralismo lévi-straussiano una teoría de complejidad social (ni por lo mismo, de su dinámica y sus transformaciones). Cf. E. de Ipola, art. cit., pág. 55.

mación de lo que habíamos enunciado en párrafos anteriores: el empirismo y el formalismo, variantes de la epistemología idealista, no se excluyen ni se contradicen necesariamente. Por el contrario, la coexistencia de ambos obstáculos es la regla en toda ideología teórica (lo que las diferencia es, entre otras cosas, la mayor o menor capacidad de "armonizar" dicha coexistencia; en ese sentido, el estructuralismo constituye un caso ejemplar).

2) En segundo lugar, hallamos algo nuevo: a saber, que la superación de ambos obstáculos no se logra por medio de una dosificación equilibrada de empirismo y formalismo. Tal "conciliación" (expresada esquemáticamente por la fórmula: (Sujeto) = (Objeto) = (Verdad) no haría más que adicionar los efectos propios de cada uno de los mencionados obstáculos. Si "Sujeto", "Objeto" y "Verdad" son las categorías fundadoras de la epistemología idealista, nada se logra combinándolas diferentemente: hay que cuestionarlas a fin de organizar la intervención epistemológica sobre nuevas bases.

Obstáculos epistemológicos o ideológicos teóricos: humanismo e historicismo en las ciencias sociales

Los obstáculos epistemológicos se encarnan en determinadas ideologías teóricas que refuerzan la capacidad racionalizadora de dichos obstáculos vinculándolos a las raíces de su determinación social a través de su articulación con las ideologías dominantes.

En las "ciencias sociales" las ideologías teóricas dominantes son el positivismo y el humanismo historicista. La primera se caracteriza en lo esencial por la afirmación abstracta de la Ciencia en general, concebida como a-histórica, y se expresa, en todas sus "versiones" (clásicas o modernas), en una combinación históricamente variable de los obstáculos epistemológicos expuestos, empirismo y formalismo³⁶, bajo la dominación del primero (más acentuada en el positivismo tradicional que en el "neo-positivismo lógico"). En cambio, el humanismo historicista tiene efectos específicos en su intervención en la práctica cientí-

³⁶ Véase Mario Sungen, *Causalidad*, Eudeba, Buenos Aires, 1959.

tema
logía
este
en
sion
en
prel
ism
na
mo
do
list
de
otr
pe
dis
co
lóg
co
va
ta,
de
de
te
E:
in
er

fica. No tanto porque constituya en sí otro tipo de obstáculos epistemológicos (ya que también, en última instancia, es una forma de *empirismo*), sino porque su realización en tanto que obstáculo se lleva a cabo mediante mecanismos propios de carácter más complejo, cuyo reconocimiento y crítica requieren un tratamiento especial.

De esta forma, si las ideologías teóricas "realizan" y racionalizan los obstáculos epistemológicos, son estos, en su expresión práctica (en el interior de una práctica científica) los que deben ser objeto de intervención epistemológica, más que las distintas filosofías idealistas cuyo análisis corresponde a una teoría de las ideologías. Pero, en la medida en que una de estas filosofías el humanismo historicista, ocupa un lugar clave en las ciencias sociales y se materializa en obstáculo epistemológico según un proceso específico, es necesario determinar cuál es esa especificidad y cuáles sus alcances.

Lo que caracteriza esta ideología teórica es una doble afirmación correlativa: 1) no existen leyes científicas sino explicaciones contingentes; 2) el único criterio de verdad reside en la práctica y ésta aparece ligada a la acción libremente electiva de los hombres.

Así expresada, su formulación se rodea del atractivo de una filosofía espontánea del pragmatismo social³⁷, cara tanto a los hombres de negocios como a ciertos activistas políticos.

Por eso, aunque para algunos resulte sorprendente la relación, parece útil recordar la más acabada formulación de dichas posiciones en las ciencias sociales, las tesis epistemológicas de Max Weber³⁸. Como se sabe, Weber parte del la necesaria distinción entre "racionalidad de los fines" y "racionalidad de los medios", paso previo a la distinción entre el científico y el político, y al establecimiento de una neutralidad ética de la ciencia confinada al mero establecimiento de la adecuación entre medios y fines. Así, mientras que la producción de los fines no puede ser explicada en sí misma, puesto que se originan por la

acción electiva de hombres libres, la ciencia pueda abordar el conocimiento de las condiciones de existencia, realización y variación de dichos fines, a partir de la configuración significativa de conjuntos históricos concretos. Dichos "conjuntos", o sociedades, o épocas, están determinados por un contenido social preciso. No son pues conceptos, sino realidades históricas. Tales son las unidades de análisis y el objeto de la ciencia al mismo tiempo.

En el interior de dichas situaciones pueden establecerse leyes, pero esas leyes son siempre relativas a la sociedad considerada. La razón última de proceder de esta forma es el hecho de que el observador forma parte de lo observado y por consiguiente no puede, en ningún caso, distanciarse y analizar los fundamentos explicativos del conjunto en el que está inserto. Puesto que la única posibilidad de objetividad relativa (y por tanto de neutralidad del científico) es la descripción de mecanismos internos a una situación dada, se hace imposible el establecimiento de leyes generales y, *también*, la explicación de cómo se generan los procesos de transformación social negadores del orden existente (de ahí, que en el nivel "teórico", la perspectiva weberiana haya sido el sustento justificador del funcionalismo: la teoría del sistema social parte de fines establecidos para estudiar su organización al nivel de los medios (cf. supra).

De una tal perspectiva surgen "métodos" en correspondencia. Se trata, ante todo, de aislar un fenómeno histórico concreto y atribuirle significación por medio de la *imputación* de determinadas causas a determinados efectos, al interior de una red de relaciones sociales históricamente dadas. La herramienta básica de un tal método es el tipo ideal, concebido a la vez como "realidad concreta", en la medida que se parte de observaciones de lo existente, y como "abstracción" puesto que se subrayan las líneas de fuerza de tales observaciones con el fin de configurar un "caso límite" que sirva de punto de referencia para la comparación, ya sea con otros tipos, ya sea en términos del mayor o menor acercamiento de una realidad al tipo establecido. En la medida en que a cada tipo ideal se le atribuye una significación en términos de conte-

nido, el análisis consiste en *imputar* a una realidad observada un contenido histórico, de acuerdo con su mayor o menor acercamiento con el tipo ideal referente. Evidentemente, la investigación se complica al imputar también las relaciones de los tipos entre sí y los mecanismos sociales de producción de los distintos tipos (Economía y Sociedad está plagada de ejemplos, al respecto). Ahora bien, para ser coherente con la perspectiva de Weber debe preguntarse qué es lo que fundamenta la ciencia, como fin en sí. Es decir, qué permite afirmar (qué criterios...) que la relación establecida entre medios y fines en una determinada sociedad lo ha sido científicamente y no según la intencionalidad del actor. Ahora bien, si los fines son inexplicables y producto de la acción histórica impredecible, ¿puede existir un fundamento objetivo para los criterios científicos? Lógicamente, desde su punto de vista, Weber responde con la negativa y fundamenta los criterios científicos en la creencia subjetiva de la comunidad científica en cada época con respecto a lo que es ciencia. Así, el círculo se cierra sobre sí mismo: partiendo de la negación de la posibilidad de establecer leyes científicas no contingentes se llega a negar también la objetividad del análisis específico de una realidad determinada que se hace depender de los valores de un sector social determinado, llamado "científicos". De ahí la insistencia weberiana en la necesaria neutralidad ética de dicha comunidad, puesto que si estuviese ligada a determinados intereses sociales (por ejemplo, de la clase dominante) desaparecería la última barrera al subjetivismo generalizado, a la imputación de efectos en función de ideologías ancladas en las relaciones de poder. Cuando se sabe la fragilidad reconocida de una tal tesis ¿de dónde podría surgir una tal neutralidad social, por encima de las clases?, puede concluirse que la lucidez de Max Weber le llevó hasta el umbral de una tesis que su posición social le impidió franquear.

En cambio Wright Mills, el más influyente weberiano de la sociología contemporánea, dio ese paso y, en oposición al academicismo empirista-formalista, plantó la bandera de la lucha ideológica-política en el centro de las "ciencias sociales". Pero sus tesis de indudable valor

37 Cf. Abraham Kaplan, *The Conduct of Inquiry*, Chandler Publishing Co., San Francisco, 1964.

38 Cf. Max Weber, *Essays sur la théorie de la science*, Paris, Plon, 1965.

político, representaron el plantear la lucha contra el cientismo a partir de las posiciones de un humanismo en última instancia idealista. Releamos al famosa autodefinition de su proyecto intelectual en "La imaginación sociológica"³⁹: "Nuestro trabajo se relaciona continua y estrechamente con el plano de la realidad histórica y con las significaciones de esa realidad para los hombres y mujeres individuales. Nuestro propósito es definir esta realidad y definir esas significaciones; en relación con ellos se formulan los problemas de la ciencia social clásica. Y este programa exige que busquemos una comprensión totalmente relativa de las estructuras sociales que han aparecido y que existen ahora en la historia del mundo". Es decir, en último término, no hay transformación alguna del objeto real (materia prima del conocimiento) en objeto científico (objeto del conocimiento), se niega todo el alcance general y, en último término, se utiliza como criterio su capacidad para convencer, en la práctica, de lo justo de la posición sostenida.

En consecuencia, la práctica científica estará centrada sobre las biografías individuales, la historia de los hechos políticos, los grandes problemas del mundo presente. Está clara la seducción de una tal postura, el de las ciencias sociales americanas, dominadas por la futilidad, el tecnologismo y la burocratización de la investigación. Del mismo modo, la proposición según la cual el centro de la dinámica social es el problema del poder aparece, (según se sabía y según se acepta cada vez más en las ciencias sociales) como condicionando el resto de las cuestiones. Pero se llega a una posición política y teóricamente justa a través de un camino epistemológico fundado en un presupuesto humanista, esencialista, sobre la imposibilidad de un estudio objetivo de la social. En la medida en que tal presupuesto se traduce en gestos concretos de investigación (partir de los acontecimientos, sobrevalorar lo manifiesto, interpretar e imputar, según criterios ideológico-morales, lo observado etc.), se convierte en obstáculo epistemológico, en una forma particular de empirismo, que deforma el desarrollo de una práctica

adecuada de materialismo histórico. Así por ejemplo, los mismos supuestos informan dos corrientes concretas de las "ciencias sociales" actuales (cada vez más influyentes, por demás, lo que muestra su capacidad de asimilación por el establishment académico): la fenomenología sociológico-antropológica⁴⁰ y la historia social⁴¹. En la primera el estudio y las observaciones inteligentes que sugieren se justifican en un vitalismo primario de no "perturbar" las formas espontáneas de la vida, con el análisis "abstracto". La historia social institucionaliza un periodismo de alto vuelo en que se combinan (con más o menos movilidad) una serie de acontecimientos y un discurso englobante e interpretativo que utiliza los hechos más bien como ilustración de una filosofía social general⁴².

En la crítica de tales corrientes hay que distinguir el efecto político, e incluso teórico, producido por ella en una coyuntura particular de las ciencias sociales y, por otro lado, la alternativa que tratan de representar en el interior de la práctica científica. En el primer plano, está claro su significado fundamentalmente liberador en lo político y purificador en lo teórico con respecto al ambiente enrarecido y tecnocrático que, aún hoy, reina en las instituciones académicas especializadas. Pero las alianzas políticas con tales corrientes en la actual coyuntura, no pueden descansar sobre una ambigüedad en una aceptación de las posiciones metafísicas en que reposan y de sus consecuencias concretas para la práctica teórica (consecuencias que, por lo demás, no dejarán de revertir, directa o indirectamente, sobre el plano político). Así, la necesaria ruptura con los términos de la práctica institucional dominante para proceder a un análisis científico de lo social la reconstrucción del objeto, el proceso de experimentación y de control necesario para producir un conocimiento y, sobre todo la, capacidad de establecer leyes *estructura-*

les y coyunturales (y de las condiciones de su relación), son imposibles sobre la base de las posiciones espontaneistas señaladas. Más concretamente, *en ese contexto*, decir que el "criterio de verdad" reside, en último término, en la "práctica" (y, como Mills sostiene, en la "capacidad de convencer") es, en su generalidad y en su ambigüedad, falso. Porque, en tal caso, ¿de qué práctica social se habla? . Si se supone que la expresión concentrada de esta última es la práctica política, ¿qué quiere decir en el interior de esta problemática que dicha práctica es el criterio de verdad? . Está claro que no se puede juzgar "a corto plazo". Pero entonces, ¿a qué plazo? . ¿Y quién juzga? . El triunfo "momentáneo" (a veces 34 años) del fascismo sobre el pueblo no implica obviamente la verificación de sus "teorías" criminales; los errores del movimiento obrero no implican refutación "por la práctica" de las leyes establecidas en *El Capital*, etc.

En ese sentido, nadie mejor que Mao Tse-tung, en un texto que data de 1937, ha sabido elaborar las bases de una respuesta correcta a este problema. Por cierto, en *Acerca de la práctica* la producción de conocimientos también es indisolublemente ligada a la práctica social y, particularmente, a la práctica política; pero en el análisis de Mao (coherentemente con la problemática marxista-leninista a la que prolonga y enriquece) el "criterio de la práctica" tiene una significación infinitamente más profunda (y por eso mismo más compleja) que la que posee en el seno del humanismo historicista; en efecto, si la práctica aparece como punto de referencia decisivo en todas las etapas del "proceso de desarrollo del conocimiento", basta con analizar dichas etapas para hacer ver que dicho "criterio" no sólo no implica, sino que también es absolutamente *incompatible* con toda forma, incluso sofisticada, de pragmatismo teórico. A diferencia de la óptica humanista historicista, la perspectiva maoísta no recurre al criterio de la práctica para abolir las distinciones y para sumir las determinaciones específicas de cada proceso en el flujo indiferenciado de un espontaneísmo político-moral (esa "noche en que todos los gatos son pardos"). Para Mao, la práctica es la "instancia" que pone en rela-

40 Véase en este sentido los trabajos de la corriente fenomenológica americana actual: Garfinkel, Becker, Goffman, etc.

41 Ampliamente dominante en la "sociología latinoamericana".

42 Edgar Morin en Francia, la corriente de "radical sociologists" en Estados Unidos, Fals Borda en América Latina, son ejemplos típicos, por demás respetables, de tal

39 Véase *La Imaginación Sociológica*, F.C.E., 1959.

ción (y no que anula) la especificidad de procesos diferentes; más aún, la práctica (y principalmente la práctica de la lucha de clases) es asimismo la "instancia" que promueve (y exige) la *diferenciación* de dichos procesos; así, es en función de exigencias prácticas que es preciso operar el "salto cualitativo" entre el "conocimiento sensible" que sólo ve el lado "aparente" de los hechos y sus aspectos "aislados", al concepto, que descubre sus determinaciones íntimas; y, del concepto, a las conclusiones "lógicamente encadenadas" (leyes) que dan cuenta de la ligazón interna entre diferentes fenómenos. Pero, al mismo tiempo, todas estas distinciones, que permiten comprender la especificidad diferencial de cada proceso (y de cada tipo de conocimientos, según la forma específica de su producción) hallan nuevamente en la práctica su destinación última:

"La filosofía marxista estima que lo esencial no es comprender las leyes del mundo objetivo para estar en condiciones de explicarlo, sino utilizar el conocimiento de esas leyes para transformar activamente el mundo. . . El marxismo acuerda una

gran importancia a la teoría, única y justamente porque ella puede ser un guía para la acción".⁴³

Así pues, en el materialismo dialéctico, el "criterio de la práctica" remite a una problemática materialista de la producción de conocimientos que tiene permanentemente en cuenta las condiciones y la destinación políticas de dicha producción; en modo alguno sirve de justificación apologética y moral a una concepción humanista historicista para la cual la historia (y la ciencia de la historia) no es sino la puesta en relación significativa de acciones humanas siempre "imprevisibles", puestas que "libres".

Las consecuencias concretas de ese humanismo historicista sobre la práctica científica son el condenarla a la crónica descriptiva y al relativismo, con el doble resultado siguiente:

- 1) en el plano teórico, se obliga a una perpetua oscilación entre el subjetivismo y el cientismo;
- 2) en el plano político, dado que

⁴³ Mao Tse Tung, *Acerca de la práctica en Obras escogidas*.

los análisis no pueden hacerse sino por interpretación de situaciones ya creadas —puesto que se desconocen las leyes estructurales y coyunturales— se carece de instrumentos para actuar sobre las tendencias estructuralmente dominantes en el sentido de su transformación.

Ahora bien, la polémica suscitada por el humanismo historicista permite plantear los dos problemas claves del proceso de producción de conocimientos, a saber: qué ciencia y para qué? y cuáles son las condiciones materiales de ese proceso de producción? En efecto, si no hay condiciones generales, metodológicamente fundadas, de la cientificidad en general, pero hay al mismo tiempo posibilidad de producir conocimiento más allá de la apreciación subjetiva de una situación histórica, ¿qué es lo que define a un proceso como producción efectiva de conocimientos? Dado que hemos rechazado la pertinencia de "criterios" generales, exteriores a la práctica científica, para calificar el contenido de esta última, la respuesta solo puede derivar de un análisis materialista de sus condiciones de producción.

LIBROS DE LECTURA (imprescindible)

BATMAN EN CHILE - Enrique Lihn
Una novela de aventuras y humor político con el héroe de las historietas trabajando para la C.I.A. en el Chile socialista.

MEMORIAS DE UNA LADRONA - Dacia Maraini
La dura vida de Teresa entre los escombros de la Segunda Guerra Mundial, contada en un renovado estilo neorealista por la novelista italiana de mayor vigencia en la actualidad literaria europea.

TODO PUEDE SER PEOR - Osvaldo Sciguerman
Un honesto y tímido empleado de banco, respetuoso hasta el momento de todas las normas, comienza una defraudación que va creciendo con el tiempo. Una novela rigurosa, con suspenso, que desarrolla una tragedia cotidiana.

¿QUIEN ES FONTANARROSA? - Roberto Fontanarrosa
Un libro de humor gráfico del más brillante de los dibujantes argentinos de la nueva generación.

REIMPRESIONES

JOHNNY FUE A LA GUERRA. Dalton Trumbo. (2ª edición)

LAS TUMBAS. Enrique Medina. (8ª edición).

OPERACION MASACRE. Rodolfo Walsh. (3ª edición en este sello).

PARA UNA MUCHACHA CON UNA FLOR. Vinicius de Moraes. (5ª edición).

ME TENES PODRIDO, ARGENTINA. Alfredo Grassi. (6ª edición, levantada la prohibición).



Ediciones de la Flor

Uruguay 252 - 1º B - Buenos Aires

REVISTA DE CIENCIAS DE LA EDUCACION

número 9 - mayo de 1973

Contra la escuela, Tomás A. Vasconi
Ideología y educación, Clotilde Yapur

El positivismo pedagógico argentino, Juan Carlos Tedesco

El tratamiento psicopedagógico: sus etapas, María Arzeno y A. Crespo

Documentos

I - El programa educativo del Consejo Tecnológico Justicialista.

II - La Reforma educativa chilena: informe sobre la Escuela Nacional Unificada.

Suscripciones: un año (tres números) 16.00 pesos

Redacción y administración: Cuba 1940, Buenos Aires T.E. 781-8443

tázar se
corrient
discurso
que cur
por auto
propia e
monio, l
Maiter d
el Weiss
Operació
Rosendo
Pero e
Manual a
guntarse
monial n
en una nu
la literatu
transforma
discursos
iluminaci
figuen o
significado
Es evid
una r. Jeva
rativa al
corpus tes
periodístico
Donde otro
estructural
convencione
fetiches lit
herramienta
efectiva e i
cioneria a tr
la literatura
un aliado en
contra cierta
tiva burgues
6. Tempo
de Manuel,
más explícit
sustancial co
yectos corta
recen enunc
artículos con
cacia (1949)
(1950), Para
Lejos de e
por vías y di
que recojan
ideológico y
de la realida
cana, lo expli
cialmente, la
zada budiner
volución tota
men las persp
formar el mu
biar la vida), l
maciones en i
co-sociales que
al mismo tien
viejas estructu
cambio de la
suma.

tázar se coloca notoriamente en la corriente de problematización del discurso narrativo y de la función que cumple la literatura, abonada por autores que integran al texto la propia experiencia de lucha, el testimonio, lo documental, etc., como el Mailer de *Los ejércitos de la noche*, el Weiss de *Ermittlung* o el Walsh de *Operación Masacre* y *¿Quién mató a Rosendo?*

Pero en su caso —con el *Libro de Manuel* a la vista— es legítimo preguntarse si esta apelación a lo testimonial no termina por convertirse en una nueva "vuelta de tuerca" de la literatura, en un movimiento que transforma en *literatura* a uno de los discursos de la realidad, sin aportar iluminaciones que encuadren, amplifiquen o profundicen su dramático significado.

Es evidente que Cortázar descubre una nueva e importante flexión *narrativa* al incorporar a su libro el *corpus* testimonial de los recortes periodísticos, pero allí se detiene. Donde otros descubren medios para estructurar un discurso alejado de las convenciones "genéricas" y de los fetiches literarios congelados, una herramienta para construir formas de efectiva e inédita militancia revolucionaria a través de la literatura y en la literatura, él sólo parece percibir un aliado en su ya anacrónica batalla contra cierta concepción de la narrativa burguesa.

6. Tampoco se percibe en *Libro de Manuel*, en el plano ideológico más explícito, una transformación sustancial con respecto a viejos proyectos cortazarianos, tal como aparecen enunciados, por ejemplo, en artículos como *Irracionalismo y eficacia* (1949), *Situación de la novela* (1950), *Para una poética* (1964), etc.

Lejos de encauzar su pensamiento por vías y direcciones más actuales, que recojan el trabajo histórico e ideológico y el movimiento mismo de la realidad cotidiana latinoamericana, lo explicitado reproduce, esencialmente, la añeja y descontextualizada budinera surrealista de una *revolución total* en la que se amalgamen las perspectivas de Marx (*transformar el mundo*) y Rimbaud (*camionar la vida*), la búsqueda de transformaciones en las relaciones económico-sociales que rigen a la sociedad y, al mismo tiempo, la ruptura de las viejas estructuras de pensamiento, el cambio de la imagen del mundo, en suma.

Explicitación que también puede considerarse anacrónica, en la medida en que esta problemática —con diversa fortuna, por cierto— ya forma parte tanto de la reflexión política, de la producción ideológica y artística, etc., como de múltiples aspectos de la vida cotidiana.

7. Sin embargo, pensadas las cosas en los términos "universales" y "finalistas" de *Libro de Manuel*, la experiencia histórica parece demostrarle obviamente a Cortázar —como en su momento a los surrealistas— un cierto desfasaje revolucionario (de *karma* provocado por la burocratización) que se objetiva en la supervivencia de las represivas estructuras de pensamiento del "hombre viejo".

Frente a este aparente *karma* de la Revolución, *Libro de Manuel* erige su versión de la propuesta reordenadora del "hombre nuevo", una versión que promulga la transformación *poética* del hombre, la vigencia de ciertas formas de conocimiento analógico, la instauración de un humanismo no atomístico basado en la plena realización del juego, la contemplación estética y el erotismo, capaz de decapitar una concepción basada exclusivamente en los impulsos destructivo-represivos y destinada, en última instancia, a consolidar la *reificación* del mundo humano.

En *Libro de Manuel* la propuesta se objetiva a través de dos caminos atípicos: el acto-provocación y la racionalización de zonas generalmente reprimidas o castradas. Así como las acciones "gratuitas" y los "escándalos" dadaístas del grupo de exiliados parisienses tienden a mostrar las posibilidades "lúdicas" e "imaginativas" de una supuesta militancia (con un sentido muy prejuiciosamente "especializado" de lo imaginativo), la apología onanista de Lonstein legitima la existencia de zonas profundas, reflota los "ogros" liminales y pone en evidencia la carga de clandestinidad que el hombre arrastrará consigo a la Revolución. Puntualiza, fundamentalmente, la necesidad de concebir a ésta como un hecho *totalizador*, capaz de actuar sobre el conjunto de las realidades psicológicas del hombre. De ahí el temor, reiteradamente manifestado, a esa *burocratización* revolucionaria que comienza por instaurar represiones eróticas, estéticas y psicológicas, y consecuentemente la necesidad de tender "puentes" a través de una

pedagogía con signo cambiado (como la que propone *Libro de Manuel*).

8. Resulta imposible no estar de acuerdo, en líneas generales, porque una Revolución incapaz de promover esa profunda rehumanización integradora no sería, en verdad, más que un nuevo motivo de escándalo. De acuerdo, pero con la objeción central de que en este proyecto la *práctica revolucionaria* de las masas y de la militancia (que es una verdad histórica y un camino ineludible) es reemplazada por la acción del *vidente*, como si la alienación y la reificación del "hombre viejo" fuesen sólo una "desventura del espíritu" necesitada de ciertos exorcismos, y no una consecuencia objetiva de las relaciones que se verifican en la sociedad; y la observación complementaria de que, por añadidura, la propuesta del *vidente* no hace más que evidenciar —como residuo del paso de Cortázar por la ideología elitista y privilegiadora de *Sur* y como clave de sus propias contradicciones ideológicas— una poética en gran medida metafísica, arquetípica y ritualista, fundada en una añeja filosofía romántica del lenguaje (que prescinde de los debidos encuadramientos gnoseológicos, semánticos y sociológicos) y en una antropología colonizadora que desdén la fundamental unidad del pensamiento humano y que sus propios creadores se encargaron de rectificar hace tiempo, al redefinir críticamente muchos de los conceptos y categorías que Cortázar incorpora con menos cautela a su discurso (cfr. Lucien Lévy-Bruhl, *Camets*, 1949).

9. Acaso debemos preguntarnos también si las frecuentes interrogaciones sobre el porvenir de la Revolución (sobre su resultado final como "forma intemporal de la sociedad humana") no la reducen a términos escatológicos, si esta cavilosa indagación "finalista" no reimplanta, contradictoriamente, una suerte de pensamiento *arcaico* que reflexiona sobre las propiedades y circunstancias de esa Edad de Oro colocada en el futuro, y omite el carácter dialéctico e inagotable del desarrollo histórico o, lo que es más grave, el carácter actual y los términos concretos de esa lucha en América Latina.

10. Así las cosas, la espiral anunciada por Cortázar con la aparición de *62* y con la tan difundida "maduración" de su proyecto ideológico se convierte, a causa de *Libro de Manuel*, en un módico círculo virtuoso.

MALDONADO: el diseño todopoderoso

Jaime Zapata

Tomás Maldonado
Ambiente humano e ideología
Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires
1972.

El último libro de Maldonado editado entre nosotros señala la intersección de dos trayectorias: por un lado la del autor, en sus líneas fundamentales crecida sobre los puntos de partida que conocimos en los primeros trabajos que llegaron de su etapa europea. Por el otro lado la traza errática de una polémica confusa y aún no saldada, en la que nos debatimos los diseñadores argentinos. Y aunque resulte paradójico, sin aportar, el libro permite medir los avances que hemos realizado. Surgidos de un nudo común, de una casi identidad, la confrontación actual nos indica que quedan innumerables problemas para resolver pero que también es mucho lo despejado y que, entre las cosas que hemos dejado atrás figura el pensamiento de Tomás Maldonado.

Para comprenderlo cabalmente debemos recordar que fue el héroe mítico de una generación de arquitectos y diseñadores que personalizamos en él una visión positiva del diseño y su práctica: su brillante carrera en los círculos del diseño in-

ternacional, el haberse constituido en heredero intelectual de la Bauhaus, sus polémicas intervenciones en el ICSID, nos afirmaban. Maldonado nos recordaba desde Uim que no todo estaba perdido y que era posible sostener un combativo optimismo sobre el alcance y posibilidades de la tarea del diseñador. Pero tan importante como el punto terminal de su ascenso era la trayectoria intelectual que lo había conducido allí. Aproximado a los problemas del diseño desde una particularidad —pintor abstracto— volcado luego al diseño industrial por opción de modernidad, culminaba interesándose en el campo más vasto del diseño ambiental. Sus pasos materializaban un camino intelectual, copiosamente compartido, en el que, generalizaciones cada vez más amplias, nos empujaban desde el diseño de objetos de uso o desde el diseño arquitectónico, a plantearnos los problemas del ambiente total en que se desarrolla la vida humana.

Hoy, diez años después, el agotamiento intelectual de Maldonado, sintetizado en su último libro, nos confirma la endebles de aquella escalada hacia la generalización que conducía del diseño de las partes a la necesidad de diseñar el mundo. Su falacia residía en desarrollarse

como un movimiento interior al diseño; había surgido como respuesta a problemas descubiertos desde el diseño y que se solucionarían a través de él. Orden o Desorden era la dramática alternativa de nuestro tiempo y sólo nosotros estábamos en condiciones de proponer una salida, de diseñar un mundo mejor.

Con este punto de partida, la generalización que intentábamos, lejos de permitir una toma de conciencia del carácter estructural de los problemas que se analizaban, ofrecía la ficción de un universo simplificado, poblado solamente de las variables que podían descubrirse y abordarse desde el diseño. En lugar de relativizar las soluciones parciales que ofrecíamos desde la práctica, inducía a parcializar la realidad, mutilándola para convertirla en un objeto diseñable.

Debemos reconocer que esta tendencia a momificar la realidad es un mal ya crónico: en el campo de la arquitectura, "forma", "función" y "técnica", los pivotes teóricos de la arquitectura burguesa de los años 30, se ofrecen —actualizados en "flexibilidad" o "indeterminación"— como explicación que abarca no sólo la arquitectura, sino que permiten traducir la realidad social a valores arquitectónicos. Su objetivo es, to-

avía, constituirse en un filtro interpuesto entre la realidad y el diseño que deja pasar sólo los elementos pertinentes.

Sin embargo, detrás de la "función", tercamente reaparece la necesidad social y su problemática política en la sociedad de clases; las opciones tecnológicas se convierten en un catálogo del que se eligen alternativas ingeniosas o "lindas" si no se las encuadra en la lógica productivo-económica que orienta a la mercancía; la "forma", fuera de las artes plásticas, se presenta como forma-producto, surgida en concretas condiciones de producción.

La simplificación de las contradicciones a problemas diseñables y el consiguiente destino profético de los diseñadores, aparecen actualizados en los escritos de Maldonado. Ya no es posible enunciar una disyuntiva como la de "arquitectura o revolución" sin embargo, acudiendo a expresiones más cautelosas o a una presentación más amplia del contexto, persiste el mismo significado. En una conferencia pronunciada en Córdoba en 1966, expresaba: "... La tarea de dar estructura y sentido al entorno humano es la más difícil y delicada de todas las tareas imaginables". "Es esta justamente la tarea de los que, de un modo u otro, somos tributarios de la calidad última del equipamiento individual y social, es decir, de los urbanistas, de los arquitectos y de los diseñadores industriales" (...). "Un nuevo mundo está en formación, un mundo que necesitará para su desarrollo y expansión de nuestro ingenio inventivo, de nuestro saber técnico y científico, de nuestra facultad de síntesis, de nuestra sensibilidad cultural, de nuestra experiencia en el juicio de los valores más sutiles de la vida cotidiana".

Las consecuencias de esta visión aparecen diseminadas a lo largo de la obra de Maldonado en la que el personaje omnisciente es el "Diseño", espacio continuo y propio, una práctica sistable y analizable en sí misma aun cuando se implante sobre objetos diferentes. El diseño de objetos de uso, de objetos arquitectónicos, el diseño urbano o el diseño ambiental, no serían sino partes del "Diseño" en general.

Lógicamente los "Diseñadores" (industriales, arquitectónicos o urbanísticos) serían los responsables "naturales" de la configuración de

sus respectivos objetos y, por extensión, del ambiente humano.

Pero los datos que provee la realidad son otros: el "Diseño" aparece fragmentado e incluido en prácticas productivas diferentes en cuyo interior cobra significados y características distintas. Proclamar la existencia del "Diseño" como campo continuo, implica relegar a un papel subalterno las determinaciones que surgen de los respectivos procesos productivos en los que el "Diseño" actúa y, paralelamente, supone concentrada en los diseñadores una gran capacidad de transformación, ya que desarrollan una actividad no condicionada por dichos procesos.

Así, en el pensamiento de Maldonado no existen posibilidades de explicar la distancia que separa el papel que los diseñadores se han adjudicado, del que realmente cumplen. Todo tendría su origen en un absurdo, en un gigantesco mal entendido: "Nunca, en consecuencia, urbanistas, arquitectos y diseñadores industriales hemos tenido, como en nuestra época, a la vez tanto y tan poco para hacer, a la vez tantas posibilidades virtuales y tan pocas posibilidades reales; nunca se nos ha necesitado tanto y ocupado tan poco. Lo que implica, de hecho una de las contradicciones más absurdas, más insostenibles, las muchas que nos es dado comprobar, por que nada es hoy de mayor urgencia que lograr articular una respuesta satisfactoria al actual clamor multitudinario por un equipamiento a la altura de la dignidad humana" (...). "Viéndolo bien, nuestro forzado exilio es más que un absurdo, es una irresponsabilidad que ningún argumento puede justificar. Tareas en escala nacional, regional, mundial, reclaman nuestra colaboración, pero se nos obliga a ignorarlo, y lo grave es que concientes o no, obedecemos".

Instalado en la esfera ideal del "Diseño" sólo queda a Maldonado solicitar "actitudes" e "intenciones" que cambien la situación, apelar a la necesidad de comprender, de superar el absurdo. De allí que su discurso se dirija simultáneamente a dos interlocutores: por un lado a los responsables "de facto" de la configuración del ambiente llamándolos a la reflexión; por el otro, a los responsables "naturales", los diseñadores, alentándolos a ocupar el lugar que les corresponde a partir de descubrir ante ellos el inmenso poder que po-

tencialmente poseen: el Poder de Diseño.

Los beneficiarios (o víctimas) de esta situación, es decir las masas de población cuyo ambiente se diseñará, son los grandes ausentes de la polémica: sólo cuentan en tanto diseñables. Como todo pensamiento idealista la apelación de Maldonado termina convirtiendo el desarrollo de la historia en una discusión entre notables, una intriga de corte en la que los herederos legítimos del trono luchan por destituir al advenedizo y devolver la felicidad al pueblo que, en la escena final, ovacionará agradecido a los diseñadores.

El poder del diseño en las facultades de arquitectura

Aún a riesgo de particularizar el tema centrándolo en la arquitectura, resulta obligado hacer algunas observaciones sobre su crítica situación actual; de un modo directo, la polémica que se desarrolla en su interior involucra una concepción de la cual Maldonado es representante.

En las facultades de arquitectura subelete, oficialmente, esta visión irreal y voluntarista de las capacidades del "Diseño". Cuestionadores y cuestionados parecen partir en sus propuestas de éste suelo común. Es normal, por ejemplo, escuchar a la izquierda política del movimiento estudiantil invitando a "optar por diseñar para el pueblo" como si efectivamente se tratara de una opción ética. Frustrante y finalmente reaccionaria, la apelación mantiene en las sombras el estudio profundo de la arquitectura burguesa. Como instrumento político su validez sólo alcanza al período vital en el que el estudiante mantiene su desvinculación (mayor o menor pero siempre cierta) del proceso productivo. Enfrentado luego a una realidad que pide nuevas explicaciones para nuevas opciones, el esquema voluntarista del diseño es inoperante y ayuda a identificar la etapa crítica con un período vital, una coñezón juvenil.

Agitativa hacia el presente, ésta situación tampoco capitaliza hacia el futuro ningún conocimiento heredable: el socialismo solicitará del diseñador su aporte técnico armonizado al desarrollo de las fuerzas productivas y la mejor escuela para esto es, hoy, el estudio científico y crítico de los procesos productivos de la arquitectura burguesa.

El desfase entre la idea que los diseñadores tienen de sí mismos y de su práctica y las condiciones reales en que deben desarrollarla, ha generado una verdadera neurosis colectiva. Sin nuevas herramientas técnicas, los movimientos cuestionadores deben recurrir a los viejos conceptos e intentar presentarlos como ideales no cumplidos, olvidando que los mismos no describen siquiera la propia realidad de la arquitectura burguesa. De algún modo se repite la trayectoria de aquel socialismo primitivo que impugnaba la revolución burguesa reprochándole el no cumplimiento de sus slogans de libertad, igualdad y fraternidad.

Ejemplo típico de ésta situación lo constituyen los círculos intrínsecos desarrollados en torno a la relación objeto/usuario, carentes de solución en tanto no se enfoquen en términos de producto/consumidor. Se lucha contra los vicios del diseño en el capitalismo desde una perspectiva ideal, en tanto se desconocen los mecanismos reales mediante los cuales el sistema desvirtúa los objetos diseñados.

Enfrentamos el envejecimiento de la práctica del arquitecto tal como es concebida en las facultades. Seguramente han contribuido a ello el origen histórico de la arquitectura, localizada en los objetos singulares del pasado (catedrales, palacios, monumentos en suma) y la tradicional dependencia teórica y valorativa que se tributa a las artes plásticas. Términos como *expresión* o *unidad*, originados en ellas son tras-pasados a la arquitectura en un rango similar al que ocupaban en la esfera artística.

Esta tradición esteticista confluye con líneas de pensamiento que, como la de Maldonado, proponen directa o indirectamente la autonomía del diseño. El común denominador de ambas vertientes es ignorar el proceso productivo propio objeto diseñado y negarse a ver al diseño como un movimiento al proceso de producción.

El análisis del rol del arquitecto, carente de apoyaturas científicas se transforma en opciones individuales que son asumibles desde la absoluta subjetividad. En lo específico de la disciplina, los falsos límites, rechazados, indeterminan el campo de acción de los arquitectos y desbaratan cualquier avance metodológico parcial.

El diseño, práctica auxiliar de la producción de objetos. El diseño de objetos de uso y de objetos arquitectónicos

Una de las características técnicas del modo de producción capitalista consiste en el afinamiento y control de los procesos de trabajo. La participación de numerosos individuos en la secuencia productiva, crea la necesidad de determinar con precisión los papeles a cubrir por cada uno. El control de costos, objetivo final del control de los procesos de trabajo, es condición indispensable para insertarse en el mercado de oferta y demanda.

El papel del diseñador aparece condicionado, en primer lugar, a un proyecto de consumo que individualiza el sector de la población al que se destinará la producción, reconocido ya su nivel adquisitivo y establecido un correspondiente umbral de satisfacción de la necesidad. En segundo lugar, deberá responder a un proyecto de producción que articulará medios productivos y fuerza de trabajo en un proceso de trabajo económicamente factible para el capitalista, es decir que produzca ganancia.

Este esquema es válido para la generalidad de los productos surgidos de procesos de producción industrializados, cualquiera sea su tamaño físico. El pequeño objeto de uso, el automóvil o la vivienda industrializada son aquí iguales. Analizando en éste caso el papel del diseñador podemos observar que su "libertad" relativa es función inversa a la necesidad de control de costos. Y, como hemos observado más arriba que el control de costos surge como consecuencia de la participación del producto en el mercado, podemos sintetizar diciendo que en todo proceso altamente socializado, cuyo producto participe del carácter de mercancía, el diseñador deberá moverse en marcos sumamente delimitados partiendo, como dato fundamental ya fijado, de un umbral de satisfacción de la necesidad. En estas condiciones tranquilizar la mala conciencia proponiéndonos en las facultades la reformulación de programas de necesidades, puede ser tan pernicioso como sortear su análisis crítico.

Observemos de paso que no es el nivel tecnológico lo que determina las características del rol del

diseñador sino la participación del producto en el mercado de oferta y demanda. Por ejemplo, la producción de edificios de vivienda mediante métodos tradicionales o industrializados, destinados a ser ofrecidos en el mercado, se ajusta a esta descripción y resulta fácil verificar en la realidad que es una de las alternativas que genera mayores dependencias para el diseñador que normalmente aparece como asalariado del productor.

Si bien las características que hemos enunciado responden a la generalidad de la producción capitalista, es posible observar variantes: los objetos arquitectónicos movilizan un volumen de capital que en algunos casos justifica la creación de procesos productivos "a la medida" del objeto. En tanto que en objetos de reducido porte económico, la ganancia sólo puede producirse a través de su producción repetitiva y su ingreso masivo al mercado, algunos objetos arquitectónicos permiten justificar inversiones rentables en torno a la producción de unidades. Esta misma característica (su volumen financiero) dificulta en otros casos la creación de procesos industrializados ya que, la discontinuidad de la demanda o la gran inversión necesaria para fabricarlos en serie, resultaría inconveniente.

Consecuencia de ésta particularidad, la industria de la construcción se cristalizó una curiosa forma de producción "discontinua" que sigue vigente aunque con tendencia desaparecer. El funcionamiento del sistema, tal vez todavía el más común, es en líneas generales el siguiente: activado el mecanismo por la sollicitación de la demanda (generalmente el propio usuario) mediante diferentes procedimientos de selección (concursos, licitaciones, etc.) se reconstruye un proceso de producción que dejará de existir como elemento relacionado al finalizar la obra. Empresas constructoras, artesanos independientes, estudios de profesionales diversos, etc., son sus actores. En éste conjunto, el diseñador ocupa una posición autónoma, generalmente no vinculado en dependencia salarial con el productor ni con el promotor económico.

El resultado de esta desarticulación (amén de alimentar las fantasías de libertad de los diseñadores) es la imposibilidad de gestar procesos productivos continuados desde el

punto de vista ergonómico, ofrecen, potencialmente, el riesgo de un descontrol de costos. La dificultad de competir en el mercado en estas condiciones (en los casos en que el producto concorra efectivamente allí) va llevando al abandono progresivo del sistema, arrastrando consigo al arquitecto como profesional liberal, convertido en un anacronismo.

Como significativa forma de transición han aparecido los concursos/licitaciones con precio único, destinados a programas de vivienda o a equipamiento anexo que, nuscando el control final de costos, obligan a unificar las propuestas del diseñador y del productor. Tal unificación se traduce, invariablemente, en algunos de los mecanismos de dependencia del diseñador hacia el productor (subsidio, salario o elección de alternativas a cargo de la empresa). Su carácter de forma de transición reside en que recoge la forma histórica anterior (empresa constructora y diseñador separados) y obliga a una fusión, aunque no sea permanente.

Los factores económicos que movilizan ésta evolución, aunque determinantes, no son únicos. Insertado en la estructura de clases, el objeto arquitectónico cobra significados que trascienden su propia utilidad, en parte por su importancia en el paisaje urbano. La gestación de símbolos de diferenciación o de afirmación de determinadas situaciones de privilegio social —tema de la crítica semiótica— puede constituir objetivo fundamental de algunas formas particulares de la producción de objetos arquitectónicos.

Tal es el caso de los concursos de anteproyectos tradicionales (generalmente destinados a bancos, edificios estatales u otros objetos singulares) en los que su propia mecánica invita al descontrol de costos (consumidor asegurado, definición de bases/necesidades y elección de propuestas por personajes no comprometidos económicamente con el objeto final —asesores y jurados—, definición del objeto sin referencia a medios productivos concretos, etc.). Debemos entender en los concursos de anteproyecto que el control de costo ha pasado a un segundo plano, desplazado por otro objetivo al que se subordina: la gestación de mensajes implícitos en la "forma". Lógicamente, esta característica suele

hacer que los proyectos así generados no sean construibles o no exista interés en construirlos (en nuestro país, el 90% de los concursos no se materializan en obra). También se explica de éste modo que sea en los concursos donde los arquitectos continúan siendo imprescindibles y en los que la mitología profesional descubre las mayores posibilidades de "hacer cosas".

Sin pretender agotar el tema hemos querido señalar lo lejos que se encuentra la polémica voluntarista de las fuentes en las que debemos buscar criterios para definir el rol del diseñador y cómo, a riesgo de perder contacto con la realidad, debemos partir del estudio de las determinaciones de los procesos productivos concretos para descubrir cuáles son las opciones que quedan en nuestras manos.

El diseño del ambiente

Para aproximarnos a los problemas que plantea el diseño ambiental, pareciera igualmente imprescindible un reconocimiento previo de los "modos de producción" del ambiente a fin de estructurar una estrategia de nuestra participación en un tema que, como totalidad, escapa a los marcos del diseño y se acerca a los de la política. Que el ambiente humano aparezca hoy como una caótica adición de elementos movilizados y localizados por fuerzas contradictorias, lo sabemos. Pero es lastimosamente poco para adjudicarnos la responsabilidad de diseñarlo. Problema para la investigación y la reflexión, debemos encararlo con particular humildad en cuanto a nuestra participación. Hoy los diseñadores necesitamos de la idea de totalidad que acompaña al "ambiente" más como horizonte de nuestra tarea que como objetivo propio de nuestro trabajo. Y ello por no renunciar a un compromiso sino por que no estamos en condiciones de abortarlo.

La teoría de la necesidad en la sociedad de clases exige ser desarrollada. Si ella confirma, por oposición a lo actual, que "la libertad es el derecho a definir la necesidad", descubriremos, tal vez, que el problema del ambiente no consiste estrictamente en preparar técnicos que se "responsabilicen" de él, recreando el uso represivo que los diseñadores hoy hacemos de nuestra práctica, sino contribuyendo a posibilitar la

participación real de las masas en la definición de ambientes que las expresen como actores.

El libro de Maldonado, recientemente editado en la Argentina, le presenta aún enfrascado en el campo sin salida del cuestionamiento idealista a los problemas de "Diseño" contemporáneo. El pequeño mamotreto, donde se codean y contradicen más de 350 autores en 160 páginas de formato pequeño, señala por un lado la solvencia informativa del autor. Por el otro, los taxativos límites de un "intelectual técnico" tal como el mismo se define. Nuevamente aquí, se pretende que la historia del ambiente humano, surja de la dialéctica de autorizadas ideas en pugna.

Desde un punto de vista más general, expresa la culminación de un pensamiento que abarcó escalas crecientes sin haber despejado metodologías particulares y relacionables entre sí, en tanto creció sobre el territorio ficticio del "Diseño" entendida como actividad homogénea, aislable de los procesos productivos sobre los que se vuelca. Desencadenados en sustancia, los artículos que conforman el libro, terminan apareciendo como un conjunto de misceláneas en las que campea el viejo arquitecto salmódico, un pesado que abarca los temas más variados con actualidad y falta de rigor.

Maldonado ha dejado de pertenecer. El y nosotros hemos cambiado mucho en 10 años. Su visión de los problemas del ambiente desde la óptica parcial de su deterioro por la polución, encara una problemática propia de las metrópolis imperialistas. La reciente conferencia internacional sobre el deterioro del ambiente y la rotura del equilibrio ecológico, expresó en su desarrollo la intrincada gama de intereses políticos y financieros que limitan cualquier "racionalización" del ambiente. Igualmente, el programa brasileño de localizar industrias sucias en el interior de la cuenca amazónica, muestra la inutilidad de tratar los problemas del ambiente fuera de un enmarque político.

Todo hace suponer que el pensamiento de Maldonado está condenado a la desesperación. Algunas líneas del prefacio así lo anticipan. De cualquier manera, desde esta Argentina del 73, sus reflexiones se parecen mucho a los desechos de la sociedad industrial: contribuyen a la polución ideológica.

Librería Galerna

Tucumán 1425, Bs. As. - Tel. 45-8369

LIBROS RECIBIDOS DE CHILE

- Basso, Harneker, Chonchol, Dos Santos y otros: **TRANSICION AL SOCIALISMO Y EXPERIENCIA CHILENA**, 192 pg. \$ 35.00
- Cademartori: **LA ECONOMIA CHILENA**, 294 pg. \$ 36,00
- Caputo-Pizarro: **IMPERIALISMO, DEPENDENCIA Y RELACIONES ECONOMICAS INTERNACIONALES**, 380 pg. \$ 45.00
- CEREN- SOBRE LA JUSTICIA EN CHILE**, 166 pg. \$ 20,00
- Theotonio Dos Santos: **CONCEPTO DE CLASES SOCIALES**, 120 pg. \$ 10.00
- Garcés: **REVOLUCION, CONGRESO Y CONSTITUCION (EL CASO TOMA)**, 423 pg. \$ 30.00
- Harneker - Uribe: **CUADERNOS DE EDUCACION POPULAR** (Caja con 8 Cuadernos, Nos. 1 al 7), \$ 50.00
- Inst. de Economía y Planificación: **LA ECONOMIA CHILENA EN 1972**, 466 pg. \$ 50.00
- Jobet: **EL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE**, Tomos 1 y 2, 490 pg. \$ 42.00
- Kaursky: **ORIGENES Y FUNDAMENTOS DEL CRISTIANISMO**, 572 pg. \$ 44.00
- Lechner: **LA AYUDA EXTERNA EN LA ESTRATEGIA IMPERIALISTA**, 125 pg. \$ 35.00
- Jobet: **PENSAMIENTO TEORICO Y POLITICO DEL PARTIDO SOCIALISTA**, 575 pg. \$ 38.00
- Maira: **CHILE: DOS AÑOS DE UNIDAD POPULAR**, 295 pg. \$ 26.00
- Marighella: **ESCRITOS DE MARIGHELLA**, 304 pg. \$ 36.00
- Novoa: **LA BATALLA POR EL COBRE**, 478 pg. \$ 38.00
- Ramos: **CHILE: ZUNA ECONOMIA DE TRANSICION?**, 264 pg. \$ 32.00

LIBROS RECIBIDOS DEL URUGUAY

- Arens-Pons: **CAPITALISMO, IMPERIALISMO Y SOCIALISMO**, 74 pg. \$ 10.00
- Bagú y otros: **EL URUGUAY EN LA CONCIENCIA DE LA CRISIS**, 324 pg. \$ 27.00
- Barrios Pintos: **HISTORIA DE LOS PUEBLOS ORIENTALES**, 551 pg. \$ 45.00
- Benedetti, Galeano y otros: **CUENTOS DE LA REVOLUCION**, 122 pg. \$ 13.00
- Dotta y otros: **EL URUGUAY GANADERO**, 180 pg. \$ 17.00
- Galeano: **CRONICAS LATINOAMERICANAS**, 143 pg. \$ 17.00
- Machado: **HISTORIA DE LAS ORIENTALES**, 393 pg. \$ 50.00
- Magdoff: **LA ERA DEL IMPERIALISMO**, 194 pg. \$ 20.00
- Milliot: **EL DESARROLLO INDUSTRIAL DEL URUGUAY (De la Crisis del 29 a la posguerra)**, 387 pg. \$ 40.00
- Ribeiro: **CONFIGURACIONES HISTORICO-CULTURALES AMERICANAS**, 179 pg. \$ 19.00
- Trías: **URUGUAY HOY. CRISIS ECONOMICA Y CRISIS POLITICA**, 95 pg. \$ 12.00
- Trías: **URUGUAY Y SUS CLAVES GEOPOLITICAS**, 171 pg. \$ 19.00
- Trías: **IMPERIALISMO, GEOPOLITICA Y PETROLEO**, 55 pg. \$ 8.00
- Trías: **IMPERIALISMO Y ROSCA BANCAPIA EN EL URUGUAY**, 116 pg. \$ 12.00
- Barrán: **HISTORIA RURAL DEL URUGUAY MODERNO**, Tomo I, 207 pg. \$ 22.50; Tomo II, 680 pg. \$ 75.00
- Zum Felde: **PROCESO HISTORICO DEL URUGUAY**, 294 pg. \$ 35.00
- Barrán: **HISTORIA SOCIAL DE LAS REVOLUCIONES DE 1897 y 1904**, 209 pg. \$ 30.00